

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

008(83)105

- | | |
|---------------------------|---|
| Domingo Melfi. | <i>Vicuña Mackenna.</i> |
| Manuel Rojas. | <i>La Guerra a Muerte.</i> |
| Mariano Picón-Salas. | <i>La línea de los románticos.</i> |
| Benjamín Vicuña Mackenna. | <i>La provincia de Concepción en los comienzos de la guerra a muerte.</i> |
| Benjamín Vicuña Mackenna. | <i>Las últimas montoneras.</i> |
| Enrique Molina. | <i>La revolución, los estudiantes y la democracia.</i> |
| Carlos Préndez Saldías. | <i>Acción de gracias.</i> |
| Alberto Romero. | <i>Glosas de Aysen.</i> |
| Luis Durand. | <i>Vino Tinto.</i> |
| Ricardo E. Latcham. | <i>El patriarcado y el matriarcado en la América indígena.</i> |

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- | | |
|------------------------|--|
| Bernard Grasset. | <i>Consideraciones sobre la novela.</i> |
| Romain Rolland. | <i>La autobiografía de Mahatma Gandhi.</i> |
| Eugenio Orrego Vicuña. | <i>La nueva educación rusa.</i> |
| Walter Rathenau. | <i>El peligro de nuestro tiempo.</i> |
| Julián Sorel. | <i>Acerca de la fecundidad literaria.</i> |

LOS LIBROS

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 28.00
Un semestre.....	14.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.	
Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	\$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

★ ★

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO FOSTAL 1811

MEXICO, D. F.

008 (83)

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

REVISTA CHILENA

PUBLICACION MENSUAL

Diplomacia,
Historia,
Artes,
Letras.

Fundador:

Enrique Matta Vial

Director:

Félix Nieto del Río

DIRECCIÓN POSTAL: CORREO 8,
SANTIAGO DE CHILE

NOSOTROS

Revista mensual

de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

**ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES**

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

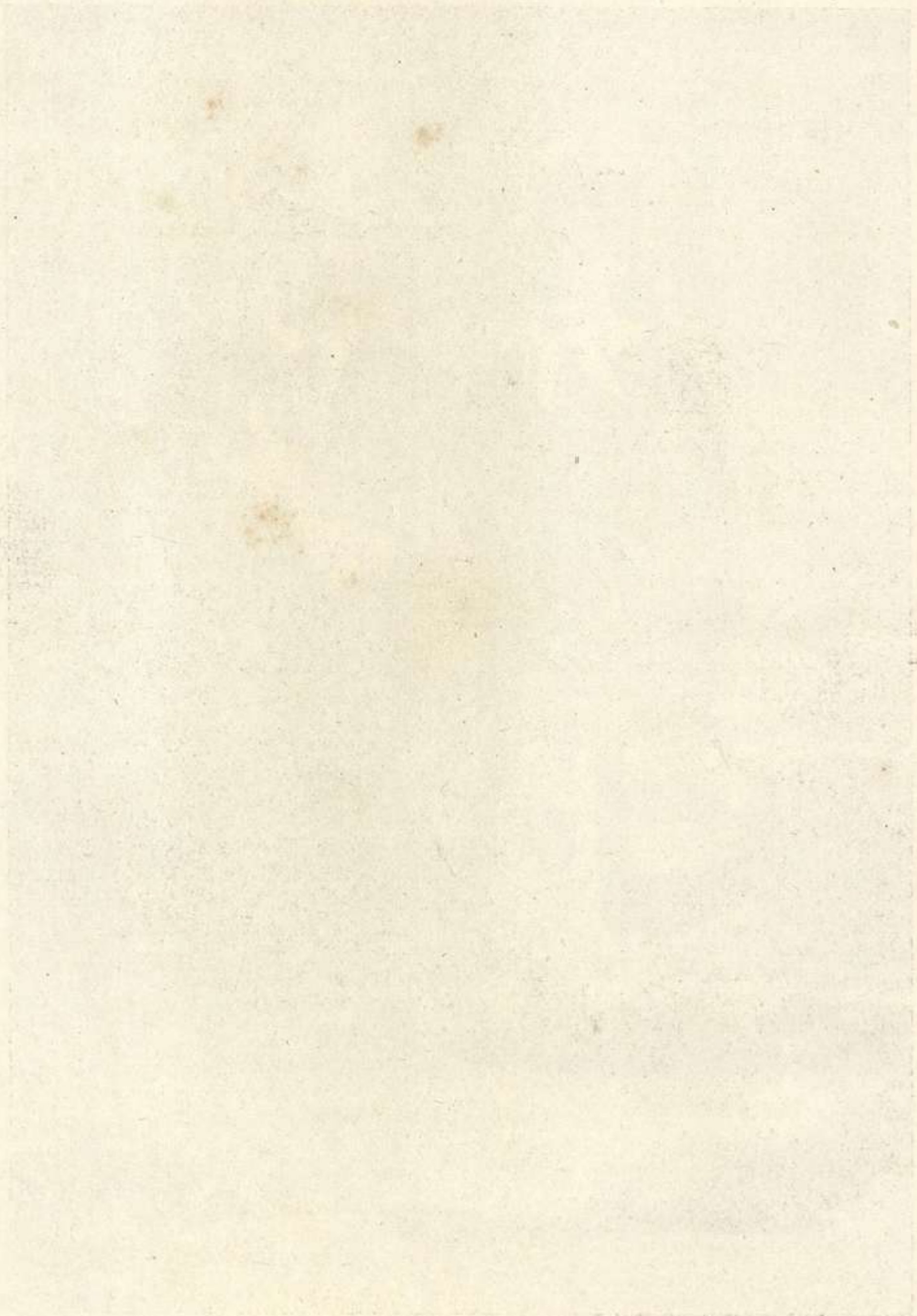
Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.



Benjamín Vicuña Mackenna y su esposa Victoria Subercaseaux de Vicuña.

En el Archivo de Indias de Sevilla en 1870, donde actualmente se conserva esta fotografía.



Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Agosto de 1931

Núm. 78

VICUÑA MACKENNA

SE ha rendido un homenaje muy justo al hombre extraordinario que fué Vicuña Mackenna. Actividades múltiples, fecundidad pasmosa si se toma en cuenta lo inquieto de su existencia. Vicuña Mackenna entró en todas las materias con esa su vehemencia característica. Hizo de la historia una crónica viva; de la crónica un romance en ciertos momentos, épico. Detrás de las telas amarillecidas por el zahumerio colonial, descubría los nudos de viejas intrigas... En los arcones hondos y negros, novelerías y aromas milagrerros. Tenía un gran sentido de chilenidad y casi ninguno de los rincones de su tierra le fué desconocido. Pasan en sus libros, hombres, paisajes, sucesos. El alma en su totalidad desnuda. Se echaba con todo el cuerpo, encima de los acontecimientos y de las etapas. Y reía a veces con estrépito o bien, su burla era incisiva, mordiente, como el pincho de un espino. Parecía estar siempre de vuelta respecto de los episodios y de la calidad moral de los que en ellos intervenían. Era exuberante, tumultuoso como una fuerza que se desborda. Había sin embargo en él, algo de la estampa romántica. Desde luego, sus luchas tienen el carácter de una acometida. Es verdad que la época

se prestaba para las actitudes en escorzo. Vicuña Mackenna ha dedicado páginas cálidas al Coronel Urriola el revolucionario sacrificado de la jornada de Abril de 1851, romántico también que un día sale de guante blanco y traje de parada a derrocar el gobierno, al frente de su regimiento. Y luego cae, solo, abandonado, en una calle, con toda la siniestra soledad que rezuman las puertas cerradas de las casas. Es el caer de Urriola la expresión gráfica de la ingratitud colectiva, de la fe baleada en la vía pública...

Tal vez lo romántico del tiempo imprime un aire de grandeza en los hombres que el espíritu burlón de la raza neutraliza con un solo impulso negativo. Por eso quizá en Chile no son afortunados los héroes civiles. Se hielan en la indiferencia, en esta atmósfera de acuario en que se mueven hombres y pasiones. Vicuña Mackenna es la lucha. Como lo fueron Lastarria, Bilbao. Pero una lucha a brazo partido; contra todos, a gritos, a golpes. El temperamento de Vicuña Mackenna no cedió un punto. Volvía siempre a la carga, con la pluma, con la palabra, con el gesto. La sangre céltica imperiosa, sobre este reguero aborigen que ondula y se bifurca como el estero en los cerrillajes. Agua tortuosa...

Vicuña Mackenna se vengaba de las tiranías y del aborregamiento en sus apologías ardientes de visionarios o de caudillos, erguidos en el medio inmóvil. Levantó a Carrera que era la protesta liberal contra el coloniaje. Puso no sé qué lamparada de epopeya en la gesta sombría del audaz Benavides que era el turbión guerrillero y salvaje. En Portales, mitad tirano y mitad organizador, odios y fuerzas salvadoras. En todos ellos hacía chispear la energía de la raza. Porque Vi-

cuña Mackenna tenía fe en las reservas ocultas que un día estallan y lo arrasan todo. Por eso cantaba su tierra, en la voluntad de sus hombres, en las chismeras de sus casonas frescas que guardaban heroísmos, en las sierras en cuyas entrañas él adivinaba espesas cargas de riqueza, en el pasado que él revivía con la gallardía desordenada de un romántico. Caía en la cárcel. O salía hacia el destierro. No le importaba. Había hecho el don supremo de su vida. No tenía reposo, nunca conoció el reposo. Por eso en esta tierra de intermitencias, causa estupor su constancia intelectual. Y es un ejemplo no sólo por lo que significa como hombre entregado a un ideal sino por lo que representa como escritor. Fué siempre él. Y porque se dió entero con todas sus pasiones, es por lo que sus libros, al leerlos, evocan el tumulto de los pueblos que forcejean por abrirse paso. Es decir, son libros vivos, con vibración de médula espinal.

DOMINGO MELFI.

LA GUERRA A MUERTE

SI alguien, alguna vez, tuviera en Chile la ocurrencia de escribir un libro análogo al *Martín Fierro* del argentino José Hernández, necesitaría, para situar sus personajes y la acción de ellos, recorrer, en busca de un escenario y una época, la historia republicana de Chile. Y ninguna podría encontrar, creo, yo más propicia para ello que la de la guerra a muerte (1819-1824). Entre ésta y la época en que transcurre la acción del poema gauchesco, hay una gran similitud, no una similitud de hechos sociales, ni una de significación histórica, pues ambos fenómenos son diversos, sino una similitud de detalles, de color, de movimiento.

Los soldados de Freire recuerdan los soldados gauchos, o los gauchos soldados, de la guerra contra el indio pampa, y éste a su vez recuerda, como es lógico, dado su paralelismo racial y social, al indio que formaba las montoneras de Calcutura o de Mariluán. El paisaje es diverso, pero los hombres son iguales; van vestidos de harapos, hambrientos, llenos de piojos, sin una sola esperanza. Ambas guerras presentan, por esto, el carácter de desesperación que tuvieron.

Sólo una manta lanuda
era lo que me quedaba;
la había agenciao a la taba
y ella me tapaba el bulto.
Yaguané que allí ganaba
no salía ni con indulto. (1)

(1) J. Hernández—*Martín Fierro*.

Sobre este mismo propósito, el oficial de artillería Escala, destacado en Yumbel, decía a su jefe el 6 de Marzo de aquel año, que habiendo entrado un soldado en reemplazo de otro, había quitado al que salía la chaqueta para dársela al recién inscrito, lo que no es de extrañarse, pues ya hemos visto en el caso de Zapata lo que valía una chaqueta en aquella guerra hecha *en pelota*. (2)

Elegida la época y el escenario, el futuro autor del *Martín Fierro* chileno necesitaría ambientarse. El tiempo de la guerra a muerte está ya muy lejano y no es fácil revivirlo con un solo esfuerzo de imaginación. Pero para esto no necesitaría recurrir a los documentos y a los papeles oficiales, tan difíciles de leer para un poeta. Hay alguien que ha trabajado para él y ese alguien es Vicuña Mackenna. Bastaría para ello con que aquel poeta abriera *La guerra a muerte*. En las páginas de este libro encontraría no sólo ambiente; encontraría la obra casi hecha. Con crear un personaje y llevarlo a través de los acontecimientos de aquella terrible guerra, le bastaría; lo demás saldría a su paso. En *La guerra a muerte* de Vicuña Mackenna hay elementos para todos, para los poetas, para los novelistas, para los dramaturgos, para los cuentistas; elementos heroicos, dramáticos, líricos, trágicos, grotescos. Considero este libro como la matriz de diez obras que no se han escrito y que quizás ya no se escribirán. Para escribirlo, Vicuña Mackenna juntó y devoró pacientemente, papel tras papel, y documento tras documento; nada escapó a su curiosidad y a su deseo de conocer lo que se relacionaba con esa heroica época. Y una vez atiborrado de documentación, la volcó, animándola con su fuerza de creador, en las páginas de este libro.

Este libro no es un libro lírico, ni filosófico, ni psicológico: es un libro de hechos, de movimiento, de narración pura. Le faltaba a Vicuña Mackenna lo que les

(2) V. Mackenna—*La Guerra a Muerte*.

falta y ha faltado a todos los grandes trabajadores de la historia chilena: sentido de la poesía, de la filosofía; la falta de este sentido se debe, según me parece, a las dimensiones colosales de sus obras. Los acontecimientos son tantos, es tan grande la multitud de seres que esperan una palabra para echarse a andar, que no queda tiempo para examinarlos detenidamente, para ver de qué materia están hechos, por qué obran así. Las palabras de Lastarria no pueden detener las grandes masas que pugnan por salir a la luz de la historia. La vida de un hombre no sería bastante para estudiarlos uno a uno. Es necesario sacar de su inmovilidad histórica a todos los indios que pelearon, capitaneados por Benavides y Pico, bajo las banderas del Rey; a todos los soldados de Freire y de Prieto; es necesario contar los hechos arrogantes, los hechos trágicos, los hechos espantosos, y siendo así, ¿cómo hacer poesía, cómo hacer filosofía? No queda tiempo, la vida es breve.

En todo orden de estudios hay siempre un hombre (o varios hombres), que inicia la labor de acumulación de materiales, que junta, cascote tras cascote y teja tras teja, todo lo que constituyó el edificio del pasado, cuidando de que nada se pierda y de que nada quede oculto. Una desviación de su línea de conducta en el trabajo deja en blanco muchas páginas, una abstracción cualquiera, el detenerse a pensar en los acontecimientos, el pararse a reflexionar sobre un hombre, inmoviliza a los individuos y a los acontecimientos que esperan su turno. Y cuando estos son muchos, la labor de aquel hombre está marcada: juntar, amontonar. Otros aclararán lo que él reunió, pues todas las labores no son distintas y mientras un hombre habla, otro canta.

Se ha reprochado a los historiadores chilenos la falta de lo que Lastarria pedía a los hombres que se ocupaban de la historia chilena: interpretación filosófica de

ella. El hecho es cierto, pero no constituye, sino en una mínima parte, reproche, y la decisión de Barros Arana, de reducirse a contar simplemente los hechos, puede no ser sabia en todo su alcance, pero es útil, útil desde el punto de vista del porvenir. Trabajaron en lo que había que hacer primero, eligieron la parte más cercana, más inmediata. Hubieran podido elegir la otra, la más breve en extensión, pero mayor en profundidad, pero entonces ¿quién hacía la que más urgentemente se necesitaba? Eran trabajadores del movimiento, de la acción, no del pensamiento que se detiene y que detiene a los hechos para aplicarles los reactivos que descubrirán la razón de su existencia.

Vicuña Mackenna fué uno de estos trabajadores. Dotado del poder de reunir los hombres y los hechos dispersos en la historia, insuflándoles nueva vida, los juntó, los ordenó en filas indias y los hizo desfilar y realizar en las páginas de sus libros lo que habían realizado ya. De este desfile, del conjunto, de este desfilar y moverse sin tregua, la vida surge. En las páginas de *La guerra a muerte* el sur se mueve desde el mar a la montaña y las quilas de las lanzas, innumerables, ondulan como un trigal de ásperos tallos; los caballos galopan y resoplan en las batallas rápidas de las montoneras; los ponchos revuelan; los hombres gritan, matan y mueren; los bosques están cuajados de indios y de soldados; los ríos arrastran muertos, frutos humanos; se degüella a los niños, se viola a las mujeres, se saquea, y hacia la cordillera suben y desde la cordillera bajan las partidas capitaneadas por los Pincheira en demanda de sus *malalches* o en busca de botín; pues para estos hombres la guerra a muerte, más que una guerra de principios, era una guerra de robo. Toda la tierra está vonvulsionada.

Todo esto encontraría, el presunto autor de un *Martín Fierro* chileno, en las páginas de *La guerra a muerte*. ¿Poesía? ¿Para qué? ¿Psicología? ¿Para qué? Hechos,

hechos, vida inmediata, de la que puede salir lo que uno quiera y donde se puede hallar lo que uno busque. Labor del que vendrá es dar a esos hechos y a esos hombres el sentido que desee.

De esta manera Vicuña Mackenna trabajó para el porvenir, trabajó para los que vendrían después de él. Y no lo hizo de una manera árida, sin color, sin fuerza, sin gracia. No enumeró los hechos con espíritu de inventario ni los describió con vistas a la erudición. Se metió en ellos y los revolvió como una gran pelota de arcilla, moldeándolos con sus grandes manos de trabajador, dándoles calor, humanidad, simpatía, sentido de chilenidad, hasta que salían, calientes, a la vida histórica. Su estilo no es un estilo literariamente perfecto; es un estilo de narrador, de hombre que tiene muchas cosas que contar y que no quiere dejar de contar todo lo que sabe. Si se entretuviera en pulir su estilo, los miles de hombres y de acontecimientos empujaríanlo, ansiosos de vivir, instándolo a seguir, a no detenerse.

Vicuña Mackenna, además de un historiador, es en sus libros un cronista, un verdadero cronista, que llega a veces a la novela. *La guerra a muerte* tiene en ciertas partes una estructura de tal y si examinamos bien esta obra y la comparamos con algunas novelas históricas de Baroja o de Galdós, vemos que sólo le faltó a Vicuña Mackenna intención o vocación de novelista. Si hubiera hecho menos caso a los papeles y dejado más espacio a la fantasía, *La guerra a muerte* habría resultado una buena novela histórica. Pero la dejó en un estado que oscila entre la crónica y la novela, entre la narración y el cuento, entre la descripción y el poema, es decir, en un estado que cualquier escritor podría aprovechar. De ahí que yo digo que en este libro hay materiales para diez novelistas, para diez cuentistas, para diez dramaturgos, para diez poetas como José Hernández, pero para diez novelistas, para diez cuen-

tistas, para diez dramaturgos y para diez poetas que quizás no aparecerán nunca, pues nadie, dadas las tendencias literarias de la época, querrá aparecer como un artista que saca sus materias del pasado histórico. Se perderá así todo el tesoro de color, de acción, de fuerza y de gracia que hay en ese libro, aunque todo aquello sería indiferente si un verdadero talento diera algún día, a las viejas figuras, un resplandor que sólo el talento puede dar.

A *La guerra a muerte* sólo le falta un brote artístico para que su existencia, ya sólida, adquiriera un valor total.

Mariano Picón-Salas.

LA LINEA DE LOS ROMANTICOS

(Para un retrato de Vicuña Mackenna)

DISTINGUENSE en la Literatura hispanoamericana del siglo XIX dos corrientes: una que partiendo de la serena didáctica de Bello y de las odas solemnes de Quintana, mantiene cierto tono de comedimiento clásico aun en los vivos apóstrofes con que Olmedo ve descender por los Andes la remolinante caballería de Bolívar. La Independencia también nos acercó al pensamiento inglés y norteamericano de los economistas y escritores políticos, y hasta aquella historiografía de tipo puritano que parte de la «Decadencia de Roma» por Gibbon y desemboca en los «Ensayos» de Macaulay. El mismo Bello viste su casticismo de cierta fría elegancia británica, y su concepto de la Poesía y de la Literatura está muy próximo al de la preceptiva de Addison y Pope. Pero desde el año 40 el Romanticismo está de visita en América, no precisamente con los grandes poetas sólo accesibles a una minoría sino con las fabulosas obras de intriga—Dumas, Eugenio Sué—que obligaban a trasnochar a nuestras abuelas. Aun un letrado de tanta calidad literaria como el venezolano Juan Vicente González, en un recreo de sus ocios de humanista o de sus cóleras sagradas de luchador político, escribe un ensayo sobre las novelas del viejo Dumas. Compáralo con un Nabab obscuro que hubiera venido de Oriente o mejor de las Antillas,

cargado de tesoros o más bien de la especiería imaginativa. Y estos nombres (Romanticismo, novelas de intrigas), hay que tomarlos en cuenta para juzgar hasta el proceso de formación literaria de un historiador chileno de tan teñida línea romántica como don Benjamín Vicuña Mackenna. Los celosos cofrades de la ciencia historiográfica—que en la América Española con algunas excepciones no es todavía Ciencia, sino simple Crónica—, fruncirán un poco el ceño cuando se les haga notar que en la manera como compuso Vicuña algunos de sus más sabrosos y entretenidos libros, se advierte la influencia de aquellos novelistas de intriga. Y como ésta no es sino una de las facetas de tan exuberante personalidad, no constituye para nosotros defecto sino más bien gracia y mérito.

Vicuña Mackenna como los grandes románticos de América, ha sido un autodidacto. No en el sentido tan peyorativo que la palabra tiene entre nosotros, sino en cuanto el trabajo histórico fué para él más que método y preparación de especialista, centelleo de la intuición. La Historia al estilo europeo—aunque ella sea la Historia romántica como la escribieron Michelet y Thierry, que es de quienes puede estar más cerca—no le ha interesado por sí misma sino en cuanto ella puede darle el dato pintoresco, el retrato revelador o la hazaña memorable que fortifiquen su fe en el progreso, su pasión liberal o su amor por la tierra nativa. Por ello es conjuntamente el historiador chileno que tiene más defectos, pero también más adivinaciones; el que presenta en todo momento un estilo vivo, galopante, coloreado, que suele darnos sorpresas. Un estilo que con menos premura y mayor disciplina formal, fuera el de un gran escritor. En relación con su ambiente, con el medio chileno de su tiempo, con la vida impetuosa que emanaba de su personalidad, fué un gran escritor. O es el único entre los historiadores de entonces que pueda ofrecer a la juventud de hoy

más tibio don de simpatía. Sabe evadirse del círculo arisco de la historiografía chilena del siglo XIX para buscar el detalle característico, la anécdota sonreída, el trozo de paisaje o el dicho popular. Incurre, seguramente, en grave pecado contra la Historia seria, abstracta y documental de Barros Arana y otros hombres de su tiempo, pero por ello mismo es el que tiene interés más actual. Es quien ha comprendido mejor a Portales, entre los historiadores del siglo XIX, porque era el único capaz de entrar en el análisis de tan complejo personaje con mayor riqueza instintiva. Y en medio de todo grave suceso, con intuición y gracia de novelista sabe trazar el paréntesis de descanso, el paréntesis psicológico, el encuentro de la vida. Gustemos uno de estos detalles, que marcan la inigualada gracia anecdótica de Vicuña, entre todos los historiadores chilenos:

«Fuera de sus amoríos, ofrecían a Portales las mejores distracciones en su retiro tres bufones de que se había rodeado, llamados Mujica, Torres y Montoya y que constituían su única servidumbre. No le despertaba ya como en Santiago, con su arrogancia heroica Adalid Zamora, ni le montaba la guardia a la puerta de su dormitorio, armado de una escoba Diego Bórquez, ni por último sentaba a su lado en las horas de comer a don Isidoro Ayestas para teñirle la cara con harina, o dar a su capa peor uso que a su cara. Pero en cambio, Montoya le hacía de comer, Mujica era su mayordomo de servicio y Mateo Torres su *valet de pie*, nombre apropiado en esta vez porque éste tenía sólo dos funciones en la casa: lustrar los zapatos de don Diego y zapatear. Poseía este imbécil, a quien hemos conocido en la niñez y vive aún arriando puercos entre la Ligua y Valparaíso, un excelente oído para la música; y golpeándole las manos, su amo que lo tenía mejor, se «desaparecía zapateando, cualquiera que fuese el lugar o la ocasión. Mujica era un tonto más grave, al estilo de los tontos de Chile, y como tuviese mal genio, el placer favorito de Portales era chismearlo con sus dos colegas y hacer que en su presencia se rompieran los tres las narices a moquetes.

Había también en la Placilla, especie de ínsula Barataria en aquel tiempo, un respetable caballero llamado don Pedro Prieto,

cuyo huerto de lúcumos es todavía el lujo del valle, hombre bueno y respetable, pero tan extremadamente gordo que, según el decir de las gentes del lugar, estando sentado a orillas del brasero, tenían que pasarle la brasa para que encendiera su cigarrillo, pues su colosal abdomen hacía eclipse entre el tabaco y el fuego. Sabía don Diego que aquel caballero era el Sancho de la ínsula, y no queriendo ejercer sobre su honrada persona la tiranía de *Tirte afuera*, le convidaba todos los días a su mesa, haciendo sonar una corneta en lo alto de la colina cuando estaba aquella servida. Y el ver sudar, quejarse, trepar y comer, al fin, al buen don Pedro, era la algazara de Portales cada día. Habíase hecho ya común estribillo entre los muchachos del pueblo, y no sin cierta sal picante alusiva a la afición culinaria de don Pedro, el decir cada vez que sonaba la corneta:

«A comer y a almorzar
que ya llama el Capitán».

Era también vecino de la Placilla por aquel tiempo un tal Hernández, herrero y tuerto, vulcano a las derechas, con apéndices de pámpanos de vid, porque era aficionadísimo a las parras. Don Diego entreteníase a veces en carearlo con su vecino don Pedro, pero acechando el ojo seco del herrero, a fin de que éste hablara de la glotona barriga de aquél y éste, a su vez, enfadado, acusara a Hernández de borracho».

En la decoración de este paisaje rural—paisaje con sauces, parras, agua clara y alegría de vino: paisaje verde y soleado del valle central de Chile—el historiador recoge un rasgo precioso del carácter de Portales: entiende aquella pequeña crueldad, y la travesura juguetona, el ánimo de «pitanza» en el mejor sentido chileno, que caracterizó algunos actos del gran estadista. Por eso es el «*Don Diego Portales*» de Vicuña, la mejor biografía escrita en Chile; y en este auge contemporáneo de las biografías, ofrece para los lectores de hoy la sorpresa de un descubrimiento.

La Historiografía chilena del siglo pasado, no podía ser Historia, en el sentido que daban a la palabra Ranke, Niebuhr o Mommsen. Era un género literario que forzosamente debía lindar con la antigua crónica. Pero entre todos los historiadores criollos es Vicuña si no el más exacto, el que poseyó más viva intuición

histórica. La historia social de Chile, ésa que escapaba a los cronistas de lo externo, de los hechos meramente públicos, no tiene entre nosotros antecedentes mejor que libros tan cargados de adivinación y de vida, como la «*Historia de Santiago*», la «*Historia de Valparaíso*», la «*Guerra a muerte*» y otras coloreadas monografías del gran polígrafo. Por otra parte, su ascendencia inglesa, su espíritu de hombre inquieto y caminador, la plasticidad de sus ojos y un cabal conocimiento de la literatura de viajes referentes a Chile, le han dotado de un sentido geográfico de que carecieron casi todos sus contemporáneos. Presiente las relaciones entre la Historia y la Geografía; intuye a Geografía Humana y nos ha dejado documentos de un valor geográfico inapreciable como esos itinerarios por Chile («*De Valparaíso a Santiago*» «*Al galope*», «*Exploraciones de la Laguna Negra y del Encañado*», «*La Patagonia*», «*La Agricultura en Chile*»), donde el geógrafo y el sociólogo de hoy encuentran todavía mucho que bucear.

Y una prestancia ciudadana que en lo físico es la de la gran frente y los airosos bigotes o la barba, de león de los retratos, y en lo moral su liberalismo siempre despierto, sus campañas de opinión cuando la Guerra del Pacífico, hasta su labor de buen jardinero cuando dota al horizontal Santiago de 1870 y tantos, de chatos aleros y bajas casas, con un jardín colgante sobre la histórica roca de Huelén. Es historiador a quien el pasado le sirve como advertencia presente: y si estudia los crímenes de la Quintrala o las torturas que impuso la Inquisición al novelesco personaje Francisco Moyén, es porque está enseñando a la clerigalla ofensiva y hambrienta de primacía de su tiempo, una lección provechosa. Era ese bello tiempo romántico de las luchas doctrinarias, que ponían a cada hombre en la tensión de una apostura.

Así elementos muy diversos, la pasión por las nove-

las de intriga leídas en la niñez y adolescencia que dejaron en su espíritu el interés de los raros personajes, algunos galicismos, cierta peculiar manera de distribuir la materia de sus capítulos; los libros de viajes y la propia observación que le dotaron de visualidad geográfica, la vigilancia de su doctrina liberal, y un efectivo amor al pueblo —al roto de las campañas del 79, con su valor frío, su vida exuberante, su legendario y su anécdota,—ponen a Vicuña Mackenna en la línea coloreada de los escritores románticos. Pero un romanticismo de firmes contornos, de jugosa plasticidad, bien enraizado en la tierra como el de Sarmiento, como el de Pérez Rosales.

Benjamín Vicuña Mackenna.

LA PROVINCIA DE CONCEPCION EN LOS COMIENZOS DE LA GUE- RRA A MUERTE.

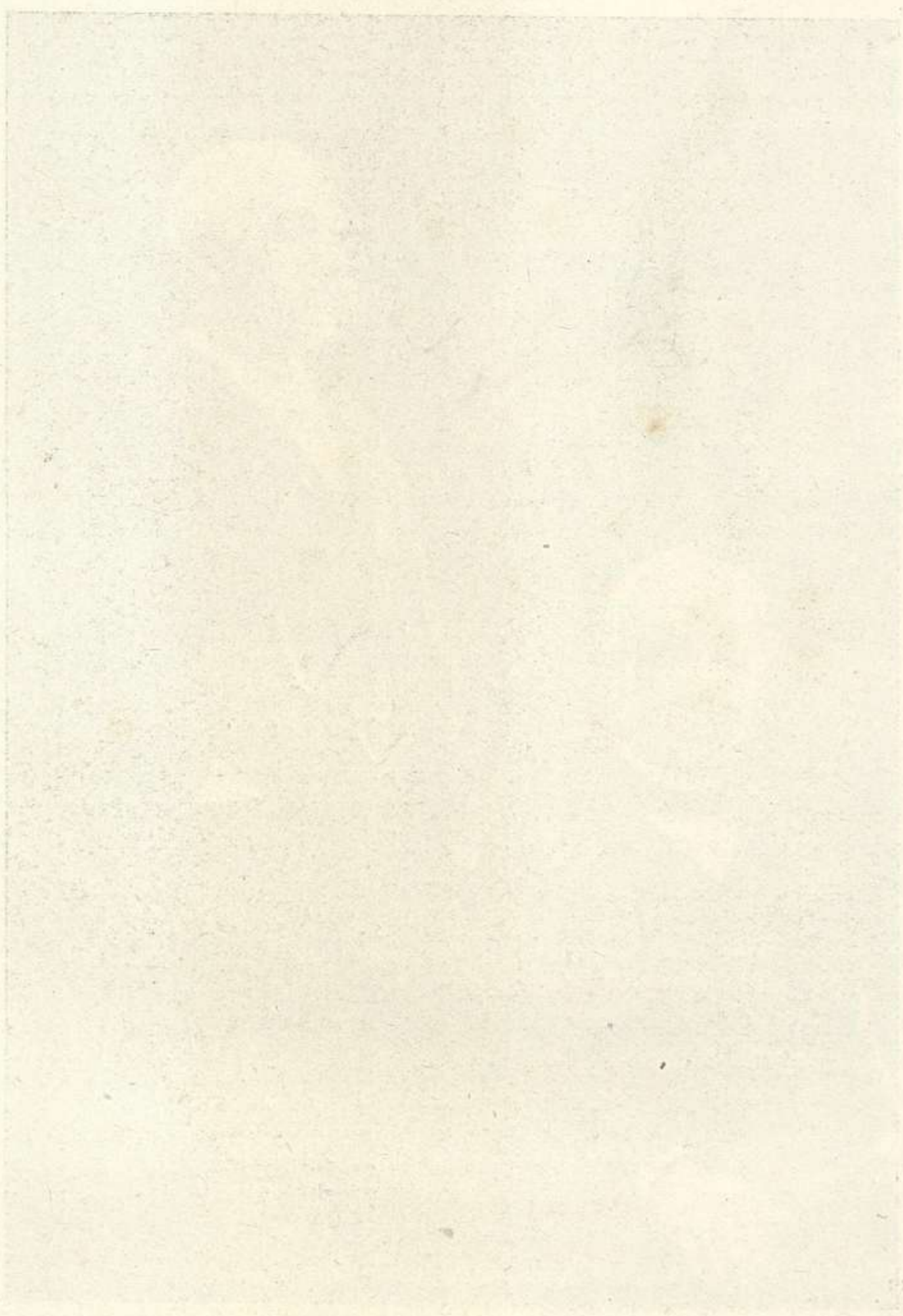
NUEVOS RETRATOS DE GUERRILLEROS

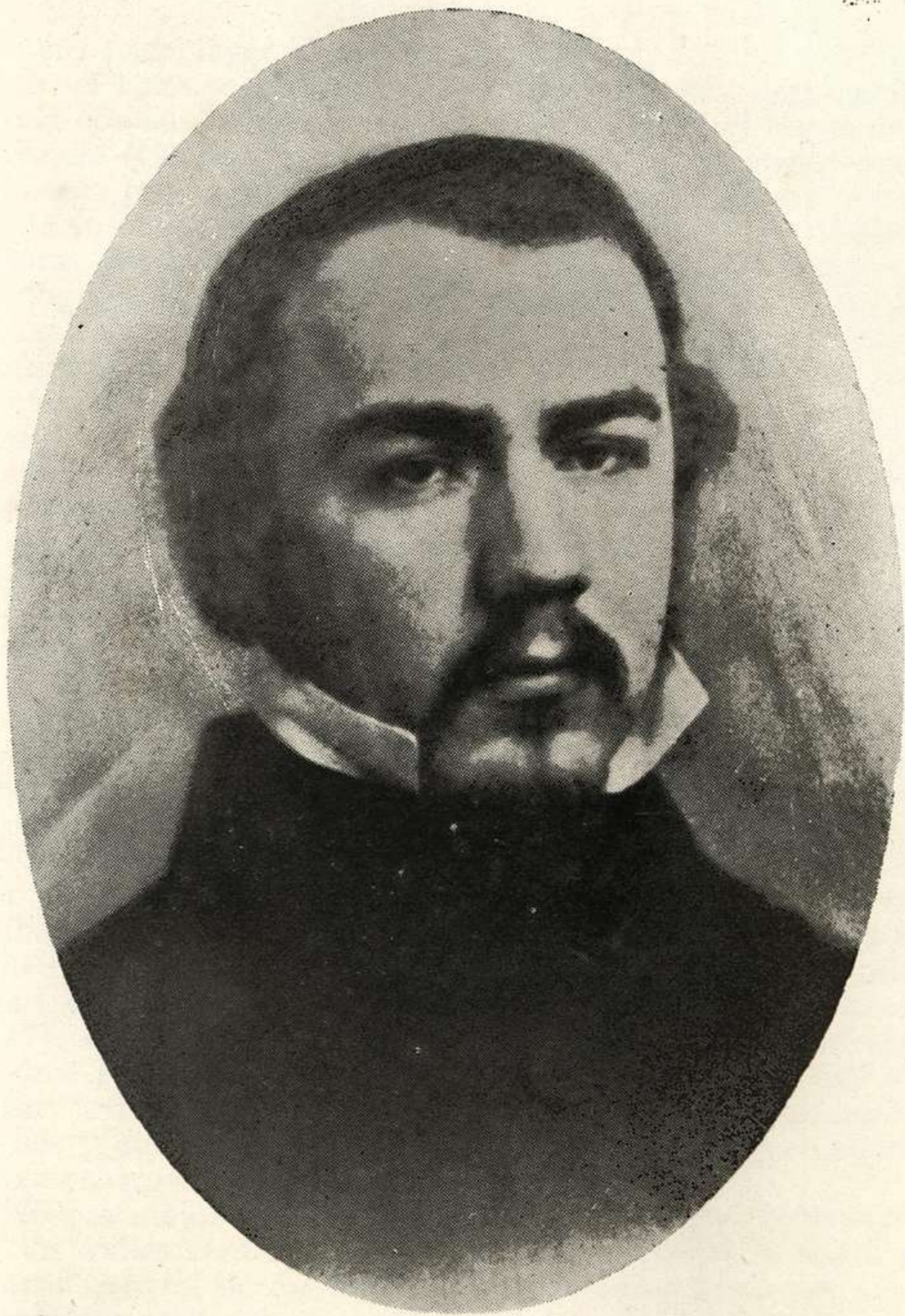
LA provincia entera de Concepción, que entonces se extendía desde los límites de Talca a los de Valdivia, estaba, pues, en armas, y su suelo se agitaba al paso de centenares de guerrillas que parecían brotar de sus entrañas. Cada uno de aquellos pueblos fronterizos, de origen exclusivamente militar, había echado al campo, ya en defensa de la patria, ya en la del rey, sus mejores soldados, aquellos hijos de los cabos y caudillejos de la frontera araucana que habían criado seis generaciones con las nodrizas que su brazo hacía cautivas en sus entradas a la tierra. Los partidarios de la causa real eran por consiguiente mucho más numerosos. Creían aquellos hombres, tan valerosos como rudos, que esa contienda contra España era una especie de prolongación de la guerra que los bárbaros habían hecho por tantos años a las banderas que aun los cobijaban. Por otra parte, un transtorno que había sido inaugurado en las casas solariegas de la poltrona Santiago no podía ser de gusto de los hijos de Penco, que ni entonces ni ahora ceden de buen grado su predominio en los destinos de la patria.

Cada aldea tenía, pues, un soldado, cada comarca un jinete, cada fortaleza limítrofe un héroe. El belicoso Yumbel había armado a los dos hermanos Seguel (Juan de Dios y Dionisio), cuyo apellido recuerda el de antiguos conquistadores. Nacimiento, cuna de leones, se hallaba representado por Ventura y Eusebio Ruiz; y ya hemos visto que otro Ruiz (don Juan), campeaba por el rey, seguido de sus cuatro hijos.



Don Pedro Félix Vicuña, con su hijo Benjamín Vicuña en 1869,
un año antes de la muerte del primero.





Benjamín Vicuña Mackenna. Daguerreotipo tomado con algunos días de anterioridad a la famosa jornada revolucionaria del 20 de Abril de 1851.



republica san dominica...
lab. nacional de...
1978

Esto tenía lugar a lo largo del Biobío.

En el Itata se presentaba José María Zapata, que vestido todavía con sus botas de capataz de arrieros de la hacienda de lo Urrejola (Cucha-cucha), intimaba incendiar la ciudad que nunca había pisado sino con respeto, arriando sus recuas por delante de su mula. Más allá, en el Ñuble, aparecían los cuatro Pincheiras, afilando los terribles machetes que sólo depusieron en las lagunas de Palanquín (1832), después de quince años de alves matanzas; y mientras más lejos todavía dos hacendados del Perquilauquén (don Miguel Soto y don Leandro Parada), se hacían jefes de partida para defender sus pueblos y sus heredades contra los enjambres de guerrilleros que bajaban al llano por el paso de Alico, desde los valles de los Pehuenches, otros dos hacendados del valle del Diguillín, vecino de Chillán, don Pablo San Martín y don Camilo Lermenda se internaban en la Montaña para hacer cruda e implacable guerra a las guarniciones de los pueblos y a los capitanejos que éstos enviaban en su persecución.

Todas las poblaciones diseminadas entre el Maule y el Biobío se habían entre tanto fortificado a la ligera, cavando zanjas en sus calles y levantando reductos en los ángulos de sus plazas de armas, pues en su mayor número carecían de cañones, de fusiles y aún de armas de filo. Aquellas llamadas fortalezas del Biobío, porque en siglos atrás se habían levantado en su derredor algunos parapetos de tierra o simples palizadas, se encontraban de tal manera indefensas, que la de Santa Juana había sido tomada en Agosto de 1817 por tres hombres armados de dos fusiles y una pistola. Por esta misma época (Agosto 23 de 1817), urgido el gobernador de los Angeles don Francisco Riquelme por el comandante general de fronteras don Andrés Alcázar, a fin de que le enviara algún auxilio, remitióle aquél dos fusiles y cinco paquetes de cartuchos dejando para sostener la plaza cuatro fusiles y dos paquetes de repuesto. . .

No era mejor la situación de las aldeas puramente agrícolas de los valles centrales. Más dentro de Chillán, y como en el cuartel general de los llanos, se había encerrado aquel capitán Victoriano, que rehusó rendirse en San Carlos en 1813, hasta que prendieron fuego a la casa donde se había encerrado haciendo una heroica resistencia. Había premiado el gobierno aquella hazaña; y a la verdad que su elección para teniente gobernador de aquel distrito tenía buenos títulos de acierto. Victoriano era un hombre verdaderamente terrible. No sabía oír, no sabía perdonar, pero tampoco sabía volver la espalda a ningún riesgo. Había nacido en Concepción, y aunque hijo de una

familia peninsular y aristócrata, pues su padre, don Antonio Victoriano, natural de Vizcaya, vino de tesorero real de esa ciudad, aficionóse desde temprano a la causa de la patria, como todos los jóvenes que en el sur habían alcanzado alguna ilustración. Compañero de infancia o aula de los Prieto, los Cruz, los Bulnes, los Rivera, los Benavente y en especial del inclíto Freire, tenía sobre ellos la ventaja de haber hecho un viaje a España, donde, como sucedió siempre con los criollos, sino adelantó su espíritu, encendióse más vivo su odio a la metrópoli. Aseméjase en sus prendas de soldado y en su bizarra figura, al último de aquellos héroes, y sobrepujábale tal vez en su desarrollo intelectual, como lo acreditan sus despachos siempre escritos de su mano. Mas, aunque les ligó en todo tiempo la más íntima amistad, no puede decirse que uno y otro tuvieron igual ánimo; y de la mayor nobleza del de Freire vino, a no dudarlo, que él subiera a los más altos puestos de la patria y quedara el otro oscurecido, pobre, vegetando en una aldea, porque tal es la ley inalterable de la justicia humana que deprime lo que lleva el sello del odio y la venganza, como ensalza lo magnánimo y lo grande.

El nombre sólo del gobernador de Chillán era, pues, el terror de las gavillas, porque no se contaba que prisionero alguno que hubiese sido traído a su presencia volviese a ver a sus camaradas.

Sus lugar-tenientes no eran menos implacables ni menos esforzados. Distinguíanse entre ellos el capitán Pedro José Riquelme, soldado de San Carlos, deudo del general O'Higgins y que sus soldados llamaban por apodo el Negro; el capitán Pedro Alarcón, el mismo que mandaba un escuadrón en Longomilla, nacido de una familia que como la de los Ruiz de Nacimiento, no producía sino soldados. Su hermano Jervasio, que aun vive opulento y valetudinario en Chillán, era una de las mejores lanzas de Benavides y ambos tenían una hermana (doña Tránsito) que se recuerda todavía en el sur, como los primitivos pobladores de Santiago recordaban a doña Inés de Suárez y los soldados de la Imperial a Inés de Figueroa. Otro de los montoneros que tenía bajo su mano el gobernador de Chillán era don Juan José Gutiérrez del Palacio, encargado como los anteriores, de recorrer esa famosa comarca de Chillán llamada la Montaña que comienza en la cabecera de sus valles y se empina hasta los picos más altos de los Andes. En el centro de esos portentosos desfileros cubiertos de bosques seculares y en los sitios mismos en que la tradición marca la huella de proezas inauditas, levántase ahora, ameno y risueño, el caserío de los Baños de Chillán.

En las otras poblaciones de la llanura y de los ríos sucedía otro tanto. En Cauquenes había armado una guerrilla para defender ese distrito el valiente coronel patriota don Antonio Merino. En Quirihue se hacía fuerte el teniente gobernador de Itata, don Manuel González, al mando de cuarenta cazadores a caballo, y a ambos prestaba un valeroso auxilio el alférez Manuel Jordán, gallardo mozo, muerto durante aquella guerra en la flor de sus días y en el que las armas chilenas perdieron al general que habría sucedido a Freire y a José María Benavente en la nombradía como en las hazañas del jinete y del bravo.

Armados todas aquellas partidas, que rara vez pasaban de un centenar de hombres por cada parte, comenzaron a salir las unas contra las otras y con tal brío y rapidez que durante los seis primeros meses de la guerra (de Marzo a Septiembre de 1819), todo el sur de Chile no parecía sino un vasto palenque de matanzas. La guerra era a cuchillo, era a muerte. No se había declarado por decreto como en Colombia, pero el sable y el banco eran los ejecutores inexorables del odio profundo con que se encontraban los combatientes.

El 6 de Marzo, en efecto, el Ñego Riquelme dió alcance a orillas del Diguillín a uno de los tenientes de Antonio Pincheira llamado Vásquez, y le mató treinta hombres, fusilando a los prisioneros. Días después (Abril 26), se presenta José María Zapata en las goteras de Chillán, penetra por su calles con la bandera del rey desplegada al frente, y no pudiendo arrojar de sus trincheras al bravo Victoriano, saquea la iglesia y pone fuego al convento de San Ildefonso de la Propaganda. Victoriano no hizo prisioneros, porque no era esa su costumbre, pero quedaron diez y ocho cadáveres tendidos en las calles.

Otros encuentros no menos terribles tenían lugar hacia la confluencia del Ñuble y del Itata en el delta, en cuyo centio existe hoy Chillán el nuevo. El 5 de Mayo el gobernador de Itata, González, encuentra en el paraje llamado el Durazno al guerrillero realista Manuel Fuentes con cien secuaces de fusil y lanza y lo destroza, matándole once soldados.

Un mes más tarde (8 de Junio), el coronel Merino repite este mismo castigo en las Posillas, derrotando al mismo Fuentes que había bajado de la Montaña en doble número del que había traído al primer encuentro. El héroe de esta jornada fué el imberbe Jordán. A la cabeza de su compañía de cazadores arrolló a los montoneros hasta los desfiladeros de Cato, que abren paso a las gargantas de la Montaña sobre el valle de Chillán, y en la persecución mató treinta de aquellos forajidos. Era tan grande y tan frecuente el número de estos sangrientos ataques que el

general Freire en un solo parte oficial, datado en Concepción el 17 de Julio, recuerda que el Ñego Riquelme había muerto siete guerrilleros en la vecindad de Chillán (Junio 28); que el capitán paraguayo Prieto, había ultimado en el camino de Tucapel a Santa Bárbara a diez y siete y, por último, que González había logrado quitar la vida el 11 de Julio, al tenaz bandolero Fuentes y tres de sus camaradas. Por estos mismos días (Julio 22), Manuel Jordán había dispersado en la hacienda de Cucha a otro secuaz de la última parcialidad, llamado Fernández, pasando diez de los suyos a cuchillo. El pomposo guerrillero Gutiérrez del Palacio había atacado también en Cholván (nombre que lleva el Itata en sus orígenes), al salteador Hernández, sorprendiéndolo en su propia casa, en cuyo recinto mató diez partidarios y fusiló a cuatro que cogió con vida. La ortografía de este capitanejo no era, empero, tan buena como su sable. En su parte habla de la ausión, el sable, la manguardía y cuando el enemigo volvió cara, dice que tiró aullir.

El mismo Victoriano había tomado el campo en persona, y a mediados de Agosto, en lo más crudo de la estación de las nieves, había penetrado en la Montaña, talando y matando cuanto encontraba. El día 13 de Agosto pasó a cuchillo o murieron a bala veinte y siete realistas, y entre éstos al famoso Chueco Jaque, y cuando volvió a su pueblo, dice en su parte, no sin cierta aparente extrañeza, que traía consigo diez y seis montoneros vivos y algunas mujeres que había capturado en sitios donde había más de una cuarta de nieve.

Casi al mismo tiempo que Victoriano hacía estos estragos en el camino de la Montaña, el valiente hacendado, don Miguel Soto fusilaba otros siete guerrilleros en las cejas de Cato, y otros seis poco más tarde en la hacienda de Cucha, escapándosele, sin embargo, de las manos el desalmado Martín Sepúlveda que mandaba la partida, al paso que otros dos capitanejos patriotas (el teniente, don José María Urrutia y Fermín Terrada, un bravo montonero), castigaban el asesinato de tres hermanos, hacendados del Parral, (don Casimiro, don Santos y don Gervasio Castillo), matando siete de los forajidos cerca del mismo sitio de su crimen. En este encuentro fué herido el capitán de partida, Leandro Parada, que ya hemos nombrado entre los más valientes.

Esta inmolación incesante, estos degüellos de todos los días, no eran parte, sin embargo, a exterminar sino a medias aquellos enjambres de hombres fanatizados o malhechores que habían convertido en una especie de vasto osario todos los campos del sur. «Bandidos van quedando ya pocos», decía el general Freire

al director O'Higgins, el 22 de Agosto, como respirando al fin en medio de aquella carnicería salvaje que repugnaba a su noble corazón, y luego añadía estas palabras que hielan la sangre en las venas y que pintan con una sola cifra el horror de aquella guerra,—«porque ya se han fusilado más de trescientos»!

Tal era la guerra a muerte, en su conjunto!

En los tristes anales de aquella contienda en la que los que morían y mataban eran siempre chilenos, encontramos, sin embargo, episodios todavía más horribles que la alumbran con nueva y siniestra claridad. Vamos a citar algunos.

El 16 de Julio, los dos hermanos Seguel cayeron de sorpresa sobre la villa de Gualqui, a la vista casi de Concepción; mataron a los que quisieron, y entre otros al buen patriota don Juan Píñilla, saquearon la aldea y se llevaron prisioneros a los pocos que se les ocurrió perdonar. Entre éstos iba el cura de la parroquia, don Nicolás Novoa; el juez del distrito, don Joaquín Soto, y un vecino llamado Bartolomé Sanhueza. Metieronlos en una balsa de las que se usan en el Biobío para atravesar las aguas y las arenas, empujándolas con varas apoyadas en el fondo del cauce; y como todos los prisioneros, excepto el cura, iban amarrados, los asaltadores al retirarse con su botín, habían confiado su custodia al juez de Pileu y a un fusilero. Los dos balseadores que empujaban la embarcación vigilaban también a los cautivos e iban armados de sables.

Cuando flotaba la balsa por la mitad del río, observó el soldado que iba demasiado cargada y que comenzaba a sumergirse. Sin más que esto, dijo al juez en alta voz, que era preciso echar los prisioneros al agua, y al efecto comenzó a cambiar la cebera a su fusil para matarlos a mansalva, pues hemos dicho que iban fuertemente ligados. Por fortuna el prisionero Sanhueza había logrado desatarse, y oyendo aquella sentencia salvaje de su muerte y la de sus compañeros, se precipitó sobre el soldado y logró tirarlo al agua. Uno de los balseadores soltó la palanca y abalanzóse sobre el indefenso juez Soto, con el sable que llevaba a su cintura; mas éste resistióle como pudo, y en la lucha rompió sus ligaduras. Siguióse entonces un combate, cuerpo a cuerpo, en el que el esforzado cura cayó herido al agua, volviendo a recibir otro golpe en la cabeza al tratar de asirse de los maderos de la balsa. Sobrepusieronse al fin los prisioneros, y al día siguiente se presentaron al intendente Freire en Concepción, llevando atados con sus mismas sogas a sus carceleros. Horas después el juez de Pileu y los dos balseadores eran fusilados y sus cabezas fijadas por tres días en altas picas en la plaza de Gualqui.

Otro caso. Voltejeaba en la espaciosa bahía de Arauco una embarcación pirata que servía a Benavides en su asilo de Tubul, por el mes de Mayo de 1819. Desconcertado el malvado que la manejaba como capitán por el desastre de Curalí, resolvió entregarse a las autoridades independientes de Talcahuano, y llegando a enfrentar la punta Rumena, que cierra la rada de Arauco por su extremidad austral, propuso a sus compañeros aquel partido.

«Más viendo que todos callaban la boca, dice él mismo en su parte del suceso, dí principio a ejecutar el pasar a cuchillo a los que iban a mi mando con motivo de no seguir mis ideas.»

De esta manera se hacía la guerra en el sur de Chile por tierra y en el mar por los seides del tigre de Quirihue.

Y, sin embargo, no era esto lo peor, porque acaso el más melancólico rasgo de aquella guerra y que más contribuía a aumentar su horror y su ferocidad, era la invocación divina con que se ejecutaban todas sus matanzas.

Es innegable que el alto clero de Santiago, como un miembro activo y poderoso de la aristocracia colonial, autora exclusiva en Chile de la revolución de la independencia en sus principios, desplegó desde el primer momento de la lucha un elevado espíritu de patriotismo. Mas no sucedió así en la clerecía de los campos, donde los párrocos, identificados con las pasiones y la ignorancia misma de sus fieles, se hicieron primero los apóstoles de la reacción y después sus soldados. No hubo en Chile ni Hídalgos ni Morelos, pero en cambio aparecieron no pocos Ferrebús y Valles.

De entre éstos, los primeros en lanzarse al campo de la acción fueron los frailes de San Ildefonso de Chillán, que, como es sabido, se disfrazaban de ánimas para asustar a los crédulos chilotes del ejército de Gainza en 1814, a fin de sostenerlos en su amor al rey y a la virgen. Ahora, no pudiendo ya usar aquellas supercherías en los pueblos, se habían asilado en los montes o corrido a alistarse en las banderas de Sánchez y Benavides. Otro tanto sucedía con los curas de campo. El párroco de Chillán, don Angel Gatica; el de Yumbel, don Luis José Brañas; el padre fray Pedro Curriel, cura de Cauquenes y el más célebre de todos, don Juan Antonio Ferrebú, cura de Rere; y conocido ya, como el sanguinario cura Valle, desde las campañas de la patria vieja por sus actos de ferocidad, formaban al derredor de Benavides una corte de crueles consejeros que santificaba todos sus crímenes. Ellos le servían de secretarios para redactar sus disparatadas y altisonantes intimaciones, de misioneros pa-

ra seducir a los indios, de emisarios atrevidos para llevar a los puntos más peligrosos y al Perú mismo sus órdenes y sus comunicaciones; ellos confesaban a los rendidos antes de degollarlos y daban la eucaristía a sus propios soldados y a sus caudillos en la víspera de los degüellos: en casos necesarios sabían también ponerse al frente de las líneas y arengarlas, presentándoles crucifijos y otras imágenes para pedirles que en nombre de la santa devoción de cada uno mataran sin piedad a cuantos cayeran en sus manos. Y esto sucedía cuando las monjas trinitarias de Concepción preferían a su tranquilo claustro las tolde-rías en que los bárbaros vivían con sus concubinas, y seguían a Sánchez por entre los zarzales de Nahuelbuta, mezcladas con una soldadesca brutal «regando con sus lágrimas cada uno de sus pasos», pero sin consentir por motivo alguno en volver a su templo profanado en su concepto por impíos.

Al horror de las matanzas que hemos bosquejado a la ligera, añadáse, pues, el horror del sacrilegio; y si se recuerda que el jefe de los patriotas, cuya benignidad de carácter era tradicional, reconocía haber hecho fusilar en cuatro meses no menos de trescientas víctimas, si se toma en cuenta que los realistas no perdonaban por su parte a nadie en campos ni ciudades, asesinando familias enteras, como la de los Castillo, o degollando en masa a los rendidos, como se ha visto en el lance del parlamentario Torres; si se contempla que por una parte los aliados de los realistas eran sacerdotes cristianos que predicaban el exterminio en nombre de la divinidad, y por la otra bárbaros infieles que lo llevaban a cabo invocando sus ritos sálgrientos y haciendo holocaustos a sus ídolos; si no se olvida que las sementeras habían sido taladas o incendiadas en las mieses o en sus trojes, que no existían acopios de víveres en las ciudades ni en los fuertes y que los soldados chilenos no recibían paga y andaban vestidos «con tiras de alfombras» o desnudos, y, por último, si se fija la atención en que todo esto tenía lugar en el corazón del invierno, cuando los caminos del sur se hacen intransitables por la lluvias, innudándose las campiñas, preñándose los ríos y cubriéndose de nieve las montañas, se comprenderá en toda su desolación ese cuadro de hambre y de sangre, de fanatismo y de barbarie con que se iniciaba, en nuestro país de suyo benévolo y magnánimo, la guerra a muerte de las fronteras.

(De la Guerra a Muerte).

Benjamín Vicuña Mackenna.

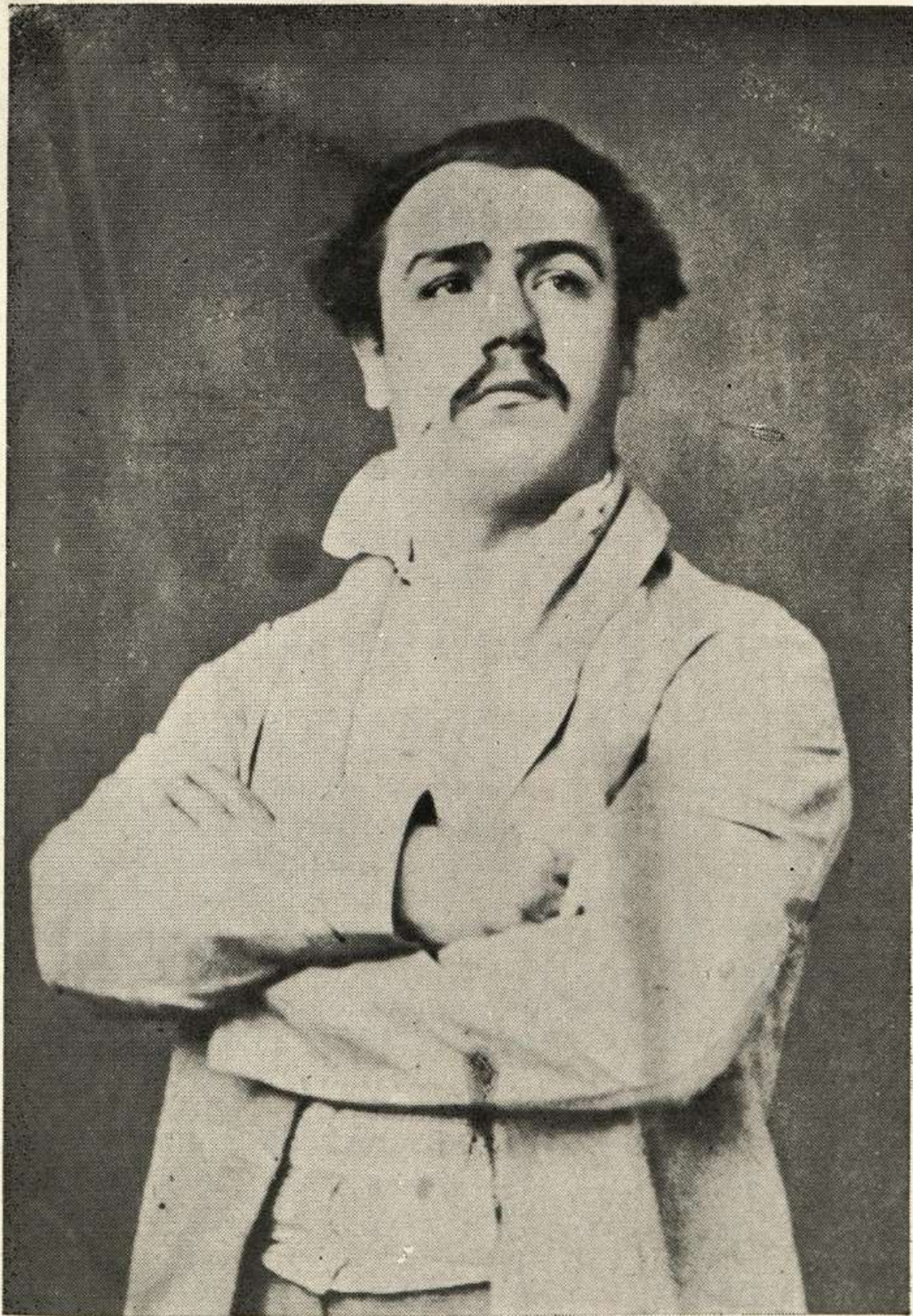
LAS ULTIMAS MONTONERAS

EL BANDIDAJE DEL SUR.—RETRATO DE BENAVIDES.

DESPUES de la batalla de Maipo, los chilenos cometieron el mismo error que habían padecido después de Chacabuco, y lo agravaron. Deslumbrados por el brillo y la magnitud de victorias campales obtenidas a las puertas de una capital opulenta, que no había sentido sino a lo lejos el fragor de las armas, olvidaron que el sur de Chile había sido siempre el campo de batalla de la República, y que en sus villas y comarcas habían nacido los mejores soldados de la Patria y del Rey. Fruto de esa inconcebible negligencia, fué en 1817 la inesperada resistencia de Ordóñez en Talcahuano, que abrió la puerta al desastre de Cancha-Rayada, y en 1818 esa guerra horrenda y obscura de degüellos, de incendios, de asesinatos y de desolación que comenzó con el bárbaro sacrificio del parlamentario Torres y sus desventurados compañeros en la margen izquierda del Biobío y que sólo vino a terminar a orillas del río de las Damas, por el holocausto de Letelier y sus subalternos, despedazados por sus propios soldados, enfurecidos por el hambre y la desnudez.

Háse alegado, por excusa, de aquella grave falta respecto de la última época (pues la del año 17 ya ha sido juzgada) la proximidad del invierno, el completo agotamiento del tesoro nacional, que llegó en esos días hasta la carencia de papel para cartuchos en la maestranza misma de Santiago, como de dinero, para comprarlo, y lo que era más importante que todo eso, los proyectos de la campaña libertadora del Perú que absorbieron desde la mañana siguiente de Maipo, la mente y el corazón de los caudillos de la revolución chilena.

Al propio tiempo que por una coincidencia extraña en toda



Benjamín Vicuña Mackenna, a los 20 años en los Estados Unidos.

guerra que no sea la eterna de Sur-América, los generales de los ejércitos contendientes, Sánchez y Balcarce, se retiraban cada cual por opuesta dirección, creyendo ambos que dejaban terminada o por lo menos suspendida la campaña, iba ésta a presentarse, de súbito, desencadenada y terrible en los mismos sitios que aquéllos juzgaban pacificados.

Horas después que Balcarce se había retirado de los Angeles era deshecha (21 de Febrero) una partida que el comandante militar de aquella fortaleza, Thompson, había mandado a custodiar un vado del río cerca de Negrete. Casi en esos mismos momentos (21 de Febrero por la tarde) el comandante de Santa Juana, más hacia abajo del río, era atacado por cien fusileros, y caía prisionero, con pérdida de los dos tercios de su guarnición. Por último, en San Pedro, a la vista de Concepción y sólo río de por medio, se había dejado ver una guerrilla de más de cien hombres bien armados.

Esto sucedía en la ribera sur del río y casi en toda la longitud de su curso.

Al mismo tiempo una guerrilla aparecía en la margen boreal del río por el lado de Talcamávida, frente a Santa Juana; grupos de indios cruzaban el río de la Laja y se dirigían cometiendo horribles depredaciones hacia Rere, a espaldas de Concepción, amenazando interceptar esta plaza de la de Chillán; mientras que en la vecindad de la última se dejaba ver el terrible José María Zapata intimando rendición. Todavía más al norte, en la confluencia del Ñuble con el Itata se presentaban a la cabeza de montoneras de bandidos, los guerrilleros Contreras, Fuentes y el feroz Antonio Pincheira que iniciaba ahora su larga carrera de desolación y matanzas.

¿Cómo sucedía todo esto de una manera tan repetina, tan vasta, tan simultánea, tan aterradora? ¿Cómo a un sólo grito se habían alzado en armas, todas las comarcas que se extienden en las cien leguas comprendidas entre el Itata y el Cautín, en el centro de la Araucanía? Los indios de la costa y los llanistas ocurrían en tropeles al Biobío; los pehuenches bajaban de los valles de los Andes por los boquetes de Antuco a orillas del Laja y por el de Alico a la cabecera del Perquilauquén. El magnífico distrito llamado la Montaña, que se extiende por las faldas de los Andes, entre aquellos dos pasos, ocultaba en sus desfiladeros innumerables bandas armadas, mientras que, dándose éstas la mano por el fuerte de Tucapel con los caudillos que se levantaban en todas las reducciones de la Araucanía, iban a mantener, mediante su osadía y la extraordinaria movilidad de su organización en grupos a caballo, un constante flujo y reflujo de san-

gre que inundaría durante tres años todas las ciudades situadas en los llanos desde San Carlos a Concepción, todas las plazas fuertes tendidas a lo largo de los ríos desde Santa Bárbara, al pie de la cordillera, hasta Colcura en la ribera del mar.

¿Pero quién había puesto en juego y dado tan precisa y compacta unidad al movimiento que se advertía cuando el general del rey, en cuyo nombre cundía la agitación iba retirándose precipitadamente hacia los confines de la República y llevándose no sólo los soldados de pelea sino las poblaciones enteras y hasta los claustros de frailes y de monjas?

El que todo esto hacía era un soldado chileno a quien Balcarce al retirarse a Santiago, había dejado en Angol, a espaldas del fugitivo Sánchez recogiendo sus dispersos, por cuyo servicio aquel jefe le dejaba especialmente recomendado al mandatario de la provincia y del ejército.

Para comprender lo que pasaba es preciso detenerse un instante en presencia de aquella figura siniestra y oscura todavía.

Todo había sido hasta entonces terrible y sombrío en la existencia de aquel hombre que había nacido en una cárcel para morir en un patíbulo. Hijo del alcaide de la villa de Quirihue, había sido en los diez años que llevaba corridos la independencia de Chile tres veces alternativamente soldado del ejército patriota y del enemigo, y al pasar de unas filas a otras había siempre cometido un crimen o recibido algún castigo, incluso el de la muerte; porque fué ajusticiado, y, sin embargo, quedó con vida. Su existencia formó por esto una cadena de extrañas aventuras y de repugnantes inconsecuencias que bastarían a hacer odioso su carácter, si sus delitos inhumanos no lo hubieran señalado a la execración de las edades. Fué uno de los vencedores en Rancagua y conquistó en esa campaña los galones de oficial. Mas no se batió en Chacabuco por la causa que lo exaltaba, y al contrario, al saber la victoria de los chilenos, púsose a conspirar contra sus banderas en Concepción.

Benavides era, pues, un eterno díscolo, una de esas naturalezas rebeldes a todo impulso de lo bueno, y que por esto han sido llamadas con propiedad, genios del mal. Su educación había sido tan imperfecta como su organización y había servido sólo de dócil aliada a sus terribles instintos. Había aprendido en su aldea natal todo lo que se enseñaba entonces en nuestras villas de provincia y aun en nuestras ciudades coloniales; esto es, a escribir, a leer y a rezar. Sus pasiones, más arraigadas y más

feroces estaban limitadas por esto a un círculo estrecho. Su sable, su mujer y la virgen de Mercedes, cuyo nombre invocaba aún en el cadalso, constituían toda la atmósfera de su existencia física y el aliento de su alma, pero al anidarse en ella se emponzoñaban en su contacto y se convertían en excesos abominables. En Benavides, la pasión por la guerra era la matanza; el amor, el aguijón de los celos, la religión, la hoguera.

Y son estas tres tendencias más marcadas de su espíritu las que veremos puestas en juego en la lucha a que vamos a asistir. Su audacia para mentir, un espíritu notable de organización, la viva malicia del criollo y su insondable vanidad, son sólo recursos auxiliares de que el bandolero echara mano en la víspera de un atentado o al día siguiente de haberlo cometido.

Los ilustrados biógrafos de aquel caudillo se han preguntado hasta aquí alternativamente, por qué Benavides levantó la bandera del rey cuando era arriada por todas partes en nuestro territorio, y cómo pudo tan aprisa presentarse señor y jefe de un ejército poderoso, a la vez que fraccionado en tan diversos grupos en un dilatadísimo territorio. Para nosotros la solución de aquella inconsecuencia se halla en la existencia misma de Benavides que no fué sino un tejido de deslealtades casi incomprendibles y en su ciega vanidad de mestizo semi-bárbaro y semi-educado. En cuanto a la segunda duda, la hemos encontrado desvanecida en una correspondencia oficial del virrey Pezuela en que se manifiesta que el antecesor de Benavides obró contra sus instrucciones, que su retirada a Valdivia fué no sólo un absurdo y una cobardía, sino un palmario desconocimiento de las intenciones de aquel potentado, y que por consiguiente al asumir el último la representación de la causa real en Chile iba a servir de legítimo y autorizado caudillo de todos los elementos genuinamente anti-independientes que aun quedaban arraigados en la República.

La situación que creaba Benavides a la nación y al ejército del sur no podía ser más grave ni más inesperada. La insurrección dominaba todos los campos; y las escasas fuerzas de la República se hallaban diseminadas en ciudades indefensas, recién ocupadas y que era preciso repoblar con bandos y decretos, o en fortalezas que no tenían cañones sino brechas practicables en cada uno de sus muros.

Por fortuna hallábase al frente de aquellos escasos recursos de resistencia, (pues en verdad se trataba de una guerra defensiva) un hombre de robusto corazón en los conflictos y de brazo incansable en las peleas. La espada del general Freire iba a ser en ambas riberas del Biobío la valla de acero en que ven-

drían a estrellarse siempre las huestes realistas en sus furiosas embestidas.

Hemos visto ya que el joven intendente de Concepción había previsto el conflicto cuando más aparente era su lejanía, y ahora que le veía venir no mudaba de semblante. Su situación militar era, sin embargo, en extremo crítica. Tenía, es cierto en Concepción, dos pequeños batallones, el 1 y el 3 de Chile, pero le faltaban caballos, única arma que da alcance al montonero, y cañones, otra arma que el indio teme en las batallas. «El general Balcarce, decía, en efecto, Freire en la carta que ya hemos citado, se ha retirado anunciándonos la paz y se ha llevado todos los pertrechos de guerra. El batallón núm. 1 y el núm. 3 están aquí; pero sin medio, sin víveres y desnudos. Entre los dos, según los informes de sus jefes, apenas presentarán quinientos hombres en línea. El de Coquimbo está en los Angeles; y la caballería no tenemos más que la compañía de la escolta, siendo ésta la más precisa para esta guerra. Las milicias están a pie y no tienen ni lanzas, ni hay ninguna clase de armas que darles.

«Así es que, es de suma necesidad, añadía, que Ud. me mande a la mayor brevedad seiscientas lanzas y sables, si acaso se encuentran, para armar un regimiento de milicias. Sin caballería nada hacemos y la cosa toma incremento. También es de primera necesidad que venga algún dinero para los batallones, pues hace tiempo que no reciben medio y es necesario entretenerlos con alguna cosa, ya que los víveres y el vestuario están tan escasos.»

«En fin, concluía esta carta notable por su franqueza y sus revelaciones históricas, el embrollo en que nos ha dejado el señor Balcarce es grande, y si activamente no se toman las providencias como lo hago, nos veremos en apuros.»

La crisis en efecto se desarrollaba con una celeridad desconsoladora. Todas las partidas sueltas que habían brotado como por encanto tras de las pisadas de Sánchez al sur del Biobío y de Balcarce al norte, comenzaron a operar un rápido movimiento de concentración sobre los Angeles, la plaza que hemos llamado con exactitud la llave de las fronteras, y en los momentos mismos en que Freire escribía a la capital pidiendo auxilio, aquella ciudadela defendida por un solo batallón y cuatro piezas de la artillería de los Andes, era rodeada por no menos de tres mil indios e innumerables capitanejos. Entre éstos, los boletines militares citan a Juan Ruiz, de Nacimiento y sus cuatro hijos. Tan general y terrible era el levantamiento.

Los sitiadores llevaban por delante de sus caballos atados de fajina para incendiar el pueblo, y éste era el preludio de aquella guerra espantosa. El cañón de la fortaleza les impidió el crimen; pero arrimaron fuego a los campos vecinos,

«levantando, dice el jefe de la plaza, una densa nube que por largo rato oscureció la claridad del sol.»

Al fin la metralla dispersó a los indios que se retiraron dejando sesenta cadáveres. Pero fué para volver más tarde con mayor ímpetu y desesperación. Llegaron esta vez los jinetes araucanos hasta golpear con sus lanzas los macizos postigos del portón del recinto, recordando proezas antiguas que ha hecho inmortales la musa castellana; mientras que la gente de a pie, toda española, cuando aquellos se retiraban por las estrechas calles para embestir de nuevo en otra dirección, los cubrían con igual heroísmo hasta el caso de perecer todas por el estrago del cañón. Dentro de la plaza sólo murieron algunas mujeres que no alcanzaron a encerrarse en el fuerte.

Los sitiadores, que en esta vez habían sido en menor número por las veleidades propias del indio, volvieron a retirarse; pero si el mariscal Alcázar, que avisado de lo que pasaba no hubiese venido a toda brida con la caballería desde Yumbel, la plaza habría sucumbido; y entonces quedaba franco el paso por los llanos y por los vados a todas las montoneras que se enseñoreaban a la vez de las campiñas del Vergara y del Itata. Alcázar entrándose a la plaza en la tarde del 10 de Marzo, después de dar una valiente acometida a los bárbaros que se retiraban del asedio por el vado de Tarpellanca, salvó la situación que no podía ser más apurada al comenzar la campaña.

Entre tanto, Freire privado de movilidad, de víveres y de dinero en Concepción, se desesperaba por tomar personalmente el campo contra Benavides que se había apostado en Santa Juana, en la medianía del gran río, con el propósito de atender a la vez a las dos extremidades de su línea de ataque, es decir, a Concepción y a los Angeles.

«Ya no hay paciencia, escribía aquél a Santiago el 3 de Marzo para sufrir a los indios que por todas partes nos inquietan. Mujeres, hombres, niños y cuanto encuentran lo devoran como el fuego. Así como son indecibles los estragos que han hecho en La Laja y demás partes, lo son también las tentativas de amistad que se les ha hecho y de que se han burlado. Los pehuencnes, que eran los únicos que se manifestaban neutrales, están hoy también en movimiento, según noticias tengo. Los habitantes de la otra parte del Biobío y los emigrados están obstinados que a pesar de que salen los bandos de perdón, etc., continúan sin interrupción, y permanecen haciéndonos la guerra, sin embargo, de que Sánchez se había retirado. Cadalsos y degollaciones son los que públicamente y a gritos ofrecen a los habitantes que se han quedado de esta parte.»

«Todo hombre, añadía en seguida, revelando sus planes militares y la ira de su corazón, que mira la cosa de cerca cree que mientras no se pase al otro lado del Biobío y se les haga una guerra destructora, degollando, robando y

quemando cuanto se presente, es imposible la tranquilidad y asegurar esta provincia del poder de los enemigos.»

«Yo sé que a la distancia, decía en conclusión, se creará éste un plan descabellado, pero yo sé que es el único medio de asegurar la provincia y de hacer entrar a los indios en sus deberes, dándoles un buen golpe. Ellos pedirán perdón y nuestra amistad: hablarles por bien es insolentarlos, y para que se burlen de nosotros. De este modo se ha hecho la amistad con indios en varias partes.»

La campaña se iniciaba, como hemos visto, con aspecto feroz desde el primer impulso. Las guerrillas no daban cuartel ni lo recibían. Al primer montenero que cayó en manos de Freire (un tal Baeza que mandaba una partida por Talcamávida), lo bajaron del caballo para sentarlo en el banco. Benavides había dado orden con anterioridad de degollar a todo el que pudiese dar noticia del itinerario de sus destacamentos; y mientras sus lugartenientes, a falta de cañones, asediaban las plazas provistos de haces de heno con el fin de reducirlas a cenizas, el mismo salvaje caudillo de aquellas hordas daba personalmente los ejemplos más depravados de barbarie.

«El famoso Benavides, escribía Freire el 28 de Marzo, continúa haciendo creer sus groseras intrigas que su conducta desmiente. Acaba de cometer un horrendo atentado. Mandé un parlamentario (un teniente Torres del núm. 1 de Chile), con una contestación a oficios sobre el canje de su mujer por el teniente Rivera, y al mismo tiempo cien pesos para el oficial y tropa prisionera, y me ha detenido el oficial, mandándome el soldado que llevó, con un oficio en que me dice marchan los dos tenientes para Valdivia, pero que si le mando su mujer los hará devolver del camino.»

El candoroso general Freire, que siempre tuvo ese noble atributo propio de las almas buenas, llamaba horrendo atentado la detención de un parlamentario, y esto pone en evidencia cuán lejos estaba de su espíritu la idea de que aquella intriga envolvía un crimen verdaderamente horrendo. Benavides había mandado descuartizar al parlamentario y toda su tropa. En lo único ciertamente en que aquel gran criminal sobrepujó la magnitud de sus delitos fué en la impavidez y el cinismo de la mentira para ocultarlos!

Es tan alevosa, tan inhumana y al propio tiempo tan característica de las entrañas de Benavides esta inmolación de un funcionario constituido sagrado por las leyes de la guerra, que se hace preciso revelarla en todo su horror, porque ella es, a no dudarlo, el punto de partida de la guerra a muerte que se desató de improviso sobre Chile.

El desgraciado Torres fué recibido por Benavides con los agasajos de un amigo hasta el grado de convidarle a cenar en

sus habitaciones, dentro del recinto de Santa Juana. Pero mientras el oficial patriota satisfacía su apetito, Benavides meditaba su alevosía apurando a tragos un cántaro de aguardiente, esta fiel y terrible aliada del instinto de la sangre en las naturalezas criollas. Bajo esta influencia y de repente levantóse el terrible huésped de su asiento y dijo a Torres que se preparase para morir. En su sorpresa y su terror, pidióle el infeliz que le perdonara la vida, que le permitiera confesarse, que lo matara a bala siquiera. A todo, menos a una breve expiación negóse el verdugo. Confesóse el prisionero y se entregó al ayudante de la fortaleza para que se cumpliera su destino. Mas el parlamentario no moriría solo. Dentro de una de las cuadras del cuartel dormían quince de los veinte soldados que había ido él mismo a rescatar, pues sólo cinco consintieron en tomar servicio, para pasarse en seguida (como lo verificaron), menos dignos, pero más previsores que sus desgraciados compañeros. Torres comprendió que había llegado la última hora de éstos, junto con la suya, y dijo con entereza al cabo que los mandaba:

«La muerte nos llama! Recuerde Ud. a todos los demás compañeros!»

Benavides llegó entonces semi-ebrio a la puerta del calabozo y haciendo entrar una partida de soldados de caballería, todos españoles, con sus sables afilados, consumó aquel horrible descuartizamiento a la luz de un candil! Años después veíanse todavía estampadas en los muros del cuartel de Santa Juana las manos ensangrentadas de aquellas víctimas infelices al luchar en su agonía con sus inhumanos verdugos!

Y al día siguiente, el impávido asesino, cobarde y villano, como lo fué siempre, mentía sobre los cadáveres de sus víctimas, escribiendo a Freire que «no había sido él sino los indios y el comandante español Arias los autores del crimen, indignados porque no habían visto llegar a su mujer»! Osaba decir en su comunicación oficial que se había opuesto al crimen, pero que sus soldados lo obligaron a salir del recinto para cometerlo y aún le impusieron pena de la vida si entraba a la fortaleza aquella noche.

Tal era el esforzado Benavides, brigadier de España y a quien el historiador Torrente llama ilustre en cada una de sus páginas!

(*“De la Guerra a Muerte”*).

Enrique Molina.

LA REVOLUCION, LOS ESTUDIAN- TES Y LA DEMOCRACIA ⁽¹⁾

LOS estudiantes de la Universidad de Concepción han querido, antes de volver a sus tareas ordinarias, cerrar con un eslabón de solidaridad el ciclo de los días decisivos de la revolución y han ofrecido a sus valientes compañeros de Santiago el homenaje de esta velada. Me han hecho el honor de pedirme que haga uso de la palabra en esta ocasión solemne y es para mí un placer dar cumplimiento a tal mandato.

No recuerdo haber sentido nunca la agitación jubilosa de un ideal colectivo como en estos días gloriosos de la triunfante revolución de Julio. Chile acaba de agregar un rasgo sobresaliente a su personalidad de pueblo recio con que ha sabido señalarse en la historia. Con el sólo poder de su opinión resuelta ha derrocado al militarismo que se había entronizado en el gobierno. El necesario imperio de la constitución, de las leyes y de las libertades públicas ha sido restablecido por obra exclusiva de las fuerzas morales de los civiles sobre la fuerza de las armas. Hemos enri-

(1) Discurso pronunciado en el Teatro Concepción el 3 de Agosto en la velada organizada por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción en homenaje a los Estudiantes de la Universidad de Chile.

quecido con la jornada nuestra historia y nuestro bagaje para hacer el porvenir. La lección no será olvidada y la hazaña va andando por tierras de América y del mundo para devolver al nombre de Chile la aureola de pueblo celoso de sus libertades que había perdido.

En las jornadas revolucionarias las huestes estudiantiles estuvieron adelante. Adelante para encender el fuego de la renovación y despertar la medio adormecida alma nacional, y adelante en el peligro.

La juventud ha sido siempre una especie de divinidad del culto de las esperanzas. Pero no han faltado períodos de desilusión y escepticismo en que la juventud ha solido parecer deprimida y extraviada. Mas ahora, en estos días de prueba, los estudiantes han superado a cuanto se podía esperar de ellos y por sus sacrificios y la sangre que han derramado en aras de un ideal han convertido aquellas esperanzas en soberbia realidad y se han hecho carne en nuestros corazones, por lo cual les rendimos nuestra admiración y reconocimiento.

Así en esta hermosa sala vibra el alma de dos juventudes universitarias unidas en fraternal abrazo. Que los inteligentes delegados de la Federación de Santiago que como huéspedes de honor han venido especialmente invitados a la fiesta de hoy, lleven a sus compañeros la impresión de este acto de solidaridad y afecto.

Las voces de los jóvenes no dejaron de ser oídas. Las corporaciones profesionales se levantaron casi simultáneamente. El cruento sacrificio de Jaime Pinto Riesco hizo que en Santiago los médicos se alzaran

como una sola alma herida y proclamaran en contra del gobierno la huelga general.

Concepción ha escrito en estos días páginas dignas de su tradicional civismo. Desde la caída del ministerio Montero-Blanquier, que había asegurado el imperio de las garantías constitucionales y había dejado plenamente establecido ante el país la aplastante deuda de tres mil quinientos millones de pesos contraída por la administración anterior, se comprendió que este régimen no podía continuar. Tal estado de ánimo se acentuó en forma irrevocable con el fracaso del breve ministerio Letelier-Garcés Gana y con los aprestos ostensibles para mantener la dictadura a toda costa. Los estudiantes fijaron su cuartel central en la Escuela de Farmacia, en cuyo mástil flameaba el tricolor nacional y la bandera de la Universidad. De ahí salían los desfiles patrióticos y las proclamas que condensaban las aspiraciones del momento. Los médicos, abogados, ingenieros, profesores, dentistas y farmacéuticos se adhirieron con decisión al movimiento. Otro tanto hicieron el personal de los ferrocarriles, los artesanos y obreros. En la misma escuela sesionaba el comité revolucionario formado por delegados de todas las colectividades civiles. Por último en la prensa y en reuniones celebradas por los elementos más representativos de la ciudad se reclamó como la expresión del sentir unánime de Concepción un cambio total del gobierno de la república. Este resultado victorioso llegó mucho antes de lo que habíamos esperado.

No cabe negar que tomar el gobierno por la fuerza vino a ser una fatal aventura para las instituciones

armadas. El prestigio y el afecto de que antes gozaban en el corazón de los chilenos, han tenido que salir de esta prueba muy menoscabados. Pero la república necesita de su ejército y de su marina. Ningún chileno puede tener interés en que estas instituciones no sean dignas y respetadas y no vivan rodeadas de las consideraciones que tuvieron en los tiempos en que eran renombradas por su disciplina y por sus hazañas nimbadas de gloria exclusivamente militar. No dudamos de que esto sea fácil volverlo a obtener para un ejército y una armada limitados a las necesidades de la república, que conlleven en igualdad de condiciones las cargas que la desastrosa situación económica nos impone a todos, y que actúen como organismos enteramente apolíticos, de acuerdo con las disposiciones de nuestra Constitución.

Estamos ahora ante un gran triunfo. Estamos también ante dolores inevitables que han venido con él, cuyas heridas permanecerán abiertas por mucho tiempo, y ante el recuerdo de víctimas que dejaron de ver la luz para siempre a fin de que nosotros tuviéramos más luz. Esto nos impone meditación, meditación con recogimiento casi religioso y que debe terminar en el juramento tácito de proceder bien.

Considerables problemas nos presenta la hora actual y seguirán inquietándonos por no corto tiempo. Grandes responsabilidades pesan por lo mismo sobre nosotros. La única manera de corresponder a éstas consiste en afrontar aquéllos con resolución, serenidad y estudio. Seamos optimistas; pero tengamos un optimismo reflexivo y no dejemos perder las enseñanzas de la experiencia. No puede ser otra actitud la de quién,

como el que os habla, carece de toda ambición política personal y en el correr de las horas va viviendo ya las de su atardecer. No puede ser otra tampoco la de vosotros, jóvenes, que continuáis siendo la más bella esperanza de la patria y que formaréis la élite de sus ciudadanos.

En Septiembre de 1924 un golpe de Estado de las fuerzas armadas hundió para siempre un parlamentarismo desorbitado que había llevado la desorganización y la corrupción a casi todos los campos de la vida nacional. Los vicios y defectos de tal régimen fueron la causa principal del movimiento militar y del éxito con que fué coronado.

Nuevos golpes de Estado, francos o disimulados, que se dieron en Enero de 1925, y, sobre todo en Octubre de este mismo año y en Febrero de 1927, trajeron como resultado el establecimiento de la dictadura militar que acaba de caer derribada por sus yerros y por la opinión pública.

Para deshacernos de la dictadura hemos necesitado de otro movimiento revolucionario. Así el carro del Estado ha marchado de tumbo en tumbo porque el camino ha estado malo y el rodaje del carro bastante descompuesto. Hemos llegado por suerte a un descampado del camino. Pero no nos engañemos. Sabemos que recios obstáculos nos esperan. Evitemos para nuestra patria la triste historia de otros estados sudamericanos que no es más que la de una miserable pelota estropeada por jugadores implacables y crueles que la lanzan de una revolución a otra revolución, de la dictadura a la demagogia y de la demagogia a la dictadura. Las instituciones, magna carta de los derechos

de un pueblo, no pueden resistir a este perpetuo terremoto político y se derrumba dejando expuestos a los ciudadanos a sufrir siempre alguna especie de tiranía. Tenemos la obligación de salvar a nuestra patria de este lamentable destino.

La revolución no es jamás un fin en sí. Las que perpetúan el movimiento revolucionario más allá de las finalidades que se le señalaron suelen descender de sus ideales, pueden llegar hasta desmentirlo con sus hechos y pasar a ser simples recogedores de un botín. Una revolución aun siendo justa, aun no siendo la aventura criminal de caudillos ambiciosos, no tiene otro sentido que el de un medio, un doloroso medio, para conquistar la independencia, derribar una tiranía, introducir un nuevo orden social. En el caso nuestro actual ha ido implícito en el fin de destronar la dictadura el de restablecer el vigor de las instituciones legales que ya tenemos. El más sagrado deber de los vencedores consiste en respetar estas instituciones y cuando no las encuentren adecuadas a las nuevas circunstancias sociales, en hacer uso de los procedimientos que ellas mismas señalen para reformarlas.

El fascismo, que fué en parte modelo de nuestra dictadura, insistió desde un principio en el sometimiento de los individuos a una jerarquía social antes que patrocinar cualquiera clase de igualdad, en la necesidad de pensar más en los deberes de cada cual que en sus derechos, y, aunque en sus postulados se ha hablado mucho de la libertad, significa un régimen que es la negación misma de todo ejercicio libertario. Exagera el fascismo los atributos del Estado y de quien lo personifica en forma tan monstruosa que deja reducido al indi-

viduo a partícula insignificante, oprimida entre las piezas de la máquina burocrática, gigantesca y despótica, que lo envuelve.

Todo esto lo hemos visto en nuestro país. En regímenes semejantes los miembros de la colectividad no se dividen sino en gobernantes y súbditos. No caben en ellos hombres en la plenitud del ejercicio de sus derechos de tales.

Aspiramos, aspiráis, vosotros jóvenes, a que nuestra república sea una democracia lo menos imperfecta posible, una comunidad de hombres libres.

¿Consistirá la libertad en poder hacer todo lo que uno quiera hacer? De ningún modo. Ni siquiera en hacer lo que uno desee con tal que no sea en perjuicio de tercero, como dice un artículo de la Declaración de los Derechos del Hombre. Ahondando en el fondo moral que se encuentra en todo acto libre se llega a la concepción de que la libertad consiste, sobre todo, en poder hacer lo que se debe hacer, en la ausencia de fuerzas externas o impulsos contrarios internos que le impidan a uno hacer lo que debe. De la vida en un medio social donde no se ejercitan coerciones externas ilícitas se dice que se hace en el goce de todos los derechos civiles y políticos. Salvar a la libertad de los impulsos contrarios que la amenazan en nosotros mismos es tarea del dominio de nuestra voluntad, de la educación y de la moral.

El concepto de democracia no entraña tampoco ni con mucho la idea de igualdad absoluta. A lo más de la igualdad civil o de igualdad ante la ley, la que es menester entender también de acuerdo con el principio de las jerarquías sociales. Sin jerarquía no hay orden

social y, por consiguiente, no se goza de tranquilidad ni se puede trabajar eficazmente, con lo cual salen perdiendo tanto la sociedad como el individuo. La jerarquía no significa el establecimiento de un sistema rígido de capas sociales formadas unas por individuos destinados a mandar siempre y otras por los condenados a obedecer. No, es algo más complejo. Todos tenemos la obligación de saber mandar en las situaciones en que tal es nuestro deber y, a la vez, la de acatar las órdenes que se nos impartan dentro de la ley.

La igualdad de que hemos hablado, cuando se refiere al goce de los bienes del mundo, debe traducirse en igualdad de oportunidades, la que para llegar a ser efectiva supone el funcionamiento de un amplio y adecuado sistema de educación general y técnica.

Pero por el momento nos asaltan emergencias cuya solución no podemos postergar. De la aventura de la dictadura militar ha escapado la república en un grado de pobreza que no había conocido jamás. Deberes de resignación y sacrificio nos va a imponer esta situación. A todos nos alcanza la pobreza, pero hay miles de chilenos que viven en la más desastrosa miseria. Ante ellos sería cruelmente extemporáneo discurrir sobre la igualdad, y sobre lineamientos de un orden definitivo; sería como proponerle un sistema de ejercicios físicos a un infeliz que yace desmayado de puro débil. Lo que urge es darles pan para que no se mueran de hambre, un techo, y ropas para que reemplacen los inmundos harapos que los cubren.

Que venga en seguida el trabajo redentor porque sólo los absolutamente inútiles deben vivir por el resto de sus días de la caridad.

Es función del estado moderno dar ocupación hasta donde sea posible a los hombres capaces que no la tienen. Lo es también el ejercicio de esos variados ministerios que se comprenden dentro del amplio término de justicia social que viene a ser como una forma legal de ayuda a los desamparados de la fortuna y de compensación de las desigualdades tradicionales y hereditarias. La justicia social reconoce el derecho de propiedad, pero no con el sentido individualista de los jurisconsultos romanos sino como una función social sujeta a obligaciones y limitaciones en favor del bien común de la colectividad.

Pretender la nivelación uniforme de la riqueza es una quimera. La naturaleza es esencialmente desigual. Unos hombres son más vigorosos y pueden desarrollar más trabajo que otros. O los hay más inteligentes, económicos, sobrios y previsores. De todas estas diferencias de facultades tienen que resultar legítimas desigualdades en los bienes de cada cual. Para reducir la desigualdad a su mínimun nos parece la justicia social un noble ideal que no se debe cesar de perseguir. Las reformas en las relaciones amorosas de los hombres auspiciadas por el comunismo sobre una base de mayor libertad pueden traer consigo un ambiente de más sinceridad y de menos hipocresía en las cuestiones del corazón tan fundamentales para la felicidad humana. Pero en todos estos planes no conviene olvidar el respeto a la iniciativa individual y al individuo, célula esencial de la sociedad.

Vivir bajo la dictadura del proletariado, como en el régimen bolchevista, me parece en cambio tan funes-

to e insoportable, sino más, que bajo la dictadura de uno solo como en los regímenes fascistas.

A que las repúblicas iberoamericanas hayan llevado una vida tan agitada, avanzando en medio de revoluciones, sojuzgadas ya por dictadores, ya por demagogos, han influído primeramente dos circunstancias básicas: la vastedad de sus territorios y la existencia de numerosa población de indígenas. Países extensos y sin buenas comunicaciones entre sus diferentes partes permiten la formación de focos aislados que pueden ser por mucho tiempo centro de revoluciones no fáciles de dominar. Los indios forman masas de gente no asimiladas por la cultura blanca y que caudillos inescrupulosos pueden sublevar fácilmente engañándolos con cualquier pendón más o menos halagador.

De estos inconvenientes Chile se ha visto libre en mejor forma que la mayoría de las repúblicas del nuevo mundo. Su territorio extendido a lo largo del océano se ha hallado unido desde el principio de nuestra historia por las fáciles comunicaciones que el mar ha permitido. En el seno de nuestra población quedan muy pocos indios, no hay negros, y gozamos por esto de una unidad de raza que nos sustrae a muchos problemas y tal vez suaviza la solución de los inevitables.

En seguida como antecedentes del atraso iberoamericano debemos mencionar la carencia de educación política y de educación económica. Esta vez si que los males anteriores nos alcanzan a nosotros. La falta de educación económica es causa de que las riquezas de este continente no hayan sido bien aprovechadas y de que cuando lo han sido han servido para beneficiar principalmente a naciones extranjeras

técnica y económicamente más adelantadas que nosotros.

Sin educación política no es dado pensar en el regular funcionamiento de una democracia y aquella supone en primer lugar una amplia educación general. Cuarenta por ciento de analfabetos, como tenemos por término medio en nuestro país, forman un lastre contrario al florecimiento de las instituciones democráticas. Y lo forman asimismo los que, sin ser analfabetos, saben apenas leer y escribir y viven en la pobreza.

El derecho en las democracias no es más que la expresión de la voluntad de las mayorías y sin cordura y sin el sentido de la equidad que da la cultura puede convertirse fácilmente de parte de las masas populares en un instrumento de tiranía, de injusticia y de abusos. Aun las muchedumbres formadas por personas cultas caen sin dificultad, por el hecho de ser multitudes, en el abuso del poder que da el mayor número, en el olvido de la razón, luz soberana del individuo que discurre tranquilamente, y en el predominio de los instintos primitivos que obran irrefrenables cuando no se puede pensar.

Cultura también reclama el ejercicio de la libertad. Tanto los pueblos como los individuos necesitan someterse a una disciplina que imponga limitaciones aconsejadas por la sabiduría, el buen juicio y el respeto mutuo. De las más preciosas son las libertades de pensar y de expresar su pensamiento de palabra o por escrito; pero cuidemos de que el discurso, la lección o el artículo de diario no degeneren en diatriba ni el libro en libelo. La más alta libertad culmina en caracteres firmes y espíritus originales capaces de mani-

festarse con independencia ante los prejuicios corrientes, de defender por lo mismo, si es preciso, opiniones impopulares, y de examinar cada cosa a la luz de la razón.

Por carencia de disciplina se desmoralizan los individuos y los pueblos, se desorganizan las instituciones públicas y sobrevienen, como azote inevitable, los gobiernos tiránicos a restablecer el orden por la fuerza.

Grande y hermosa labor tenéis por delante, ¡oh jóvenes! Graves responsabilidades vienen aparejadas con ella, como esperanza que sois de la patria y futura *élite* de su ciudadanía.

He visto en que forma habéis luchado en la pasada jornada. Habéis luchado como sentaba a la plenitud de vuestras almas, alegrando con cantos y músicas vuestras horas de guardia. He pensado en guerreros de Leonidas. El peligro que os amenazaba era para vosotros, como para los héroes espartanos, un motivo de fiesta. La sonrisa de vuestras valientes compañeras, que no os abandonaban, era una dulce fuerza, símbolo ideal como para los quijotescos caballeros de la edad media. Y vuestra alegría no ha sido flor de estimulantes; no ha estado manchada ni por el alcohol ni por ningún sentimiento innoble. Ella ha bajado de la altura de vuestros ensueños como un torrente fuerte y puro a dispersar las sombras del llano y a prepararlo para una nueva vida.

Pero ha pasado la hora aguda de la tensión heroica. Os imagino evolucionando de compañeros de Leonidas a jóvenes de Atenas. Aquí no sólo os aguardan las discusiones del ágora casi siempre estériles. Os espe-

ran el estudio, la meditación y el trabajo. No aguardéis a que las cosas del mundo exterior estén arregladas para poner fecunda armonía en vuestro mundo interior. De otro manera, vuestra vida se disipará en un ajetreo inútil. El espíritu se desarrolla tomando fuerzas, tanto de la cooperación con los demás como de la concentración individual. De otra suerte cojea por algún lado. Las industrias, tesoros dormidos en el seno de la materia, esperan la consagración a ellas de muchos de vosotros. Los archivos del pasado y los caracteres del alma nacional esperan al hombre de letras, al literato y al artista que sepan interpretarlos. Los secretos del cosmos y de la vida esperan los nuevos ensayos de explicación que tienten los estudiosos de la ciencia y de la filosofía.

Nunca dejamos de encontrar en nuestro camino la selva oscura preñada de asechanzas de que habla el poeta. Vosotros la hallaréis a cada paso. En medio del caos en que suele caer la vida no nos dejemos arrebatar la brújula de la rectitud para guiarnos. Que no os engañen los simuladores del patriotismo y del amor al progreso. No permitáis oh jóvenes, que hombres egoístas os hagan descender al nivel de sus luchas por pequeños intereses y ambiciones. Mantened la elevación de vuestra actitud y dadnos el regalo, el edificante espectáculo de veros siempre en vuestras actuaciones a la altura del ideal.

Carlos Préndez Saldías.

ACCION DE GRACIAS

(De una colina pedregosa hizo
Vicuña Mackenna un paraíso).
P. N. P.

*Era el agrio peñón en el valle plomizo.
Era el Huelén sin alma desolando la villa.
Eran el cardo azul y el oscuro carrizo
y el cuervo del augurio y la mala semilla.*

*El ronco andar del río prolongaba su queja
entre peñas y peñas, hecho un Dios sin oyentes,
y el sol que amanecía era una luz bermeja
de crepúsculo osado en las hierbas murientes.*

*Inútil aridez que en el llano se erguía,
y ni daba en su altura la atracción de la muerte
ni el paisaje de nieves a los ojos cubría.
Soledad sin grandeza la vana piedra inerte!*

*Llegó un sueño del fuerte Señor de Fantasías;
vino el sueño más loco del que soñó locuras,
y te llenó de acacias y de hiedras sombrías
en las más visionaria de sus noches seguras.*

*El hizo tus glorietas, él plantó tus rosales,
echó a la brisa el canto de los pinos serenos,
y, sembrador de anhelos, dió recodos sensuales
a la inocencia humilde de los caminos buenos.*

*Por él tienen su beso los amantes de ahora
bajo el árbol en flor, junto al agua que canta,
y mano y mano trenzan, con virtud tentadora,
la serpiente benigna de la lujuria santa.*

*Señor de Fantasías, gracias te da mi verso,
con su vuelo de alondra rozando tus cenizas,
desde el atardecido, bajo este cielo terso
en que oficié a la vida mis amorosas misas.*

*Gracias te da mi verso, Señor de Fantasías,
porque entre los guijarros nacen lilas y rosas,
y porque en los caminos del Huelén hice más
catorce bocas lindas en tardes amorosas.*

*Por el sendero oculto, por la tibia glorieta,
por esta acogedora sombra de las acacias,
con mi dolor civil y mi amor de poeta
rezo mi acción de gracias.*

Junio del 31.

Alberto Romero.

GLOSAS DE AYSEN

CRUZAMOS la barra con noche, aprovechando la alta marea. A las seis, un toque de sirena, breve, nervioso, despertó al pasaje. Los cuatro viajeros que ocupábamos una cabina estrecha para dos personas, empezamos a vestirnos lentamente, a tropezones.

¿Para qué darse prisa?

En el Puerto no nos aguardaba nada, como no fueran la soledad y el tedio, con los cuales habría que medirse valientemente, hora a hora, Dios sabe cómo y hasta cuándo.

Mirando por el ventanillo del camarote, divisábanse unas siluetas bastas y obscuras como jirones de noche que pasaban cortando las luces del barquichuelo inmóvil entre las jarcias, junto al muelle.

A las seis y media, escuchamos el pitazo de recepción, y casi en seguida la orden de desembarque ¡qué fastidio!

Cuando uno sale de improvisa a la cubierta, experimenta una sensación angustiosa, horrible. A derecha e izquierda, hacia el frente, por todas partes surgen las altas paredes de las montañas. El río y el barco parecen los prisioneros de esos fantasmas azules que tronchan la perspectiva, irguiendo sus albas testas en el vacío penumbroso de la alborada.

Perdidos en medio de ese anillo estrecho, fuerte, aplanador, nos sentimos los condenados de una cárcel inaccesible a la evasión y la piedad humana.

Pronto estaremos solos. Y entonces habrá que contemplar noche y día esos monstruos eternamente inmóviles que cierran el paso a los viajeros, mientras arriba la cabellera cana exalta un sueño de libertad, jugueteando con las nubes que se balancean como grupas de hembra en celo.

Tenemos un día heladísimo, pero brillante de luz.

Los contrafuertes que amurallan el pueblucho, depone su actitud hostil cuando el sol proyecta su luz frígida en la cima.

Unos carabineros de poncho y sable descomunal, nos observan con mirada recelosa desde el muelle.

Ya en tierra, los cabrestantes del vapor inician el carguío con estrépito.

Con el Gobernador Marítimo, llegan otros, muchos funcionarios a llenar su misión escrutadora. Mantas de castilla, botas, sombreros de anchas alas y rostros amoratados por el hielo matinal ponen una nota de rigidez cuartelaria en el ambiente.

Algo aturdidos caminamos en dirección al pueblo, que luce las banderas rezagadas de ese 21 de Mayo vivido en alta mar, como cualquier día.

En partes, caminando sobre altas planchadas de madera, en partes salvando charcos cenagosos, recorremos el pueblo con sus calles en trazo y sus ralos y frágiles edificios.

Estas casas de tabla que por el fondo caen indefensas a un sitio donde pasta el ganado, estos almacenes abarrotados de artículos heterogéneos, los hotelitos y los hombres que, andando en grupos, con paso desorientado, lucen, como los conquistadores de un mun-

do nuevo, peregrinas indumentarias, dan la impresión de un conjunto de cosas de quitar y poner.

Al medio día, solos, los cuatro viajeros vamos en busca de un rincón donde reposar este cansancio de prestidigitadores del tiempo que nos abrumba.

Hace hambre, y luego no hay nada que ver.

Por la tarde, repentinamente, se descargó el aguacero.

El dueño del hotel, un chileno, hijo de padres alemanes, nos confirma la idea que teníamos del pueblo.

—Esto es aburrido y embrutecedor; en tres años que estoy acá perdí a mi esposa y olvidé el alemán. Cuando pueda, realizaré el negocio y ¡adiós!

A las cuatro y media de la tarde hubo que encender las lámparas a bencina con que los pobladores reemplazan el alumbrado. Los transeuntes van por las calles premunidos de linternas, con las que lo enfocan a uno cuando pasa.

Después de la comida, don Carlos, el hotelero, nos invita a la cocina, donde nos encerramos a tomar mate amargo y dulces de masa junto al fuego.

En esta tierra de gitanería, abunda un tipo de criollo argentinizado que baja del interior con bombacha, boina vasca y habla cantarina.

El churrasco y el mate son un hábito en el territorio. A la puerta de cada rancho hay dispuestos un mate y yerba para los viandantes.

Los chilotes, cuando la trasquila, suben a pie, recorriendo distancias inverosímiles con sus pilchas al hombro. Para matar el hambre, carnean el ganado ajeno y ceban su mate donde cae.

En los hotelitos del puerto hay siempre un departamento de segunda clase para los camineros y gente campesina.

Ahí suelen embriagarse, pero siempre en forma cortés, silenciosa. Hablando de la caponada, del laboreo fatigoso e ingrato, beben y fuman hasta quedarse sin un centavo.

El bar de segunda hiede a tabaco negro, a aguardiente y a ropa mojada. Dentro de él, uno pierde la noción de chilenidad y hasta parece que estuviera viendo una página de Horacio Quiroga, el cuentista de los obrajes del litoral argentino.

Hoy contamos doce días de incesante llover.

Al calor de la salamandra leemos el Fouché de Zweig y un potpourri de versos malos que nos dieran en el camino.

No se puede ir a ningún sitio, ni dan deseos de hacer nada.

Esta mañana, pasando frente al cuartel de policía divisamos a un infeliz que enseñaba sobre el pecho una pizarra donde se leía la palabra «ladrón».

El hombre, con las manos atadas con esposas por detrás de la espalda, no podía defenderse del aguacero, ni esquivar la mirada de los transeuntes.

¿Es que existe la pena infamante aplicada así o es que la ley desaparece en ciertas latitudes?

Protestamos inútilmente. Al desgraciado había que darlo a conocer y eso era todo.

En este pueblo rudo no hay pájaros que alegren las alboradas, ni flores, ni casi mujeres, ni sociabilidad.

El paisaje resulta excesivo y aplastante; la fauna parece pobre, el río atrocemente helado y profundo.

Como escenario para filmar una cinta de aventuras cow-boyescas no tiene precio. Pero para vivir con alguna ilusión, vale poco.

La gente no lee ni tiene la menor inquietud. Falta una iglesia, sobran los campeones del castraje a diente del ganado.

Al final de la población existe un burdel ordinario, en el que las mujeres se embriagan con brutalidad todas las noches, armando unas grescas que han solido terminar con el suicidio.

Daniel de la Vega fracasaría estrepitosamente en este Puerto fluvial tan desprovisto de amores, de candilejas, de organillos y de trenes como los que él pinta en sus cuadros provincianos.

Dos veces por semana amarra un vapor. Es la fiesta del pueblo que alimenta nuestras desesperanzas.

Cuando uno se queja de la precaria vida sentimental, la gente se burla de nosotros, pobres desadaptados.

Hartarse de carne y de vino, ir al burdel algunas noches, tener unas ovejas y caballos, he aquí el máximo de la aspiración.

Metido acá uno hace un papel ridículo.

En el bar del «Español» los hombres prominentes juegan al «bidú», utilizando un cubilete con cuatro cartas y unos granos de maíz.

A mí quisieron iniciarme en los misterios del «bidú», pero me pareció demasiado complicado y largo para darse el trabajo de aprenderlo.

Como hay mucha gente aburrida, el «bidú», que se inventó para engañar el tiempo, tiene muchos admiradores apasionados.

El periodista del pueblo, en concordancia con su periódico bi-semanal, es un hombre ampuloso, gordo y vacío.

En la gacetilla que edita pone los nacimientos, los viajes, las fiestas que digan relación con las autoridades, y por ciento cincuenta pesos redacta artículos necrológicos, alabando a cualquier pobre diablo.

Cuando se enteró de que yo tenía aficiones literarias, sufrió un ataque de risa formidable, negándose a saber nada del «competidor», con que fuí presentado.

El periodista local se negó a ser amigo mío, y hasta creo que en el fondo me profesaba un desprecio grande y sincero.

Un hombre irreductible este don Lidio.

Frente a Aguas Muertas, cerrando el poblado, el cementerio, limpio y pulcro, con su puertecilla de pagoda y sus cuarteles rigurosamente numerados, más que la idea de la muerte, da un poco la sensación de un librito de contabilidad llevado con mucho orden y aseo.

Casi a la entrada del cementerio, en la parcela de un colono, se alza un coihue magnífico, un inmenso árbol doloroso, un árbol con expresión humana.

El tronco petrificado, recio y enorme, parece un símbolo del cansancio y la angustia que veló la pupila de los agonizantes en la hora final.

Muchas tardes compartimos la soledad meditativa en que yace el buen gigante de la selva.

Es un espectáculo y un poema este coihue desemparedado y generoso que mira al cielo sin rencor, abriendo sus oscuros brazos con la serenidad de un vencido.

Don Liborio, el Gobernador Marítimo, es un evadido del molde ruín que oprime a la gitanería local.

El mar templó su espíritu y puso calor humano y comprensión dentro del ánfora invisible.

Sin querer yo supe de las transparencias de ese corazón leal y valeroso.

Y hasta me propuse escribir unas líneas acerca del hombre. Pero don Liborio lo supo y se indignó.

Este don Liborio Vera, que es un hombre antes que nada, defiende su modestia, su ecuanimidad con entereza varonil.

Lo he recordado en estas líneas, porque don Liborio bien se merece un elogio o cuando menos el deseo de decir alguna palabra amable en su honor y alabanza.

Dentro del ambiente numérico en que vivimos la libertad para nosotros concluye al final del kilómetro cinco de la carretera que lleva al interior.

El frío intenso nos quita el sueño. Una luna magnífica y el tiempo seco llenan la noche.

A las dos abandonamos el recinto del puerto. La tierra, luminosa de escarcha, cruje bajo el pie con un ruidecito desapacible como de cristal molido. Con la pipa bien cargada casi no sentimos los efectos del frío, de estos diez grados bajo cero que hielan la respiración.

Hay que ir en línea recta, por el camino. Un cielo terso y claro enreda sus estrellas en la nieve que fosforece en la cima de los montes.

Andando, andando, surgen panoramas extraños, rincones de belleza inverosímil.

Del bosque talado, como almas de desolación, asoman unos árboles negros, retorcidos, implorantes, pavorosos, espectrales.

En medio de esta soledad inhumana y viril, nos asedia el silencio; un silencio inamovible, pesado y total; un silencio contagioso y fascinador que lo absorbe todo.

Hablando con nosotros mismos de cosas que se pierden dentro de nosotros como en la lejanía de un sueño, recorreremos la carretera hasta el límite que se nos señaló al venir al Puerto.

El vértigo del vagabundaje sin fin se apodera del espíritu. Camino adelante, la carretera sigue, sigue como víbora luminosa culebreando entre los bosques implorantes.

Un horizonte de montañas encendidas limita la planicie.

Pero ¿cómo definir el terror de lo bello, esta inquietud enpavorecedora que aprieta la garganta, el corazón?

La cita de Maeterlinck se nos viene al recuerdo: «las palabras son tiempo; el silencio, eternidad».



Hoy, antes de terminar estos apuntes, organizamos la partida, súbitamente.

Los muchachos se llegaron al muelle para despedir al desertor.

Han venido todos.

Estas glosas humildes son para ellos, los buenos y valerosos en la desesperanza, los nobles en la amistad.

En alta mar, aun resuenan las voces con que regalaron al viajero.

En el palo mayor aulla el viento, después, y ya no se oye nada.

Luis Durand.

VINO TINTO

I

—Ya no te puedo soportar más. Ni aunque te mueras ahora mismo te doy un trago.

—¡Patroncito lindo! ¿Y tiene su mercé alma de apreciar al mejor de sus trabajadores? Hágalo entonces, por la patroncita Lucía, si ya a mí me perdió la voluntá. Si es un traguito no más pá afirmar las chapas, patrón querío. Yo le aprometo que mañana le golvimos a poner el hombro rejuerte. ¡Como va a permitir su mercé dejar morirse a un cristiano!

Con el sombrero en las manos, dándolo vueltas y accionando con él, el hombre trataba de convencer al patrón, un mozo joven que, de pie junto a la puerta de varas, el poncho colorín arremangado sobre el hombro, torcía un cigarrillo.

—Es una desvergüenza ésta le interrumpió el joven—ya vas a sacar la semana entera borracho. Y yo por darte en el gusto te estoy haciendo un mal y me lo estoy haciendo yo mismo. Todos andan borrachos. Si quieres anda a dormirla y toma agua si tienes sed. Lo que es yo no te doy ni una gota.

Acto seguido, Lorenzo Donoso, administrador del fundo «Los Maquis», se dirigió hacia un extremo de la cerca de la viña, donde desató las riendas de su rosillo moro, que atento y ágil al sentir el requerimiento de las espuelas partió al galope.

Anselmo López quedóse inmóvil con el sombrero entre las manos. Era ya entrado en años. De baja estatura, ancho de espaldas, tenía el cuello corto y la cara mofletuda. Sus cabellos canosos empezaban a ralearse y dejaban ver la calva reluciente y sudorosa. Los ojos capotudos inyectados de sangre, no tenían fijeza y daban a su rostro, cierta expresión de idiota y acentuaba su nariz ancha estriada de venitas rojas.

Permaneció así un buen rato, hasta que bruscamente, en un acceso de ira, lanzó lejos el raído sombrero a tiempo de soltar una tremenda injuria.

—¡Jutre maldito no má! Por mi maire que no le güelvo a trabajar nunquita. A ver si va a encontrar un roto más sufrío y empeñoso que yo. Ejenlo con su porfía.

Tenía la lengua seca y pegada al paladar, como un trapo o como un cuerpo extraño que estuviera de más en él. Sentía el estómago vacío, pero no le pedía alimentos sino líquido. De ese caldo rojo, áspero y grato a su sabor, que daban esos racimos que negreaban entre las hileras de la viña próxima y que guardaban los altos y barrigudos toneles de la bodega. Quiso escupir, pero no le fué posible. Apenas una gotita blanca y espesa salió silbando de sus labios congestionados.

—¡Mi maire—bramó enfurecido—lo que es la vía del pobre!

Atardecía. Por entre unos álamos amarillos, veíase el sol que descendía sobre el horizonte iluminándolo con su fiesta de luces lujuriosas. A la derecha un pedazo de montaña virgen, ponía su mancha verdinegra y espesa sobre los cerros empinados. Más abajo las viñas alineaban sus hileras de un amarillo descolorido, salpicado de hojas rojas entre las cuales se divisaban los racimos negros espolvoreados de blanco.

Recogió el hombre—ya aplacada su cólera—el sombrero que puso de cualquier manera sobre su cabeza y caminó lentamente hacia las casas del fundo edifica-

das en la parte más alta de las lomas, donde estaba plantada la viña. Era el Otoño. Los días de Abril iban poniendo su melancolía sobre el campo. En los caminos se arremolineaban las hojas secas, que a veces como mariposas muertas temblaban sin poder desprenderse del barro de las primeras charcas. Comenzaba a hacer frío. Un vientecillo trasminante, rodaba en la sombra, trayendo el rumor de ensoñación de la montaña vecina, desde donde surgía de vez en vez, el grito lamentoso de algún animal.

Tres grandes perros, salieron como un ventarrón, ladrando enfurecidos al encuentro del hombre:

—Esto es. ¡Hasta los perros me desconocen hoy! ¡Benaiga mi suerte! ¡Sáli pallá quiltro el diablo!

A grandes voces trató de darse a conocer de los porfiados perros que no cesaban de acometerlo y seguramente lo hubiera pasado mal, si Pedro Pablo, el mozo de las casas, no les hubiera aquietado con su vocecilla gangosa.

—¿Qué se quiere morir on López? ¿O está de casamiento? Mire que los alimales no se engañan nunca cuando a uno lo desconocen.

—¡Calle su boca ñor! Vengo más quemao que una callana. Ojalá juera cierto lo que me está hablando. Pa la vía que uno pasa da lo mesmo estar vivo que torcel la cola.

—¿Y por qué viene tan asariado?

Con el sombrero atravesado, caído sobre las orejas, López se quedó mirando a Pedro Pablo Cáceres. Era éste, alto, pálido, con una nube en el ojo izquierdo. Andaba siempre con la boca abierta como si no pudiera respirar bien. Sonrió malicioso y con significativa mueca le dijo al recién llegado:

—¿No li aguantó la pedía el jutre?

El otro con la nariz dilatada, respirando como una fiera sujeta del cuello por un nudo corredizo, le miraba hosco:

—Me le puso d'ime. Esta mesma noche me las emplumo. Hasta Reñico no voy a sacar la cabeza. Estos jutres no se acuerdan de que cuando uno está gustando tiene que apuntalase, para poer salir otra vez con güen ánimo a la pará. ¡Cómo si a ellos también no les gustara hacerle un valiente!...

—Es porfiadazo el hombre cuando se chanta—comentó Pedro Pablo, moviendo gravemente la cabeza. Este Menistro es güeno, pero cuando se le pone algo es por demás hacéle empeño.

López miraba a su interlocutor con ansiedad. Como los perros que acrecientan sus demostraciones de afecto para el amo, cuando éste lleva un pedazo de pan que descubren por el olfato, así López advirtió que Pedro Pablo despedía un marcado y grato tufillo a tinto, a tinto de ese cuyo recuerdo le enternecía, cuando en el viejo tiesto de latón él se plantaba el primer trago al cuerpo.

—Yo le trabaría siempre al jutre. Porque pa qué vamos a icil ná. Es güeno. Es güeno. Continás que uno lo conoce de guaina. Usté tamien pué on Peiro Pablo. Aunque al utual se ha puesto más tiesón. Pero el hombre no es malo.

Trataba en vano de chasquear la lengua y de dulcificar la voz. El penetrante tufillo de Pedro Pablo, hacía nacer dentro de él una gran esperanza. Era como una promesa, como un dulce halago a sus deseos.

—Sí,—convino el otro—hay que sabele uscar no más. Yo enenantes le compré en una chaucha un zorzal a Chaba, el hijo de on Cachi y se lo traje de regalo. Pa que se lo lleve a la patroncita Lucía—le ije—contentazo estuvo y sin que yo le propalase na le mandó al llavero que me valiera un doble.

—¡Ah, mire no! hizo el otro con tal ansiedad, que su lengua de súbito húmeda restalló sonoramente contra el paladar. ¿Y no le quea una cachaíta on Peirito? Pa espues se la degüelvo al redoble.

—Atrasaón llegó pué on López. Ya no va queando na. Pero algo siquiera. Atráquese por aquí.

Entraron en un pequeño galpón vecino a las casas. Allí en un rincón tenía Cáceres guardado su tesoro. López se estiraba un poco tembloroso ante el temor de que a Pedro Pablo se le ocurriera tomar de lo poco que quedaba.

Ya en sus manos el tiesto lo pesó con secreta alegría. Sería un medio litro. El pulchén de la fogata que había caído sobre el vino pareció exacerbar sus deseos. Suavemente lo sopló, y como si con esto lo hubiera ya saboreado, se limpió los bigotes con el dorso de la mano. Después se empinó la olla y el glú-glú de su garganta no cesó hasta la última gota...

II

Aquella tarde, Lorenzo Donoso, sólo pasó malos ratos en el campo que alcanzó a recorrer, vigilando las diversas labores de la hacienda. Como si el aroma áspero y mareante que despedían los grandes montones de orujo acumulados junto a las bodegas hubiera puesto un fermento extraño en cada uno; todos los inquilinos de la hacienda experimentaban el anhelo intenso de probar aquel caldo oscuro de tan rico sabor en que se trasformaban, día a día, los maduros frutos de la viña.

De los fundos cercanos al caer la tarde, llegaban pequeños grupos de hombres y mujeres que venían a saludar al patrón Lorenzo. «Era tan buenazo el jutre».

—Como pocos de los menistros que han habío aquí, aseguraba doña Bartola Faúndez—una de las más asiduas visitantes. Es tan sencillo on Lorenzo. Naide creyera que él es el patrón, porque es mesmamente como un pobre.

—Muy verdá es oña Bartolita. Contimás que no es de esos jutres contagiosos que too les parece mal. El,

cuidando uno sus alimalitos, ni chista, tenga los que tenga en su posesión.

Pero en todos esos halagos para el joven Donoso, iba por dentro una intención. Ella se traducía en un tiesto que cada uno llevaba bajo el poncho, el cual muy pronto salía a relucir entre grandes atenciones y sonrisas de afecto. Todos querían recibirle las riendas, sacarle las espuelas y poco menos que desmontarlo en peso:

—Vendrá cansao su mercé, pué patrón. Tanto tra-ginar no es pa menos y esa bestia en que hoy andaba es muy asperaza.

Entonces una de las mujeres insinuaba:

—¡Qué se va a cansar el patrón! Cuando es más alen-tao! Y siempre más audaces eran las primeras en de-clarar sus deseos. Veníamos por aquí a que su mercé los valiera un traguito. Pa eso es el patrón de noso-tros y ha de ser bueno con sus sirvientes. A uno ta-mién le dan ganas de tener un gusto.

Donoso, joven afable y de buen carácter, aparen-taba sólo exteriormente formalidad. Sentía dentro de su fuero íntimo una profunda compasión por aquellas gentes. Si en su mano hubiera estado mejorarles sus condiciones lo hubiera hecho de buen grado. Le en-tristecía verla sedienta de alcohol, ansiosa de endeu-darse hasta los ojos, pidiendo vino que él a veces no les anotaba a fin de darles margen para pedir alimen-tos cuando llegaran los días malos.

Pero aquella tarde se le hizo intolerable ver a todo el mundo ebrio. En el aserradero el lampeador, un hom-bre pacífico y de buen carácter, se había peleado con uno de sus ayudantes y poco faltó para que ocurriera una desgracia.

—Anda mala la da, patrón,—le dijo luego Jeróni-mo Contreras—uno de los mayordomos a quien en-contró en los callejones interiores del fundo,—los ni-ños andan toítos curaos y si viene luego un aguacero,

la saca de las papas en la vega se los va atrasar un porción. Se van a perder mitá por medio.

Con aquel ir y venir de vendimiadores, el administrador no podía reprimir la entrada de peones en la bodega. Todos la aprovechaban para echar al paso su «cachaíta», y a veces esta era tan larga que les bastaba para salir con los pasos torpes y la mirada entontecida.

Pero aquel día hizo cerrar la puerta y ésta sólo se abría para dar paso a las carretas que transportaban la uva. Por esta causa, López, no pudo entrar con su canutito de cicuta seca, a sacarle el viento a las pipas del vino de prensa, que era el más agradable a su paladar.

Aquello le tenía fuera de sí. Y ese trago tan bueno con que Pedro Pablo le había obsequiado le hacía cosquillas en el paladar. Había acrecentado sus deseos y puesto sus nervios en tal tensión que le era imposible alejarse de allí, por más que la actitud del patrón se lo aconsejara. Como los enamorados ante el desprecio de la amada luchan con sus intenciones y sentimientos, así, López sentía la indecisión del que no puede desoír la voz de su corazón.

Y ágil como un muchacho, se lanzó fuera del rancho, cuando sintió que el administrador volvía, para recibirle las riendas y sacarle las espuelas obsequiosamente.

—Y quiubo su mercé. ¿Se le ha ablandao el corazón? No sea tan tirano con su mejor trabajaor. Usté sabe que la única feliciá del pobre es tomar su traguito. La voluntá patrón ante too. Hágalo por ella patrón.

Todos los inquilinos y trabajadores que como López hacía algún tiempo trabajaban en el fundo, conocían los amores de Donoso con Lucía Reynoso, hija de uno de los más prósperos agricultores de la región. Casi siempre el joven ante el recuerdo de esos ojos oscuros cuyo mirar ponía una dulce e íntima fe en su corazón,

se sentía generoso y dispuesto a acceder en todo. Pero esa tarde mal humorado refunfuñó:

—Te dije que no. Anda a tomar agua a ver si se te espanta la mona. Lo que es yo estoy harto de borrachos. ¿Oíste?

—¡Mi maire!—rugió el hombre enloquecido.—¿Entonces yo no gano? ¿Entonces yo no le voy a pagar? Si no es dao patrón... ¡Es con ésto, con ésto!... Y rabiosamente se pasaba la mano por la frente, tal si se la estrujara.

—Así será—replicó a gritos Donoso—pero ahora no quiero darte vino. ¡No quiero! ¿Entiéndes? Y dando un portazo se metió en la casa dejando al hombre con los brazos estirados y en el rostro un tic nervioso que le hacía abrir y cerrar un ojo rápidamente.

—¡Me recondenara! ¡Cómo no se acrimina uno! Creen que porque son ricos han de mirar al pobre como un perro.

En la esquina de los ranchos contiguos, apoyada en el tronco de un sauce que allí se alzaba, Pedro Pablo fumaba su cigarrillo. Conocía a López en sus arrebatos de ira y por esto no despegó los labios.

—Tendría que nacer siete veces y no volvería a trabajarle a este rico esconsieráo.

Un tumulto de palabras gruesas salían a borbotones de su boca. Hasta que al fin exclamó como si solo en aquel momento hubiera encontrado la solución.

—Voy a tomar agua hasta empiparme. Hasta que me le salga por las narices. Yo sé que me va hacer mal y quien sabe si hasta la pulmonía me dé. Pero no importa, él se llevará el cargo. Ey ta mi Dios pa que consiere.

En efecto así lo hizo. En un cántaro de greda sacó agua pura. Agua que era como un cristal, pues venía de la roca viva hasta las casas, donde era captada en un pequeño estanque. El hombre con esa obstinación de los niños porfiados comenzó a tomar agua hasta que

no pudo más. Después se tendió rezongando junto al sauce.

Pedro Pablo que también sabía de estos achaques, le miraba intranquilo.

—No tome más agua on López. Ajisao qu'está y con l'agua tan heladaza le va hacer mal estómo. Si el pobre no saca na con encapricharse. Joderse no má. Mejor es que mañana salga a ponerle el hombro. Puea ser que el rico se ponga de güenas y los valga de ese tinto de la cuba grande. Icen qu'está de mascararlo.

—Así será le atajó. el otro. Si me muero no es por mi culpa. Y heroicamente, tal si fuera un vaso de veneno, se empinó de nuevo el cántaro tratando de vaciarlo.

Había caído ya completamente la noche, sobre el campo. Ladridos lejanos llegaban en la brisa otoñal que trasminante calaba hasta los huesos. Por el camino del bajo oíase el chirrido agudo y quejumbroso de una carreta con ruedas de palo que iba camino de la montaña.

—Ya vienen de güelta los niños de Adencul—dijo Pedro Pablo, dando una chupada a su cigarro, que brilló un instante en la densa oscuridad. Golvieron temprano. Salieron hartos de alba tamién.

López contestó con un bufido. Lo que le importaban a él los niños de Adencul, en aquellas circunstancias. Tendido de costado daba fuertes tiritones, tal si estuviera con terciana.

—Vámoslo pa la cocina, más vale, on López. Ya no se puee aguantar el penetro aquí. Allá el juego ta güenazo.

—Vaigase usté no má—roncó el otro—éjeme aquí sólo poner el cuero duro. Pero no había concluído de hablar, cuando un gemido le hizo encogerse como mordido por una víbora.

—Bututuy on Peiro! Me le prendió toitito el cuerpo.

Tengo helao hasta el contre. Por la recola que estoy amolao. Bututuy el frío grande Señorcito!

Gimiendo se sobaba el estómago eructando fuertemente, con una especie de hipo que le hacía botar a bocaradas el agua ingerida. Encogido en su mísera vestimenta renegaba de todo, lamentándose a grandes voces.

—Yo se lo estaba diciendo. Tan porfiadazo qu'es usté. Que va a sacar ahora. Venga, venga, entre pa la cocina.

A estirones le hizo entrar a la mediagua donde ardían grandes tizones. De un rincón extrajo unos sacos con los que arropó al hombre que seguía tiritando en tal forma que le sonaban los dientes. Tenía la cara desencajada, y en los ojos una sombra extraña. Su frente se perlaba de un sudor helado y su boca se torcía tal si la tuviera en un lado de la cara.

Asustado Pedro Pablo, salió corriendo hacia las casas. En la ventana de la pieza del administrador, había luz. Apresuradamente llamó:

—Patrón Lorenzo, on López ta enfermazo. Tiene retorcijones y le tiritita el cuerpo. No sea cosa qu'el hombre se afatalice. Tiene hasta los ojos chullecocos.

Lorenzo abrió la puerta:

—Tomó agua patrón. Y su mercé sabe que pa un cristiano que está pasao en el licor l'agua es veneno. Ta hartito enfermo.

—¡Claro y ahora lo que quiere es vino para mejorarse. ¿No es verdad?

—Su mercé habrá de ver, pue, patrón. Yo li hago ver no má, la custión.

—¡Gente más embromada! Ya no hay paciencia para soportar tanto. Anda tú mismo a la bodega, le sacas un litro de vino y se lo das caliente. Es el mejor remedio. ¡Un litro no más! En este tiesto lo traes.

De la mesa tomó el joven un jarro y se lo alargó al hombre. Le advirtió:

—Y usted, mi amigo, no se me demore mucho allá.

—Chas! Usté sabe patrón Lorenzo que cuando yo me chanto ni lo apruebo. Güelvo al tiro.

Pero no fué así. Tardó un buen rato el hombre en volver. Y cuando pasó a entregarle la llave al administrador caminaba con un aire de empaque y los ojos muy abiertos. Era como decir:

—¡Ni lo he probado!

Sin embargo, a poco andar, dió un traspiés tan recio que poco le faltó para rodar al suelo con jarro y todo. Su propia exclamación le delató en la sombra:

—Reflautas el vino bien robusto. ¡Me le fué a las mechas al tiro!

López seguía temblando. Realmente estaba enfermo. Descomido y apenas cubierto con su delgada chaquetilla de casineta el frío del agua le había transido. Estaba tan decaído que ni advirtió los movimientos de Pedro Pablo y sólo vino a reparar en ellos cuando éste le allegó a los labios el jarro de vino, tibio, oloroso y humeante.

—Ya on López. Enderécese. Aquí le manda el patrón esta candonguita. Ta que ni p'al señor cura.

Se inundó de alegría la cara del hombre. Sus dientes sonaron el borde del jarro. Y ahora como si quisiera prolongar el deleite, se lo bebió a pequeñas sorbos paladeándolo con expresión beatífica.

III

Pedro Pablo se ha dormido junto al fuego que ya se extingue. Forrado en sus sacos con el sombrero puesto hasta las orejas, ronca haciendo profundas aspiraciones y luego una verdadera explosión al arrojar el aire. López frente a él, con su sombrero en la nuca fuma pausadamente. Se ha mejorado del todo, menos de su deseo de ponerle al tinto hasta que la «ñebla tupa» como el dice alegremente, cuando está con sus amigos.

Ha intentado dormir, pero le ha sido imposible. Los nervios se le han revolucionado y su cabeza extrañamente clara y precisa va fijando una serie de recuerdos y de ideas. Toda su rabia con el patrón ha pasado, pero le fastidia el temor de que al día siguiente ya no le admitan en el trabajo. Ensimismado de pronto se sorprende hablando solo.

—No se puede negar qu'ey tao harto voltario pa ponele. ¡Pero a onde hay otro roto más encachao que yo cuando las afirmo! Y pa qué vamos a icil na. Taba güena la chacra aquí.

Miró el jarro vacío en el cual Pedro Pablo le había traído el vino tibio. ¡Qué rico estaba! Una especie de voluptuosidad le adormeció un instante, para después rehacerse con un deseo salvaje de tomar. Sentía en el paladar, en el estómago, en el cuerpo entero una sed de vino. Una onda ardiente le recorrió el cuerpo con sensación tremante y angustiosa, a ratos, luego con una especie de sensualidad que le hacía retorcerse las manos.

Se asomó a la puerta. Una pálida estrella titilaba sobre la montaña que se adormecía rumorosa en la canción del viento. Lejanamente un gallo, como un arco de sonidos quejumbrosos dejó oír su canto. En la vega un pidén lanzó un grito característico, como instrumento de boca que no pudiera emitir su más clara nota. La tierra palpitaba en el gri-gri misterioso de los insectos, en el suave aletear de las hojas de los árboles, en el musitar del estero en lo hondo de las quebradas. Había un silencio profundo que hacía reconcentrarse en sí mismo como si en la sombra asechante se ocultara el espíritu del mal. El más insignificante ruido adquiría una resonancia extraña.

El hombre tiritó. Su cabeza a ratos ardía tal si dentro de ella se retorciieran mil culebrillas de colores enceguedores, que se deshacían en llamaradas lívidas. ¿Qué hacer? Miró hacia las casas que se veían enfrente como una masa informe que apenas lograba destacar-

se en la oscuridad. Allí dormía quien le podía hacer feliz. ¡Era tan poco lo que se necesitaba para hacer dichoso a un pobre. Con un tiesto de mosto que iría bebiendo lentamente, el Anselmo López encontraría la vida hermosa y el sosiego de todas sus inquietudes.

Hasta que de súbito se decidió. Días antes reparó que había un ladrillo suelto junto a las paredes de la bodega. Al lado un carro emparvador que le vendría de medida para el caso. Abrir un hueco y entrar era cosa fácil. Al día siguiente no quedaba otro camino que mandarse a mudar muy tempranito.

Al pasar por la casa del administrador puso el oído junto a la ventana. Un estremecimiento de gozo le hizo apretar los puños. El joven dormía: su respiración, a través de las rendijas se percibía claramente.

—No hay otra que hacele punta—se dijo respondiendo a una muda interrogación.

Junto a las bodegas el fuerte olor del orujo, acrecentó sus deseos. Sentía una leve fatiga en el estómago tal si lo tuviera abierto y por allí le entrara todo el fresco de la noche. Ya junto al carro emparvador respiró. Le latía con fuerza el corazón. ¡Caramba, él había sido empeñoso para el trago, pero nunca ladrón!

—A las cosas que uno ha de llegar, por el capricho de un rico.

Encaramado en la baranda del carro, la tarea fué fácil. Los ladrillos al estirón de su mano recia fueron cediendo fácilmente, y muy luego abrió un hueco más que suficiente para dar paso a una persona. Cauteloso se asomó al interior. Un hálito tibio le acogió. Escuchó un momento. Todo era silencio. Sólo a ratos los terneros balaban trémulamente en el corral próximo. Allí dentro estaba lo que él amaba. Un aroma fuerte y áspero llegaba hasta él en oleadas tibias que le embriagaron de ansiedad. Un ritmo acelerado le palpitaba en el pecho haciendole difícil respirar.

Estiró los brazos hacia abajo pegados a la muralla

y prendió un fósforo: la suerte estaba con él. Junto al hueco recién abierto descendía la escalerilla de uno de los grandes fudres, dejándose caer por ella hasta el suelo gozosamente. Conocía la bodega palmo a palmo, mas la emoción en aquel instante le hizo vacilar. Con las dos manos palpó el enorme lagar dentro del cual bullía el líquido en fermentación.

—¡Mi maire la tremenda cuba—habló despacito—, pero ésta no está güena tuavía.

Como los ciegos con los brazos estirados, empezó a caminar. Rumores leves, tal si otro hombre en puntillas fuera tras él, le paralizaron instantáneamente.

—Son ratones—se dijo—estos tamién trabajan de noche.

Siguió avanzando sin poder encontrar la pipa del vino del estruje en la prensa. Aunque su turbación aumentaba se decidió a encender un fósforo. Inmediatamente se orientó. Se había metido entre los fudres que guardaban la cosecha del año anterior y de los cuales no era posible sacar una gota. Tras éstos, en una especie de armario se guardaban las coyundas y per-tigueros. Entre ellos atraídos por la grasa, cien o más ratas estironeaban los cueros. Sintió que algunas pasaban veloces entre sus piernas, mientras las demás desdeñosas de su presencia proseguían entre agudos chillidos su banquete.

Un sudor helado le humedecía el cuerpo. Diéronle tentaciones de huir, cerrar el hueco abierto en la muralla e irse a dormir. Pero no pudo. Había una fuerza irresistible que le llevaba a dar fin a sus propósitos. Hasta el fin dió con la pipa. Mas. ¡Oh desgracia suya! Estaba sin la llave y el bombín de goma no aparecía por ninguna parte. Por el espiche de arriba introdujo el dedo que se alcanzó a mojar. Avidamente se lo chupó y una ira que era también congoja le acometió pateando y renegando enfurecido.

—No hay más que saco de la cuba grande—jadeó excitado.

A tientas cogió el latón en que se medía el cántaro. Pegó el oído a las duelas del enorme tonel. No se sentía el más leve rumor. Ya el caldo rojo y denso proveniente de la viña del cerro, asoleada y aromosa, se había adormecido.

—Este es el mejor vino—comentó López en voz alta, tal si dueño de la bodega, hiciera el elogio de sus productos ante un comprador. Lo único malo sería que no le haigan sacao el sombrero (1) ayer tarde, y entonces va costar montón hacele dentro. El borujo debe estar muy gruesazo.

Agil como gato se trepó en la cuba, afirmándose con los pies desnudos, en las salientes que hacían los remaches de los sunchos. Ya arriba se sentó sobre el ancho tablón en el cual se paraban los peones a apisonar el orujo. Puso el tiesto a su lado, y luego tanteó hasta dónde llegaba el líquido. Su interjección habitual se estrelló en la sombra como un peñascazo:

—¡Mi maire! No li han sacao na el sombrero tua-vía. No importa de alguna manera hay que buscale.

Acto seguido se tendió sobre el tablón buscando la duela como punto de apoyo para enterrar el tiesto. Sus membrudos brazos forcejearon largo rato. Con uno se sujetaba del tablón y con el otro cargaba el sombrero, hasta que de pronto irrumpió el líquido tibio bañándole los brazos y el pecho y llenó al propio tiempo el cántaro en un instante.

Fatigado se enderezó con su precioso tesoro ya consigo. Con las piernas colgando sobre el hueco del fudre, respiró con fuerza, pasándose en seguida la manga de la camisa por la frente sudorosa. Luego en un ligero temblor de alegría, cogió el tiesto que se empinó ansioso.

—Salió con bien harto borujo—refunfuñó.

(1) Nombre que se le da al orujo que levanta la fuerza del vino en fermentación.

Con los labios apretados a manera de filtro fué colando el líquido sin que ello le molestara mayormente. Experimentaba una intensa alegría. Todos sus achaques se fueron. Ahora le repicaba una campana en los sentidos. Con los ojos muy abiertos intentaba escudriñar los rincones de la bodega, tal si buscara a alguien a quien participar su dicha. De súbito al volver la mirada, se encontró con el hueco de la muralla y un temblor de espanto le sacudió entero al advertir que éste era una enorme cara que le traspasaba con sus ojos de mirar severo. Al recobrase del susto, se prometió tomar otro trago, volver a llenar el latón y marcharse.

—Ni van a rochar siquiera se aseguró convencido. Mañana la duermo hasta afirmarlas bien y pasao salgo a ponerle el hombro.

Rubricó sus propósitos haciendo salud. Después eructó satisfecho cimbrando las piernas por debajo del tablón en el cual afirmaba las manos. Experimentaba un bienestar indecible, una dulce somnolencia le iba envolviendo y le cargaba las espaldas con su fardo mullido y tibio. Diéronle deseos de tenderse sobre el tablón y echar un sueño, pero de inmediato se despabiló azorado, abriendo los ojos todo lo que pudo. Empero, ya su cabeza empezaba a dar vueltas y una sensación de oscuridad densa le aplastó. Quiso pararse y no le fué posible. El tablón ahora lo sentía tan angosto que apenas se podía equilibrar sobre él. Entonces se aferró trabajosamente con ambas manos, pasando una pierna al otro lado para equilibrarse mejor.

Allí quedóse sosegadamente. Su naturaleza fuerte trataba de luchar con la embriaguez que rápidamente le envolvía en su telaraña de alucinaciones. De pronto una enorme llamarada roja surgió del fudre vecino. Tal si tuviera unos finos pies azules, caminó rápidamente el fuego alrededor de la boca del tonel. Después la llama se elevó crepitante, retorcida en mil lenguas de colores fantásticos y luego como si cada lengua se

estirara doblada en un arco deslumbrador, todas las demás vasijas se incendiaron. Un abanico de fuego aleteó cálidamente sobre el hombre empavorecido. Una sensación de vértigo le hizo sentirse alado. El también giraba sobre la boca de los toneles donde burbujeaba el vino retorciéndose corporizado en oleadas espumosas y transparentes. Un alarido jocundo acompañaba su danza y ahora Anselmo López sentía una agilidad pasmosa. El mismo como si tuviera el poder de verse reflejado en sus propios ojos se veía desmelenado, el rostro enrojecido y las barbas cobrizas. Tenía ahora un látigo y lo hacía girar sobre las cubas vertiginosamente. Un viento ardiente y sonoro agitaba las paredes mientras su huasca zumbaba, avivando las llamas chisporroteantes. Hala, Hala! Su látigo era maravilloso y hacía con él las cosas más absurdas. Bastaba moverlo. Ahora en el aire dibujaba a todos sus conocidos y de su hebra rutiladora surgían todos, aun aquellos que no veía desde niño. Apretaba los puños no más e irrumpían todos estrafalariamente danzando contorsionados sobre los travesaños de vigas, doña Bartola Faúndez iba con las polleras cortas, los zapatos rojos y unas calcetas azules bailando en los tacos y forcejeando para no irse de espaldas. Don Lorenzo, Pedro Pablo, Jacinto Muñoz, todos brincaban enloquecidos. Había eso sí que apretar los puños, fuerte, muy fuerte, pero se experimentaba un deleite sin nombre.

Y él apretaba, apretaba, ¡claro! Anselmo López no aflojaría nunca. Al fin le tocaba a él divertirse, no todo había de ser para los ricos. Más de repente una feroz cabezada le hizo sentir un instante la sensación de la realidad. A caballo en el tablón se sujetaba a dos manos inundado de transpiración. En un supremo esfuerzo intentó asirse al borde de la vasija, pero este movimiento bastó para hundirlo otra vez en su hervorosa marea de alucinaciones.

Mil cintas refulgentes de los más caprichosos colores

le envolvían en un fru frú de suavidad y ensueño. Aquellas serpentinas eran su hermoso látigo rojo que ahora no podía empuñar. En vano trataba de cogerlo. ¡Imposible! Por el contrario, cada tira de luz tenía ahora una boca fina con lengua de alfiler y repentinamente todas le hirieron succionando su cuerpo sin piedad.

Un alarido de dolor le hizo recobrase un instante. Estaba de día y la pared de la bodega se deshacía vertiginosamente. Cual una malla que se va destejiendo, así los ladrillos se fueron corriendo hasta formar una pared bajita que se estiraba y encogía. Al otro lado todos los peones se reían a carcajadas de él, que sujeto por una fuerza invisible no se podía mover del tablón.

Jerónimo Contreras, el odiado Jerónimo, «El soquete» como ellos le llamaban, le miraba con gesto amenazador agitando su rebenque. Siempre habían sido enemigos y ahora el otro se reía con una risa maligna que hacía arder toda su sangre. Allí se las pagaría todas. Y en uno de esos momentos en que la pared se estiraba, Contreras de un salto estuvo en el otro extremo del tablón con la correa lista para dejarla caer sobre él.

Entonces con un arretrato de ira, en un esfuerzo salvaje se incorporó sobre el tablón, que le sirvió de punto de apoyo para saltar como un puma asediado sobre su enemigo. Pero no lo alcanzó. Su cuerpo sin más fuerza que las de su peso cayó al medio del lagar sobre la espesa capa de orujo que se hundió blandamente con rumor de ola que se revuelca en la arena. El vino tibio le envolvió entero sumergiéndose allí sin un grito, en la suave inconsciencia de un sueño que jamás termina...

Mientras afuera el agua cae, los peones conversan en la cocina junto al fuego:

—La pura verdá que nunca había salido un vino mejor que el de este año, ¿no es cierto on Cachi?

—Muy verdá on Peiro Pablo. Y el de la cuba grande ha sío el mejor. Ta de mascar lo el tinto ese...

Ricardo E. Latcham.

EL PATRIARCADO Y EL MATRIARCADO EN LA AMERICA INDIGENA

(*Conclusión*)

LAS tribus se dividían en nueve clases totémicas que tomaban los nombres de sus respectivos tótemes: lobo, oso, tortuga, castor, ciervo, becada, garza, anguila y halcón. Los caudillos, llamados *sachems*, carecían de mayores privilegios. Las habitaciones eran comunes y tenían cabida en ellas hasta veinte familias. El derecho de alimentación era común a todos los miembros y los productos alimenticios eran propiedad del clan, bajo la vigilancia inmediata de las mujeres, quienes eran las únicas que cultivaban la tierra. Ellas confeccionaban los vestidos, atendían a las labores domésticas y a la crianza de los niños. Los hombres se dedicaban a la guerra, a la caza y a la pesca. Cada comunidad tenía un jefe femenino, quien con el Consejo de las Madres, disponía los matrimonios. No siempre los hombres casados habitaban con sus mujeres. A menudo permanecían bajo el techo materno y sólo, de cuando en cuando, visitaban a sus esposas, a quienes tenían, por otra parte, que entregar una buena parte de lo que cazaban o pescaban. Al no hacerlo, la mujer tenía el derecho de no recibir sus visitas. Cuando ambos cónyuges vivían juntos, era el hombre en todo caso el que se trasladaba a la morada de la mujer. La separación o el divorcio se efectuaba a voluntad y los hijos permanecían con la madre. Los bienes y las propiedades de la familia los heredaban sólo las hijas. A los hijos varones se les asignaba únicamente lo necesario para su sostenimiento. Las mujeres, por consiguiente, tenían la balanza del poder en sus manos y directa o indirectamente su influencia en todos los asuntos internos del clan era preponderante. Las

madres se reunían en consejo, discutían todo lo que interesaba a la comunidad y sus acuerdos eran propuestos al gran consejo de la tribu o de la confederación, que los tomaba muy en cuenta para sus decisiones.

Los hombres solteros estaban sujetos a severas restricciones. No podían hablar públicamente con las muchachas, vivían aparte y sus casamientos eran arreglados por sus madres.

Los caudillos eran elegidos en las asambleas del consejo del clan, en las cuales tenían voz y voto todos los adultos, hombres y mujeres.

Vecinos a los iroqueses, ocupando una parte del litoral del Atlántico, el norte de los Estados Unidos y el sur del Canadá, encontramos el gran grupo lingüístico de los algonquines, que contaba más de cincuenta tribus. Algunas de ellas habían adoptado una vida sedentaria y se dedicaban a la agricultura. Entre las más importantes de éstas últimas se pueden citar los obshibwés, los delawarees, los mohicanos, los menominis, los potawattamies, los otawas, los shawnees, los sauk, los foxes, los micmac y muchas otras. En todas ellas prevalecía el sistema matriarcal, muy parecido en sus caracteres generales al de los iroqueses.

Los hurones o wyandottes, que habitaban los contornos del lago Hurón, eran, antes de su aniquilamiento por los iroqueses, un pueblo matriarcal y las mujeres tenían el poder en sus manos. A la cabeza de cada liga totémica figuraban cuatro jefes femeninos, elegidos por el consejo de madres. Ellas nombraban al caudillo de la paz o administrativo y el jefe militar.

Más al sur, en la región del bajo Mississippi y los estados del Golfo de Méjico, hallamos a los creeks, o muskogeas, los choc-tás, los cherokees, seminolas, apalaches, natchez, etc., todos con línea hereditaria materna y con una constitución de clan matriarcal.

De todas las tribus de los Estados Unidos, las que más habían progresado en la agricultura eran aquellas que habitaban las mesetas áridas de Nuevo Méjico, Colorado, Arizona y Utah, a las cuales se ha dado el nombre de indios pueblos, porque vivían en edificios de piedra o de adobes agrupados en forma de pueblos. Todos estos indios, muchos de los cuales viven hasta hoy, estaban constituídos en clanes totémicas con sistema social de matriarcado.

Algunas tribus de las praderas también habían comenzado a practicar la agricultura y de nómades que antes eran, se habían convertido en sedentarias, adoptando la filiación materna al cambiar su sistema de vida. Entre éstas se pueden citar los

manitaris, algunas tribus de shawnees, los mandans, los crows, etc.

Por la costa septentrional del Pacífico, volvemos a encontrar las costumbres matriarcales, no ya entre tribus agrícolas, sino entre otras dedicadas principalmente a la pesca. En esta región, las condiciones excepcionalmente favorables de la pesca, durante cierta época del año y la gran superabundancia de la producción, han dado lugar al desarrollo cultural muy superior al de las demás tribus pescadoras del continente.

Durante el verano, el salmón remonta los ríos del litoral en tan enorme abundancia que la pesca proporciona una amplia alimentación para todo el año y todavía sobra para el comercio con otras tribus del interior. Esta abundancia ha originado una técnica especial de preparación y conservación del pescado que permite guardarlo por largo tiempo y trasportarlo con facilidad. Hay diferentes maneras de prepararlo, especialmente la secadura y la conservación en aceite.

En esta época, es la mujer quien se encarga del trabajo de la pesca y de la preparación del pescado. Aquí, como entre las tribus de agricultores, es ella quien se convierte en principal proveedora de la familia. Los hombres se dedican generalmente a la caza y a la guerra. No es de extrañarse entonces que las mujeres, poco a poco, se impusieran, creando para sí una situación mucho más favorable que la que ocuparon en el anterior estado cultural en que la subsistencia dependía exclusivamente de la caza.

Durante el verano, estos indios llevan una vida errante cogiendo y preparando el salmón y en invierno viven en grandes casas de madera, cuyos exteriores e interiores están decorados de maderos y vigas talladas con un arte extraordinario y único. En frente de sus casas se elevan grandes mástiles tallados con complicados blasones totémicos y pintados de los más diversos colores.

Los más importantes de estos pueblos son los tlinglit que ocupan el territorio y las islas del sur de Alaska. Al sur de ellos se encuentran los haida que habitan principalmente las islas de la Reina Carlota. Al sur de los haida viven los wakash y los salish. Los últimos de quienes quedan todavía unos 20,000, se dividen en más de ochenta sub-tribus.

En todas estas tribus rige la filiación materna y todavía existen entre ellas muchas de las costumbres características de las sociedades matriarcales, aunque en la actualidad se nota una transición hacia la cultura patriarcal, debido con toda seguridad al contacto con los blancos.

En Méjico y Centro América, si aceptamos la teoría de la difusión de la cultura americana desde este centro, debemos reconocer una época anterior a la evolución de la agricultura, en que la filiación sería paterna y que después, con la introducción del cultivo de las plantas y la nueva vida económica que la acompaña, se impondría la filiación materna. Sin embargo, al registrar los documentos de la época de la Conquista Española, encontramos que al principio del siglo XVI, existía un estado de transición, en el cual, aunque persistía en muchas partes la filiación materna, los hombres se emanciparon en gran parte de la tutela de las mujeres, en cuanto a la vida política y muchas otras fases de la sociabilidad. Quedaban en algunas regiones y aun quedan entre los lacondones y otras tribus mayas, ciertos grupos que presentan vestigios del régimen matriarcal, pero en general, los pueblos actuales de la zona han adoptado el sistema patriarcal.

En Sud-América, aun cuando la materia no se ha estudiado en detalle, se puede asegurar que la mayoría de las tribus dedicadas a la agricultura son matriarcales y que aun los pueblos más adelantados, como los incas, reconocían la filiación materna. Ciertamente algunos de ellos, al igual de los mejicanos, se hallaban, a la llegada de los españoles, en un estado de transición hacia el régimen patriarcal.

El estado matriarcal de los chibchas de la meseta de Bogotá es sabido históricamente y la Crónica de Cieza de Leon, escrita a mediados del siglo XVI, nos enseña que la mayoría de las tribus agrícolas de Colombia, Ecuador y el Perú, por donde él pasó en sus viajes, reconocían la filiación materna y la herencia por la línea femenina.

Lo que no está tan bien sabido es que en esa misma época, los pueblos indígenas de todo Chile se hallaban en el mismo estado social y regía entre ellos el sistema matriarcal, aunque en muchas partes del país se notaba la transición de que hemos hecho mención.

Entre los atacameños de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, y entre los araucanos de Chile austral, la filiación materna continuó hasta bien entrado el siglo XIX. Solamente después del establecimiento de la República de Chile y para acomodarse a las leyes de la propiedad y de la herencia, se produjo un cambio de filiación, aunque todavía quedan entre estos pueblos muchos vestigios del anterior estado social.

En Venezuela y el norte de Brasil, los aruacos, los caribes, y los tupí-guaraníes, pueblos que practicaban la agricultura, eran todos matriarcales, aunque en la actualidad, algunas de

sus tribus se encuentran en una fase de transición, en que el hombre comienza ya a establecer su supremacía, quedando, sin embargo, en la mayoría de ellas la filiación materna y en algunas predominan aún las mujeres.

Hemos mencionado varias veces, que, entre los pueblos americanos de cultura más adelantada, en que ya comenzaba la urbanización de la población, se encontraba un estado transitorio entre el régimen matriarcal y el estado patriarcal. No obstante, conviene dejar claramente establecido que el verdadero estado patriarcal, conocido entre los pueblos ganaderos y pastores del antiguo mundo, en que el padre era jefe de la familia, dueño y señor de todos sus miembros, en que la filiación es paterna reconociéndose únicamente la consanguinidad del padre y en que los hijos heredan los bienes de éste, sin participación de las hijas, no se ha conocido en América.

Por otra parte, entre muchos de los pueblos de agricultores superiores, el hombre había logrado emanciparse hasta cierto grado de la tutela de las mujeres. Viendo la importancia de la propiedad de las tierras de cultivo, poco a poco se había posesionado de ellas. Conseguido este resultado, los hombres, al casarse no iban más a vivir en las casas de sus suegras, sino, compraban a sus mujeres y las llevaban a sus propios hogares. Allí ellas se convertían en dependientes de sus maridos. Siempre labraban las tierras y se ocupaban como antes en las pequeñas industrias caseras, pero los productos de estas labores pasaban a las manos de los hombres, quienes llegaron a ser los verdaderos dueños de todo.

Los más poderosos o los más ricos compraban o adquirían de otra manera, varias mujeres, las cuales, por ser las productoras, constituían una fuente de mayores riquezas. El exceso de la producción promovió un sistema de comercio o de intercambios con otras familias o con otras regiones y esto independizó aún más a los varones, quienes eran los únicos que se ocupaban de esta clase de actividades. Por otra parte, la costumbre de la filiación materna, por la cual los hijos heredaban el apellido y el tótem de la madre, pertenecía al clan de ella sin reconocer la consanguinidad del padre, continuaba en todas partes hasta mucho después de la ocupación del continente por los europeos. Los esfuerzos hechos por éstos para desarraigar tales costumbres resultaron infructuosos. Aun entre los incas reales persistía la filiación materna hasta fines del siglo XVI y entre los indios peruanos y bolivianos hasta mucho más tarde, como lo sabemos por las ordenanzas de los virreyes, quienes prohibían que los hijos se llamasen por los apellidos de sus madres o que volviesen,

a la muerte de sus padres, a la agrupación materna por considerarse consanguíneos únicamente por línea femenina. Es decir, se trataba por decretos oficiales cambiar en filiación paterna, la filiación materna vigente.

Con la nueva libertad adquirida por el hombre, la situación social llegó a complicarse. Establecido el derecho de retirar a la mujer de su propio clan, mediante una compensación hecha a sus parientes, los jefes y los poderosos no se conformaban, como hemos visto, con la compra de *una* mujer, sino que se casaban con varias, no siempre de la misma agrupación y apellido. En consecuencia, la familia parteral se dividía en tantos grupos cuantas mujeres había de diferentes linajes. La primera mujer era conocida como la legítima y en el caso de haber bienes, a veces el hijo de ésta los heredaba. Pero este sistema de herencia no era universal. Algunas tribus reservaban el derecho de herencia al pariente consanguíneo más próximo del fallecido. En ningún caso podía ser el hijo, puesto que los hijos no se consideraban consanguíneos del padre. La sucesión recaía generalmente en el sobrino, primogénito de la mayor de las hermanas uterinas casadas del difunto y al faltar éste, al hermano carnal del mismo fallecido. De tal manera la propiedad y los bienes siempre quedaban en poder de miembros del clan y en la misma descendencia consanguínea femenina.

La principal preocupación ahora fué la conservación de la propiedad en manos de miembros de la familia paterna y, para lograr este resultado, se comenzó a dar mayor importancia a la paternidad. Los hijos, en muchas partes, fueron reconocidos como descendientes del padre, pero todavía heredaban el apellido y el tótem de la madre y pertenecían al clan de ella.

Durante el régimen netamente matriarcal, los grupos eran homogéneos en cuanto a apellido y tenían la verdadera constitución de clan. Ahora se hallaban en un estado transitorio que no era ni el del clan propiamente dicho ni menos aun aquel de la gens patronímica. Por las costumbres exogámicas de la mayor parte de las tribus y la persistencia de la filiación materna, en cuanto a linaje y apellido, los clanes perdieron su homogeneidad onomástica y apareció en cada uno de ellos una serie de apellidos que no eran los originales.

Mientras el hombre, al casarse, iba a vivir en el clan de la mujer, si tomaba a varias esposas, éstas tenían que ser todas del mismo linaje y así los hijos de todas ellas tenían el mismo apellido y tótem y pertenecían al mismo clan. Pero, cuando el varón llevaba a sus mujeres a su propio clan, las diferentes esposas podrían ser de diversos orígenes y, por tanto, los hijos de cada

una de ellas tendría un apellido distinto y a la vez pertenecerían a diferentes clanes.

Para regularizar tal estado anómalo, recurrieron a varios expedientes más o menos plausibles. Ninguno de ellos, sin embargo, dió los resultados apetecidos, cuales eran: unificar la familia paterna y reemplazar el clan materno por las gens paterna, con sucesión por la línea varonil, el reconocimiento del tótem del padre y el empleo del apellido paterno en vez del materno.

Indicaremos algunos de los ensayos adoptados por los araucanos para resolver este problema. Un medio favorito era que el cacique o el ulmen (hombre rico), únicos que podían darse el lujo de tener pluralidad de mujeres, se casaran con varias hermanas o mujeres del mismo clan y apellido. Con esto pretendían que todos sus hijos llevaran un solo apellido y perteneciesen al mismo clan. Empero, en la segunda generación, volvía a reinar la heterogeneidad de antes. Los hijos, por tabú o prohibición exogámica, no podían casarse con mujeres de su propio apellido y como persistía la filiación materna, los nietos se llamaban de diversas maneras, según el clan y el apellido de sus respectivas madres.

Otro sistema, que se hizo bastante común entre los araucanos era el *konchotun* o alianza matrimonial, celebrada entre dos familias; por la cual los jefes celebraban un pacto solemne y comprometían a sus descendientes a casarse con los descendientes de la otra; es decir, que los hijos de cada una se casaran con las hijas de la otra. Puesto en práctica este sistema, en cada familia se reproducían los dos apellidos por generaciones alternadas. Los hijos nunca llevaban el apellido de los padres, pero sí el de los abuelos. Después de algunas generaciones las dos familias llegaban a encontrarse tan inextricablemente emparentadas que se miraban como una sola parentela en la que no existían más que dos apellidos.

Entre este mismo pueblo, era costumbre que el sucesor de un difunto heredara sus mujeres y las tuviera, como dice el Padre Rosales, «para el tálamo y para el servicio de la casa». Este era otro medio de evitar el desmembramiento de la familia paterna y provenía de la práctica de comprar la mujer. Al casarse, el hombre entregaba a los parientes de la mujer, animales o bienes, en cantidad convenida entre las partes, para compensar la pérdida del clan de la persona que se alejaba. La mujer podía recobrar su libertad con la devolución de este valor al marido o al sucesor, pero mientras tanto se consideraba propiedad del marido, y como tal podía ser heredada.

El objeto de todos estos paliativos o subterfugios era crear

una familia paterna, ya que la propiedad y la posesión de los bienes y dignidades habían pasado a manos del hombre y la sucesión o herencia se derivaba de él en vez de la mujer, como antes.

Lo primero que uno pregunta es ¿por qué siendo aparentemente tan sencilla la resolución del problema, no cambiaban de una vez la filiación y daban a los hijos el apellido y tótem del padre? Esto, a primera vista, parece ser lo más fácil y lógico; pero militaban en su contra todos los conceptos de la consanguinidad. Los hijos los eran en primer término de la madre y sólo subsidiariamente del padre. Luego las costumbres de muchas generaciones no se pueden divorciar con facilidad. Pero las más importantes de todas eran sus ideas religiosas—el culto de los antepasados y del tótem. Estos se derivaban de la línea femenina y al cambiar la filiación, todos quedarían sin antepasados y sin tótem hereditario. Estos eran los seres que más veneraban y cuyo enojo y displicencia más les convenía evitar. ¿Cómo entonces derrocarlos sin que éstos les visitaran con tremendas calamidades? No podrían pensar en semejante ultraje que traería un castigo ejemplar.

Antes de terminar queremos citar algunos casos conocidos históricamente de la existencia del matriarcado en diversos puntos de Chile a la llegada de los españoles. Estos demuestran que las tribus de diferentes valles se gobernaban directamente por cacicas o por sus maridos en derecho de sus mujeres.

El historiador Herrera, hablando del valle de Copiapó, dice que «el cacique principal tenía por mujer a una india heredera de todo el valle; *porque allí se hereda por las madres y en siendo casadas el marido gobierna*».

Fernández de Pulgar, hablando de la misma cacica, dice: «*Allí se estila heredar las hembras*».

Otra cacica del valle de Copiapó y cuyas tierras deslindaban con las de Francisco de Aguirre, se llamaba María Achay, casada con un indio de nombre Guayticay, quien gobernaba en derecho de su mujer. Pasaron estas tierras en herencia a su hija Quisma Achay, aunque tuvo hermanos varones. Aquí vemos también que la hija heredaba el apellido materno y no el paterno.

Bartolomé Flores, uno de los compañeros de Pedro de Valdivia, se casó con la hija del cacique de Talagante, quien gobernaba en derecho de su mujer. La mujer de Flores heredó de su madre todos los terrenos entre los ríos Mapocho y Maipo. La hija de ella, doña Agueda Flores, a su vez, heredó estos terrenos, siendo solamente usufructuario de ellos su padre.

Los documentos de la época hablan de la cacica de Curimón, la de Guanchullami, quien se casó con un español de apellido Cárdenas y de la más famosa de Chacabuco, llamada María Pico de Plata, amancebada con el conquistador Francisco Martínez.

El cacique Melipilla era forastero en el distrito de ese nombre y gobernaba en derecho de su mujer, quien era la cacica del lugar.

Varios de los conquistadores basaban los títulos de las tierras que ocupaban, en el derecho de sus mujeres, las cacicas de los respectivos lugares.

En tiempo de García Hurtado de Mendoza, salieron a la cabeza de sus tropas, las cacicas Colpollanca y Yanequeo.

Tanto en Chile como en el Perú, el Ecuador y Colombia, un estudio de los documentos relativos a los juicios sobre títulos en el siglo XVI proporciona muchos datos parecidos y comprueba que en todos estos países existía el matriarcado o a lo menos un estado de transición en que todavía predominaba la filiación materna y la herencia por líneas femenina.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

CONSIDERACIONES SOBRE LA NOVELA

LA novela francesa atraviesa por una crisis que no es suficiente para explicar la disminución que sufre actualmente toda la producción literaria—disminución por lo demás necesaria—después de un largo período de inflación. Este género adolece, hoy por hoy, de dificultades que le son peculiares y cuyo origen se remonta, a nuestro entender, a una época bastante anterior a la nube de pretensiones que provocó la guerra. Sin duda fué hacia la novela donde la mediocridad se dirigió de preferencia durante el período que se acaba de cerrar, y en el cual un público extenso y mediocre también se había arrogado el derecho de juzgar el talento. La novela parecía entonces ofrecerse a todas las pretensiones como el único género que dispensaba a sus cultivadores de aportar algo que valiera la pena a las Letras, prestándose mejor que ningún otro para hacer las delicias del gran público. Pero la crisis actual de la novela se relaciona con un abuso, o más bien dicho, con una «desviación» de este género, que el uso había consagrado en Francia con mucha anterioridad a la era de confusión y de excesos de que nos ha costado tantos esfuerzos desprendernos.

La etimología puede aquí servirnos de ayuda. La palabra «romance» (1) es ciertamente una de las más antiguas de nuestra lengua; aun puede decirse que la precedió, ya que sirvió en un comienzo para designar el lenguaje de donde proviene el francés. «Latín corrompido, latín vulgar» rezan los diccionarios;

(1) Hemos traducido el término «romain» en su sentido etimológico.—
(N. del T.)

digamos, más bien, lenguaje del público, lengua acomodada a las relaciones diarias, y que las Letras desdeñaron. No del todo, sin embargo. En romance, lengua del gran número, se escriben ciertas obras dirigidas a la masa, narraciones que no tienen otro objeto que distraer al público, obras que respondían propiamente a la necesidad de reposo del hombre, y que por extensión son llamadas romances.

De esta manera, en una época en que el latín era la lengua de los que ambicionaban la duración en el tiempo, los cuentistas, que sólo se proponían distraer a los hombres de su tiempo, se servían de la lengua vulgar. Tal modestia nos parece hoy inexplicable. Debemos reconocer, sin embargo, que en las literaturas anteriores a la nuestra, la narración a base de imágenes, que debía transformarse en la fórmula moderna de la novela, no tenía un lugar especial. Ciertamente que al oponer la ficción a los otros modos de expresión del pensamiento o de la emoción, no pretendo, rehusarle el derecho de ciudadanía entre las letras; quiero decir solamente que los antiguos distinguían, con mucho más franqueza que nosotros, lo que distrae al hombre de lo que lo educa y que no ponían en duda que el escritor debiera escoger entre el favor del público y las coronas del espíritu.

Llegar a interesar a la masa con los personajes nacidos de su imaginación, gozar de la notoriedad que les procuraba una perfecta adaptación de sus narraciones al gusto de su época, debía, por lo demás, satisfacer las ambiciones de los cuentistas. No rechazo la idea de que algunos hayan comprendido que la ventaja de hacerse accesible al número se paga con una especie de privación de la gloria literaria, o mejor dicho, que el escritor debe renunciar a la duración en el tiempo en la medida que se sacrifique a lo actual. No dejaron de presentir lo que la observación, debía, con el tiempo, enseñarnos sobre la caducidad de la novela; a los menos aceptaron sin oposición que entre su tiempo y la posteridad debían decidirse a escoger. Pues bien, la resistencia opuesta por los novelistas a esta elección necesaria, en el curso de los últimos períodos de nuestra literatura, es a nuestro juicio, la causa de la crisis actual de la novela.

Puede aquí creerse a un hombre que, durante más de veinte años, ha sido el confidente de sus proyectos y el testigo de sus vacilaciones: (1) todos los novelistas están expuestos a la ten-

(1) Se refiere el autor a su condición de editor de los principales escritores franceses.

tación de agradar al gran número, desde los mediocres que deberían contentarse con ello, hasta aquellos cuya manera no está acomodada del todo al gusto de una época y que no podrían, a lo menos en vida, alcanzar un gran auditorio. No es sino por lo más natural esta pretensión que les es común; y ninguno dudaría al tener que decidirse fuera por la gloria literaria, resignándose a esperarla, fuera, por el contrario, por las ventajas de una notoriedad rápida, renunciando todas las ventajas que ésta acarrea, a las consagraciones reservadas al espíritu. Pero la mayoría de los novelistas de nuestros días no entienden renunciar ni al provecho ni a la gloria y algunos van hasta reivindicar ciertos derechos a la inmortalidad cuando ni siquiera llegaron a distraer a sus contemporáneos.

Distraer: es esta la palabra que debe retenerse. Parece, en efecto, que la inteligencia y a veces el genio se emplearan en Francia, desde hace tiempo, en desviar este género de su finalidad que es esencialmente distraer a una generación. Distraer ¿no quiere decir desligar al hombre de sus preocupaciones y de sus diligencias, haciéndoles experimentar las preocupaciones de seres imaginarios y asociándolos a ellas? ¿Y no es este el objeto mismo de la novela? O mejor dicho, ¿la atracción de este género, no reposa en el hecho de que nos permite olvidar nuestra persona en la de personajes ficticios y nos ofrece otras vías para reposar de la nuestra? Otras vidas, seres vivos: he aquí, en el orden que nos preocupa, palabras esenciales. Pienso aún que esta desviación a la cual atribuyo las dificultades porque atraviesa la novela, no se explica en sí misma sino porque una larga serie de generaciones literarias descuidó el objeto propio de la novela que es crear la vida. «Hacer competencia al estado civil», decía ya Balzac, entendiéndolo por esto defender lo esencial de un género que su genio ilustró, como si presintiera los rarísimos empleos que después de él se le daría.

¿Cuáles fueron las primeras usurpaciones que tuvo que sufrir la novela? ¿Cómo debutó esta «ocupación» de un género por todos los otros, hecho dominante en las Letras, en Francia, desde hace más de cincuenta años? No es nuestro intento hacer aquí tal búsqueda. Dejaremos a otros el trabajo de decirnos si es a las inquietudes de un Rousseau o al poema inmortal Adolfo al que conviene entroncar las Confesiones, impropriamente llamadas «novelas», que jalonearon el siglo último y a las cuales nuestro tiempo parece haber dado un nuevo brillo. El repliegue sobre el «yo» no es, por lo demás, incompatible con la forma novelesca; puede resultar un ser nuevo, pues siempre somos, en alguna manera, los novelistas de nosotros mismos. Por eso re-

servaremos nuestra preocupación a más graves acometidas que amenazan la existencia de la novela, descuidando o mejor, negando su rol que es el de dar nacimiento a seres vivos.

La novela a base de ideas! Es de esta absurda pretensión de donde proviene el mal que hoy día sufre todo un género. Dar un nombre a personajes sin pensar que previamente había que engendrarlos, prestarles actitudes, o a lo menos un lenguaje, antes de haber podido darles la vida, muchas veces por incapacidad, hacerlos hablar y actuar, tener éxito o fracasar, con el único fin de defender o de combatir una tesis: es a esta vana tarea a la que se dedican hoy día, muchos hombres cuyas dotes, bien dirigidas, hubieran podido tal vez servir a las Letras! «Deseo de publicidad», dirán algunos. ¿Apropiación de la forma novelesca para llegar hasta un público que se apartaría de la expresión desnuda del pensamiento?» No necesariamente. Este empleo abusivo de la novela, se explica en parte, por error. «No es todo tener espíritu, escribe Gracián, es necesario, además, el genio». Los mejores pueden, en efecto, desconocer la dirección natural de su instinto creador.

El día en que algunos, diciéndose novelistas, se creyeron dispensados de crear la vida, entregaron el género por ellos invadido a todos los que tenían, o creían tener, algo que decir. No se podría hacer un recuento de todos los moralistas, historiadores, psicólogos, periodistas, sabios o poetas que en nuestro tiempo la novela desvió del uso útil de sus dones. Y, como se ve, no tomo en cuenta sino a los extraviados, sin referirme, como tendría derecho a hacerlo, a los imitadores y plagiadores.

Los mejores, sostengo, se equivocaron y se equivocan todavía, arrastrando en su error a todos los que sus éxitos atrajeron. Estos últimos, los discípulos, se maravillan todavía de la habilidad que debieron desplegar, para disfrazar su incompetencia, aquellos que fueron tomados como modelos, habilidad puramente profesional, adquirida por el uso, y a la cual en todos los oficios, se da el nombre de técnica. Pero el público mismo que no tiene sino técnicas que desarrollar está comenzando a encabritarse. Yo creo, por mi parte, que de esto mismo vendrá la salvación y que, por lo tanto, aquellos que pretenden ocupar algún rol en las Letras no tendrán sino que seguir el instinto del número.

No será sin lucha que el buen sentido se impondrá. Ciertas posiciones serán asperamente defendidas y aun debemos espe-

rar las más violentas reacciones de todos aquellos que por la «ocupación» ganaron sino la gloria, la notoriedad. En una entrevista que uno de éstos concedía hace poco a un periodista, declaraba que se regocijaba en acercar la novela de la historia y que, por su parte, hacía suyos los métodos de los historiadores. Que manera más desenvuelta para negar la inspiración del novelista. ¿No es esto, propiamente, confundir las fuentes de la novela con su desarrollo? La novela es tanto, historia como pudiera ser moral, o ciencia, o poesía, o medicina; la novela es esencialmente una ficción a la cual el genio confiere la vida. Si la novela llega a ser historia, no es porque sus elementos hayan sido extraídos de la historia, o más simplemente, tomados de la realidad; es que un hombre tuvo el don de transformar en realidades sus intuiciones novelescas, y que estas realidades se colocaron en la historia al lado de las otras. Es así dado a cada uno poder extraer de las creaciones novelescas, como de la realidad, lo que conviene a las curiosidades particulares de su espíritu, sin que el autor se haya propuesto esto sino por el solo hecho que ha logrado crear la vida. «Balzac ha creado un mundo sin que se propusiera probar nada» ha escrito Mauriac. Yo quisiera agregar: movido por el solo deseo de engendrar la vida y guiado por el don que para ello tenía.

Tocamos aquí otro punto esencial de la cuestión que nos preocupa. Es, en efecto, la ilusión común a todos los falsos novelistas de creer que basta tomar un personaje de la realidad para conferirle la vida. Aun, he conocido a uno cuya falta de poder de imaginación era tal que no podía escribir una novela sin tomar como modelo un ser real, y sin implorar de este colaborador benévolo la misma documentación que si fuera a ser su historiador. Se concibe fácilmente lo que ha podido resultar de tal método. Nada podría, en efecto, remplazar en un novelista el poder de engendrar seres vivos. Y esto a tal punto que los más grandes tuvieron que someterse propiamente a la realidad de los personajes nacidos de su imaginación, aun antes que su genio los hubiera impuesto al público. A propósito de esto no puedo dejar de citar una anécdota de la vida de Balzac contada por Duvernois: «Un día que trabajaba, como de costumbre con su traje en desorden, un compañero entra en su cuarto de trabajo y le anuncia a Mme. Marneff, de la «Cousinne Bette» Balzac se anuda con esmero su corbata, pasa su mano coqueta sobre sus cabellos desgredados y exclama: Hágala pasar! Ha hecho reír esta anécdota: se la debía admirar. Decid en voz alta el nombre de un personaje de una novela cualquiera: sonará a falso, nombre fantasma aplicado a un ser irreal. Hablad

de Modeste Mignon: inmediatamente un ser surgirá. Todo está ahí.

Sí, todo está ahí; y es solo después de una confusión que duró cerca de un siglo como algunos lo han advertido, o por lo menos, se sienten bastante sostenidos por la opinión para atreverse a proclamarlo. No debemos esperar, sin embargo, una liberación rápida de la novela. La aparente facilidad del género y la gran libertad que permite — para no hablar de sus provechos—retendrán por mucho tiempo todavía a los aprovechadores y a un buen número de escritores de méritos extraviados o muy voraces. Y, además, hay que agregar que no se trata solamente de la liberación de la novela sino que también de todos los otros géneros, más exactamente, del retorno de cada uno de ellos a su método propio y a su objetivo. La invasión de la novela por todos los otros géneros literarios tuvo, en efecto, como consecuencia una ofensiva de la novela, que pronto se extendió a todos los dominios del espíritu. Desde hace algún tiempo, los historiadores—y aquella parte del público que espera de sus escritos una verdad controlada—deploran las libertades que los novelistas se toman frente a la historia para sacrificarla a la moda muy reciente de las vidas noveladas. Los sabios, los psicólogos, y esos hombres, llenos de curiosidad y precisión, deseosos solamente de aportar observaciones nuevas, que son los viajeros, tendrían los mismos derechos para quejarse. La novela parece, en cierto modo, haber servido de excusa a la facilidad en todos los órdenes privando así de todo valor los más preciosos aportes—por la razón, bien sencilla, de que el novelista cuya facultad propia es crear realidades nuevas, posee, con mayor razón, el derecho de deformar aquellas de que se ampara. De aquí que deba reconocerse que si la novela ha sido invadida por los otros géneros en el curso de los últimos períodos de nuestras letras, se ha vengado en buena forma, puesto que ha llegado a perturbar a todos los demás géneros.

«Fué un error del siglo XIX, escribe Jacques Bainville, haber hecho de la novela una obra de arte y quizás simplemente haber visto en ella una obra de arte. De este juicio sobre la novela, por lo demás demasiado sumario, hay que retener que las otras formas del pensamiento aspiran, hoy por hoy, a recuperar una independencia que ha estado comprometida durante mucho tiempo y que, por añadidura el público comienza a rebelarse contra estas dudosas mezcolanzas con que ciertos nove-

listas pretenden compensar su placer. Seremos así en gran parte deudores a este «gran público» al cual con tanta facilidad calumniamos de una vuelta al orden que todo deja entrever. «Vuelta al orden», es esta, creo, la expresión que conviene, pues no se trata, como es de imaginarlo, de una vana disputa sobre la prioridad de los géneros. Aun menos todavía debe atribuírseme la intención de desacreditar un género que fué el del más alto genio francés del último siglo. Nuestras reflexiones no se inspiran sino en el deseo de registrar en un momento oportuno, una disposición nueva de la masa, que parece coincidir con el voto de los mejores.

Que la novela sea un poco brutalmente retornada a su objeto y a sus medios por un público cansado de las pretensiones que este género sirvió durante mucho tiempo y que ahora exige e impone su gusto, no tiene por qué desalentar aún a los más modestos si tienen fe en su don de agradar. En cuanto a las consagraciones que algunos pretendían retirar de tal don, que se muestren solamente menos ávidos, y sobre todo que no esperen una gloria literaria durable de otra cosa que la que pudieren alcanzar dando nacimiento a seres vivos. Tal vez convendría agregar: «y que no envidien demasiado a un Balzac por haber poblado el mundo con sus creaciones, puesto que él pagó, como todo creador, su gloria con un verdadero renunciamiento a la vida».—BERNARD GRASSET.

LA AUTOBIOGRAFIA DE MAHATMA GANDHI

ESTE gran libro no es una Autobiografía en el sentido habitual, sea de narcisismo, sea de exhibicionismo moral que han practicado los más grandes escritores de Occidente Juan Jacobo y Tolstoy, para no hablar de los estetas de hoy.

Gandhi se ha defendido con energía, en su luminosa «Introducción» a su libro, fechada el 26 de Noviembre de 1925, cuya omisión lamento en la edición resumida por C. F. Andrews.

Este libro es un libro de acción y para la acción. Debería ser el breviario de todos los hombres de acción de hoy. No quiero decir que tuvieran que acomodarse a sus direcciones. El mismo Gandhi no lo querría; nunca ha pretendido ser una autoridad sino un ejemplo que la libre razón de los demás interpretará. Pero todos hallarán aquí una riqueza incalculable de enseñanzas por el hecho para obrar—sobre sí y sobre los demás—sobre los individuos y sobre los pueblos de hoy.

Gandhi intitula esta obra, con la exactitud que pone en todo «Historia de mis Experiencias con la Verdad». Hay que subrayar la palabra: Experiencia; y en lengua occidental podría decirse más bien «sobre la verdad» que «con la verdad»; pues aquí la Verdad es un elemento cósmico, sometido a la experiencia, como sometió en estos días, Alberto Einstein, la luz, en los laboratorios de Michelson en California.

El libro entero, la vida entera de Gandhi es una cadena lógica de experimentos basados sobre los hechos. Y la cadena que desde los primeros días de su conciencia de niño no ha cesado de extenderse pacientemente, pero sin detenerse de una malla a la malla siguiente, ensanchando la red hasta abarcar a trescientos millones de indios—y muy pronto a toda la tierra—no se ha terminado aún. El lo dice lealmente:

«Las conclusiones de mis tentativas generales no pueden considerarse aún decisivas. Yo atribuyo un gran valor a estas tentativas. Mis conclusiones me parecen absolutamente correctas, pero estoy muy lejos de pretender que estas experiencias posean ningún grado de perfección. No pretendo para ellas nada más que lo que un sabio para las suyas. Aunque aporte a ellas toda la exactitud, la atención y la minucia necesaria, nunca pretende que sus conclusiones sean definitivas: pero siempre conserva un espíritu abierto a las posibilidades que vengan»...

¡A todos nosotros nos toca guiar, iluminándonos con las experiencias de Gandhi, nuestras propias experiencias, según nuestros propios medios y la ley de nuestro espíritu!

Gandhi no es, pues, más que un humilde buscador de la verdad. ¡Pero qué intrepidez en su investigación! ¡Y en cuanto a su «humildad» ya volveremos a hablar de ella! Humilde ante la Verdad... Pero, ¿cuál es esta Verdad?

* * *

«Mis experiencias sobre la Verdad...».

«La Verdad»... No dice lo que Pilatos: «¿Qué es la Verdad?...» Es ella. Es el punto de partida. Pero el punto de partida, es siempre, pudiera decirse el punto débil—(¡o también el punto fuerte!)—entre todos los apasionados de la razón deductiva, sea en el pensamiento, sea en la acción,—llámense Spinoza o Gandhi. Pues el punto de partida es el punto mismo de la pasión esencial, que brota del corazón del ser—su razón de vivir. Y si le faltase esta razón, el apasionado no sería ya nada, no existiría, moriría.

Para Gandhi la Verdad es su razón de vivir. Es, pues, su verdad. Y todos los experimentos de su vida se dirigirán a compro-

bar la exactitud y la eficacia, en primer lugar sobre él y luego sobre los demás.

«Vivo, me muevo y existo solamente para perseguir este fin... Todo lo que hago, de palabra y por escrito, todas mis tentativas en el campo político, todo se dirige hacia el mismo fin... Pero como yo no he dejado nunca de creer que lo que es posible para uno, es posible para todos, no he hecho mis experiencias en el silencio del gabinete sino a cielo descubierto».

Su Verdad—la Verdad—se halla inscrita en las raíces de su naturaleza.

¡Examinemos, pues, estas raíces, esta naturaleza en estado puro—desde la infancia!

Pura, le ha sido transmitida esta naturaleza por su raza. Pura y firme como el acero. Una raza esencialmente de acción y recta y sana. Un padre anciano, hombre de Estado, de una educación solamente práctica, sabiendo dirigir a centenares de hombres. Una madre de muy buen sentido y de una voluntad inflexible que en sus prácticas religiosas se martirizaba a sí misma

Pureza moral, sentido práctico, voluntad de hierro. Estos son sus tres rasgos.

Desde el primer momento se afirma la pureza moral en el niño, en el gusto de lecturas y de espectáculos escogidos (que fuera de este atractivo moral le aburrían), en la emoción casi estática producida en él por las sencillas sentencias morales que dejarían indiferentes o escépticos a otros millares de niños. Más tarde, al hacerse hombre, siempre es uno de los dos lados de la página el que le impresiona, el reverso moral de los Libros religiosos: en la Gita y en el Evangelio. Lo demás del reino de Dios le atrae poco. Confiesa que el verdadero sentimiento religioso, en el sentido que se le atribuye generalmente, ha tardado en despertarse en él, que siendo niño no tenía la fe viva en Dios. No profundiza nunca la metafísica religiosa y menos aun la ciencia y práctica psicológico-fisiológico-mística de su país: hace algunas experiencias tardías de «yoga», pero las abandona en seguida dejándolas para después y no se vuelve a ocupar de ellas: no tiene tiempo ni gusto... Parece que si conoce por instinto algunas formas de «yoga» será un «yoga» moral, que participará a la vez del «Karma», del «bhakti» y del «Jñana yoga» acción, amor y razón: un término medio entre los tres.

Pero el rasgo esencial, desde los primeros días es éste: un niño «incapaz de mentir» mediano tal vez o indiferente, en todo lo demás, y particularmente en curiosidad intelectual, pero sin ningún defecto como ser moral: la sinceridad absoluta, la imposibilidad casi física de faltar a ella, sufrimientos intolerables

cuando esta verdad, corre el riesgo, no de doblegarse, sino simplemente de ponerse en duda. (Tiene, sin saberlo, mucho orgullo. No es tan humilde como se cree. ¡Y yo se lo alabo!). . .

Esta admirable pureza moral podrá extenderse, desde la sinceridad a todos los demás dominios de la moralidad. Y se extiende. Bien pronto tiene conciencia de que todo el campo moral es suyo o que debe serlo, y que no tiene derecho a descuidar nada de él. (Algunos rincones del campo no se podrán labrar fácilmente). Pero la raíz está allí, prendida como la hiedra (que por donde sube se agarra), «no mentir».

Por lo demás una razón sana y muy bien equilibrada, que no trastorna ningún exceso de la imaginación, ningún vaho sospechoso del sentimiento del corazón o del cerebro. A propósito de la geometría, que practica desde la infancia, con placer, dice estas palabras:

«un tema que no exige más que el simple concurso de las fuerzas de la razón no puede ser difícil».

Por otra parte, en esta naturaleza, todo está orientado desde el principio hasta la acción. Su verdad y su razón habrían nacido muertas a sus ojos si estuviesen encerradas en el interior de su pensamiento. Para ser, necesitan realizarse fuera. Y esta realización, cada vez más próxima le conducirá necesariamente a la más vasta de las acciones colectivas. ¡Pero que no se equivoque! En el punto de partida, no se halla una efusión de Amor Caritas, este frenesí de amor, sublime, para todos los hombres, para todos los seres, que abraza al antiguo libertino Francisco de Asís. Es una ley interior de verdad que quiere «que se realice». ¡Que sea adecuado a su profundo ideal, obscuro al principio, de Verdad! ¡Que por el martillo y el cincel de sus actos desprenda del bloque la estatua inscrita en su propio ser! Gandhi lo proclama con su grandiosa sinceridad!

—«Mi obra nacional (humana) no es más que una parte del entrenamiento que he emprendido a fin de libertar a mi alma de la esclavitud. . . Vista así mi obra puede considerarse como egoísta».

¡Y el que así habla ha sacrificado todo su bienestar, todo su ser, sus pasiones, sus intereses, todo él, a los demás seres! Aun no está satisfecho. . .

«Es preciso que me reduzca a cero» . . .

La realización de sí, hasta el fin, tiende a ese «cero» límite, que es el Ser Universal, el Absoluto «Moksha» . . .

Todo el camino de su vida es, con una sinceridad sin reserva, el que lleva a esta identificación perfecta del yo con el sí, que es la marcha natural del espíritu indio. Pero en lugar de que como la mayor parte de los indios, y principalmente los grandes místicos, llegan allí de un salto, o se esfuerzan en ello por la pasión del éxtasis. Gandhi se encamina allí, progresivamente por la lógica tenaz y apasionada de la razón que obra.

Y no dice que ha llegado allí. Está «en marcha»... He aquí una admirable confesión de sinceridad, en un gran indio religioso, llegado como él, casi al término que su carrera heroica, sesenta años de una vida de combates del alma tan gigantesco como un Ramayana:

«Todavía no he encontrado a Dios (la Verdad). Pero estoy en busca suya. Estoy dispuesto a sacrificarlo todo en esta investigación. En tanto que no haya realizado esta verdad absoluta, debo atenerme a la verdad relativa, tal como yo la he concebido. Ella es mi faro y mi escudo... Pero si en estas páginas se revela el más pequeño orgullo, entonces es que en mis investigaciones hay algo que es falso, y todas mis claridades no son más que espejismo... El investigador de la verdad debe ser más humilde que el polvo. Solamente a este precio y no de otro modo, tendrá una claridad de la Verdad».

Esta orgullosa humildad de lo verdadero «investigador de la verdad», del hombre de ciencia auténtico— le aproxima más que ningún otro a la mayoría de los espíritus de Europa. Se sirve del mismo instrumento del espíritu que nuestros hombres de la libre razón: la inteligencia que observa, que deduce, y que aplica a los hechos de experiencia los resultados de su experimentación razonada.

* * *

Sigamos la cadena de sus experiencias. Son para todos. El más simple debe comprenderlas...

«Ha crecido en mí la convicción de que todo lo que es posible para mí, es posible hasta para un niño».

El experimento se ejerce en primer lugar en él mismo, en su cuerpo y en su espíritu de adolescente. Tiene naturalmente el gusto de la disciplina de sí, disciplina física y moral. Ha de tener: físicamente, las reglas Vaishnava de su raza son, dice él, inexorables, respecto a la limpieza del cuerpo. Y esta necesidad de limpieza se extiende al alma. Hay que lavar las suciedades y las vergüenzas. El pequeño Gandhi no come. Nos es muy instructivo saber que este héroe (muchacho de trece años casado ya), tenía

miedo de todo, de la noche, de los fantasmas, de los ladrones, de las serpientes... Hallábase dominado también por la sensualidad, de la que nos habla aún hoy, con palabras veladas, lleno de terror. Sus dos enemigos... se sabe con qué energía implacable los ha reducido. (Y no está completamente seguro de que alguno de los dos no siga gruñendo en la sombra). Pero nadie puede saber la violencia de los combates que no han cesado de librarse en él. ¡Este hombre tan tranquilo, tan desprendido, tan puro!... ¡Qué victoria! ¡Y qué ejemplo para los vencidos!

Así, pues, a los veinte años de edad, pone en el primer plano de su construcción de la vida «la Renuncia». Vencer el yo. No dice que esta tarea se le presenta como un deber. ¡No! sino como una voluntad. «Me seducía».

Esta voluntad de la renuncia se aplica a domar el cuerpo empleando los medios más rigurosos y en primer término los ayunos que Gandhi practica y experimenta siempre con una delectación extraña.

Pero el rey de todos los ayunos es el «Brahmacharya», que es la ley de la Castidad absoluta. Este hombre que por un matrimonio precoz conoció desde muy joven la necesidad, la obsesión del abrazo carnal (se halla abrasado aún por el recuerdo del veneno que ha derramado en sus venas)—tiene conciencia demasiado tarde del remedio heroico, que sólo puede salvar su alma. En 1906, después de la revuelta de los zulús en el Natal, medita acerca de la necesidad absoluta de la castidad para cumplir su tarea: «la realización de sí» y el servicio de la humanidad. Tiene que deshacer hasta los lazos de familia. Se exalta y hace voto de «Brahmacharya» para toda su vida.

«Debo confesar, añade, que no había comprendido por completo entonces lo inmenso del deber a que me comprometía. Hoy aun no he sentido las dificultades que se presentan siempre»...

No se trata sólo del cuerpo. Es preciso cerrar el acceso de todo pensamiento impuro, al espíritu.

«Y aunque no me faltan, dice, ni la voluntad, ni el ánimo, no lo he conseguido aún».

Pero no tiene la menor duda respecto a la excelencia de la ley:

«La vida sin el Brahmacharya me parece insípida y bestial... El hombre no es hombre más que cuando es capaz de contenerse».

La gran palabra de todas las épocas viriles y de todos los héroes, sean de Europa o de Asia, creyentes o librepensadores:

«¡Si quieres ser grande, límtate! ¡Renuncia a fin de ser amo!»

Pero en Gandhi, esta renuncia no implica como entre los ascetas, cristianos o indios, la retirada (aunque le tiene, ¿quién no ha experimentado sus atractivos?) La retirada del mundo es una fuga y, por consiguiente, una derrota. Gandhi la desecha. No es de los vencidos. La renuncia debe ser en el mundo o no ser.

Gandhi, entra pues, resueltamente en la vía de los negocios. Y notemos que el único ser viviente a quien reconoce influencia religiosa sobre él—pues no tiene jamás (¡cosa excepcional en un indio que busca a Dios!) «gourou» maestro espiritual—es un hombre de su provincia que como él está «absorto en sus persecuciones espirituales, durante sus operaciones comerciales «Dios no se ha equivocado nunca, entre los creyentes vigorosos, en la acción práctica. En Occidente tenemos brillantes ejemplos; y Enrique Bremond, en su «Historia Literaria del sentimiento religioso en Francia» se han descrito ciertos casos extraordinarios. Pero estos ejemplos tienen más valor en Oriente. Esta superposición de los dos poderes, de la intensa concentración religiosa y de la voluntad realista de acción, predestinada al hombrecillo endeble que en 1893, a los veinticuatro años se va al Africa del Sur como abogado de una compañía, para convertirse en un maestro de los pueblos de la India.

Por el momento casi nadie sospecha lo que le espera. Pero lo que le espera y le sorprende hace instantáneamente surgir de él sus energías desconocidas. Apenas desembarcó sufrió una afrenta, sufrió dos, sufrió tres, cuatro. Cinco en algunos días. Odiosas, brutales, escandalosas. Y aquel pequeño indio tímido, balbuciente, va, sin vacilar, adelante a riesgo de perder la vida. El sentimiento del derecho ultrajado ha vencido para siempre al miedo. Si fuese preciso iría al cadalso.

Pero su admirable sentido de la equidad no le arroja a la violencia de la rebelión; realiza, desde sus primeros pasos, la más alta victoria sobre sus opresores: la de la justicia imperturbable, serena y pura, que no quiere vengarse.

No tendría importancia que la realizase en él sólo, si no la realizase en los que le rodean y de quienes asume inmediatamente la carga: pues son su prolongación vital. No es de esos individualistas de pecho estrecho que dicen: «Yo» y como Caín: «¿Me has encargado de que guardase a mi hermano?» El yo de Gandhi, como el de Lenine, como el de todas las almas grandes sin excepción (¡no son muy numerosas!) es el yo de todos los hombres—es el «tú»... «¡Si tú obrases contra la justicia y yo lo supiese y me callase y te dejase hacerlo, el injusto sería yo!»

Así, pues, apenas instalado en Africa no se contenta con reivindicar los derechos de su pueblo, hace su educación moral, le levanta espiritualmente y le dirige, como Moisés a su pueblo desterrado en Egipto. Cuando le habla en público es cuando «el espíritu religioso se convierte» en Gandhi en «una fuerza viva». ¡Obsérvese! El es quien lo dice: ha sido preciso, para que el espíritu se haga en él «fuerza viva» que hable al pueblo, que obre. La meditación solitaria no fué suficiente. La soledad que no obra, es para un Gandhi, estéril.

Esto no quiere decir que no medite. ¿Quién lo ha hecho más intensamente que él? Pero su meditación necesita para que se «lende», como el buen pan, el fermento de la acción. En aquellos mismos días del Sur de Africa, no perfecciona menos su educación religiosa por los libros. Pero lee, bajo la nueva luz que le ha conmovido, su verdadera religión, que es «la religión de servir, pues pensaba que, sólo por este método, podía llegarse a Dios».

Servir a su pueblo: a todo su pueblo. Pues aunque sea, por su nacimiento y acaso por su temperamento un «burguesillo» (como le llamaban desdeñosamente los moscovitas), no hace ni hizo nunca la menor distinción entre las clases. Aun en los primeros tiempos de su juventud, en que su espíritu hallábase lejos aún de estar formado mostróse sumamente indiferente a la casta y a las sanciones que contra él tomo.

El lo declara—y éste es un rasgo curioso de su naturaleza:

«él no ha sido nunca capaz de establecer en su corazón ninguna diferencia entre los seres, sean parientes, amigos, compatriotas o extranjeros. Es, dice, mi propia naturaleza.»

Cuando funda su Ashram, en Ahmedabad, en 1915, la primera condición que pone es la negación absoluta de la «Intocabilidad» y esto no es una simple declaración teórica. En seguida abre el Ashram a una familia de intocables. La opinión se rebela; se le amenaza con el boicoteo social, y en su propio hogar tropieza con resistencias penosas. Pero él no cede, no transige; se halla dispuesto a abandonar su puesto, y a establecerse en el mismo barrio de los intocables y a ganarse la vida allí, como ellos mediante el trabajo manual. Sólo la ayuda inesperada de un amigo rico evitó este escándalo público. Pero está bien claro que sobre esta cuestión primordial de la igualdad de las clases y de las «no clases», Gandhi no ha vacilado jamás. Cuando dicen que es el servidor de su pueblo, es verdad; lo es de todo su pueblo.

Así, pues, sirve a la India, porque las circunstancias de su vida le han colocado allí en ese puesto de combate. ¡Pero nunca ha tenido la menor duda de que ese «servicio» debe extenderse a

toda la humanidad! y la lectura que hace de Tolstoy en Africa le confirma «las posibilidades infinitas del amor universal.»

* * *

¿Cómo ha servido a la India?

Ha encontrado, en Africa del Sur, un pueblo no solamente desarmado y avasallado, sino acostumbrado y aceptando las afrentas, aparentemente sometido y degradado. Su primer acto es el devolverle la conciencia de su dignidad, de sus deberes y de sus derechos legítimos. No le hacen falta muchas experiencias para hacer brotar de aquella capa de agua sombría, las energías dormidas, el sentimiento del honor y el valor natural de toda esa gente que son menos débiles que resignados. El asunto de Durban, en 1896-1897, revela a los europeos asombrados y a los mismos indios, la resistencia de su espinazo moral. Y desde este primer golpe, la comunidad india, conquista la consideración del enemigo.

No se trata, por otra parte, de libertar a la India del Imperio. Gandhi está sinceramente convencido, en 1899, cuando la guerra de los boers, que «El Imperio británico no existía más que para la felicidad del mundo». Y ante el tribunal de su conciencia, los boers y los zulús rebelados tienen razón—(¡la tienen!, escribe Gandhi)—se cree unido por los deberes de su «lealtad británica» cuya «ingenuidad» confesará más tarde.

Esta lealtad no ha sido aún alcanzada por todas las experiencias enfadosas que Gandhi ha podido hacer, hasta primeros de Agosto de 1914, cuando encuéntrase en Londres frente a la guerra europea. «Tenía aún fe en el sistema inglés, sino en las personalidades», y no dudó en ofrecer a Inglaterra la cooperación de la India, para el servicio de ambulancias.

Tarda mucho en cambiar. Es un hombre paciente y tenaz en sus ideas; cuando las cree justas necesita experiencias repetidas y perentorias, para que renuncie a ellas. Aun en 1918 en la conferencia de Delhi, a pesar de las objeciones del honrado C. F. Andrews que le reveló la infamia de los tratados secretos concertados entre los Aliados, persiste en servir al Imperio; se va a reclutar gente en la India. Pero bien se ve que desde entonces se halla muy turbado. Hasta en sus argumentos para el alistamiento, ruge la rebelión. Y su conciencia le trabaja. Cae gravemente enfermo. Está a punto de morir, y, por primera vez (la única, sin duda), en su vida, perdió todo interés por la vida; pierde el gusto de prolongar su existencia. La noticia de la derrota de Alemania y del fin de la guerra, «que le libra del recluta-

miento» le trae «el alivio». Y casi inmediatamente después, el convaleciente aprovecha la ocasión de los bills Rowlatt de 1919 para entrar abiertamente en la vía del Swaraj de la India, de la conquista de la independencia.

Pero todo este largo tiempo no se ha perdido. Gandhi, según acostumbra ha hecho una lenta, paciente y penetrante preparación de la disciplina, necesaria al alma colectiva de la India, en el cuadro mismo del Imperio.

En primer lugar ha hecho extensiva a los que le rodean su ley de la «renuncia». Por el contacto diario del orador, del periodista, del director de conciencia y de acción, con el público practica diariamente el pensamiento en alta voz con todos. Nunca piensa solo sino en comunidad con el pueblo. Tiene el ingenio de hacer pensar a toda la comunidad por intermedio suyo, que clarifica, resume y guía los pensamientos confusos y tumultuosos de sus compañeros.

Naturalmente, llegan así a no formar más que un solo cuerpo del que él dispone como del suyo. Regla general: siempre busca en los debates, la conciliación de las partes opuestas, el perdón de las injurias, la no violencia, pero apoyada en una inquebrantable firmeza. Y cuando, agotada toda conciliación llega el momento de obrar, es decir, de sacrificarse él y los suyos no vacila ni un instante. Tiene cuatro escribientes indios a quienes mira como a hijos. Se presenta un peligro, la peste negra en 1904 «decidí sacrificar a los cuatro». Había fundado, en Fenix, una colonia tolstiana, de parientes, amigos y discípulos predilectos. Sonó la hora de un movimiento indio de sacrificio, para protestar contra la iniquidad de un juicio del Tribunal del Cabo (1913). «Decidí sacrificarlos todos». Y no era una palabra vana: en las cárceles en que fueron encerrados, con los hombres, las mujeres y los niños murieron algunos.

En desquite, cuando la comunidad ha obrado mal y tiene que sufrir algún castigo, lo sufre él mismo. Expía públicamente por todos.

Evidentemente toda esta práctica de acción colectiva tiene por fundamento un principio de renuncia religiosa que puede ser muy discutido:

«Dios tiene sed de la abnegación del hombre» y este otro postulado:

«El sacrificio piadoso de una sola alma pura no puede jamás cumplirse en vano.»

Pero notemos que estos principios postulados los ha experimentado él, cien veces y que al fin y al cabo veremos los gigantescos resultados que han producido.

Por lo demás, este manejador de hombres no se halla detenido por su puritanismo en los casos peligrosos de acción urgente, en que otros muchos menos escrupulosos que él retrocederían, por timidez de corazón. Cuando desencadena la huelga de mineros de Newcastle, en Africa, tiene en sus tropas, criminales reincidentes «hombres que han estado en la cárcel por asesinato, robo o atentados a la moral», pero él no se preocupaba.

«Yo no me creía con derecho a juzgar la moralidad de estos hombres. Hubiese sido estúpido por parte mía tratar de hacer una distinción en este rebaño. Mi deber se limitaba a dirigir la huelga, y yo no debía mezclarme en ningún otro trabajo de reforma. Yo debía velar porque se observasen en el campo las reglas de la moralidad, pero no tenía que examinar los antecedentes de cada huelguista.»

Este es el lenguaje, no de un «idealista» sino de un hombre rudo de acción; y un Lenine no le hubiese contradicho. Gandhi —a lo menos desde el punto de vista de la partida de su acción de masas—no responde del alma de estas masas; responde de su acción que él dirige, con una estricta disciplina; y por esta disciplina, aunque obrando, es como forjará el alma de las masas. Por lo pronto, empieza por proporcionarse, progresivamente, un batallón sagrado que pone a prueba y que no ahorra. Se haya sostenido por esta esperanza mística que «un solo ser puro puede ser suficiente para ganar por su sacrificio la batalla común» y en verdad ¿no la ha ganado él?

Su escuela de guerra (permítaseme la frase), de la No Violencia impone un largo, leal y penoso entrenamiento. No se atrae el concurso engañando con la facilidad del éxito. Empieza por presentar a sus adeptos el cuadro exacto de las pruebas que les esperan y que él mismo les hará sufrir. Pesa atentamente su fuerza de resistencia. Hecho esto va hasta el fin, yendo a su cabeza. Y los que le siguen se dan cuenta de sus energías que ignoraban y al mismo tiempo, del freno a que debe someterlos su voluntad. Sigue velando para que estos movimientos de masas conserven su carácter esencialmente moral, no político. Y su misma política sale beneficiada. Pues se transfigura, toma el aspecto, no de partido o de nación sino de razón y de justicia universal. El efecto producido en los adversarios anglosajones es fulminante. Estos grandes jugadores vense obligados a inclinarse ante la «caballería» de estos indios que despreciaban la víspera. Confiesan (desde 1913-1914), su impotencia ante esta táctica de la No Violencia. Desearían que sus compañeros (pues ya no son enemigos), recurriesen a medios de fuerza brutal como está admitido entre los ejércitos de Europa; así arreglarían el asunto más fácilmente.

La primera batalla fué ganada por el general del Satyagraha en el suelo de Africa, en 1914 (Tratado con Smutsa). La segunda en el suelo de la India, en Champaran (Biar) en 1918. Tuvo poca resonancia y, sin embargo, su importancia fué enorme; pues ha sido, como dice Gandhi «la primera lección de cosas prácticas de la India, en la Desobediencia civil». Se compromete a proseguir la experiencia en un campo más extenso. Con motivo de los bills Bowlatt, en 1919, decreta un «Hartal» general (huelga de un carácter de duelo religioso, suspensión de todos los negocios, purificación de sí, ayuno y oraciones de veinticuatro horas). Pero a pesar de su prudencia, ha sido muy de prisa: la India no está madura para estas grandes maniobras del «Satyagraha» y el «hartal» degeneran pronto en violencias. Gandhi suspende inmediatamente la experiencia; sin vacilar suspende el «Satyagraha», no se cuida de la cólera que levanta entre sus tropas, ni de las amenazas de asesinato. El es el jefe y ha hablado. Y según su grandiosa concepción moral, él, el jefe se castiga públicamente con un ayuno de tres días, del error de su pueblo, que es el suyo, puesto que su pueblo es su cuerpo. No son más que uno.

Y, puesto que este pueblo no está aún maduro, puesto que es incapaz de discernir el sentido justo de la Desobediencia Civil, Gandhi le vuelve a mandar a la escuela, forma cuadros de voluntarios bien entrenados, de corazón puro que se convierten en los monitores del pueblo y los capataces de la enorme cuadrilla.

Y en todo esto, ningún secreto. Todo a la luz del día. El jefe, el batallón sagrado, y el grueso del ejército operan juntos, experimentan abiertamente en un terreno nuevo aun para ellos. ¿No lo es también para la humanidad? ¿Cuándo había aplicado ella, con este vigor científico semejante táctica de guerra sin violencia, de un pueblo inmenso contra un Imperio que no lo es menos? Avanzan a tientas, pero con pie firme por un suelo desconocido y cada avance es para ellos un descubrimiento.

En la conferencia hindomusulmana de Delhi, en Octubre de 1919, Gandhi descubre de repente, propone por una especie de iluminación, la «no Cooperación» «una palabra que emplea por primera vez», y de la cual está lejos en ese momento de avaluar todas las visualidades.

En aquellos mismos años, el movimiento Gandhi (por la resurrección de la industria doméstica, de los telares a mano y del torno, considerados como remedio contra el pauperismo indio y como arma contra las industrias británicas), es—(Gandhi lo confiesa)—el más aventurado de los experimentos, que no se apoyaba en ningún ejemplo—del que la ironía del mundo «ci-

vilizado» no ha cesado aún de burlarse—y del que tan sólo la práctica ha demostrado la victoriosa eficacia.

En fin, ésta es otra iluminación, colectiva esta vez (y en semejante caso se puede estar seguro que es la explosión necesaria, preparada por una larga y poderosa evolución) que, de repente, en la asamblea de toda la India, en Nagpur en Diciembre de 1920, hace que adopten por unanimidad los 14,000 delegados de la India entera, la experiencia del «Satyagraha» no violenta. El mismo Gandhi no proponía su aplicación sino en dos casos particulares. Y otros congresistas fueron los que le lanzan a dar a la gran táctica de que ha sido maestro el gran término, aplazado durante veinte o treinta años el «Swaraj» la Independencia de toda la India.

Así se manifiesta brillantemente, el modo del pensamiento, alto y en común de todo un pueblo con su jefe espiritual y por la voz de este jefe. Es la voz de todos. Y esta voz es acción. Acción de todos, organizada.

En ninguna parte durante toda esta vida hemos visto un teórico que parta de un dogma de su espíritu, y que le imponga. Pero una serie ordenada de acciones públicas en que el instinto razonado del cuerpo social, que lleva la dirección, tantea, prueba, determina su camino con prudencia, pero cuando ha estado maduramente decidida, va hasta el fin sin vacilar.

El «fin»—ya lo hemos dicho en las primeras líneas de este Ensayo—el «fin» no se ha alcanzado aún hoy. Un Gandhi ve muy lejos y está muy apegado a la verdad experimental para que diga que ha llegado al fin. Está en camino, como lo estará hasta que caiga la humanidad. Pero vemos a qué etapa inaudita ha llevado esta marcha, en treinta años, a su pueblo y a él. El abogadillo «coolie» que hace treinta años era ultrajado, abofeteado, pisoteado, en el Sur de Africa tiene hoy plenos poderes de trescientos millones de hombres. Acaba de firmar con el virrey del Imperio más orgulloso de Europa, que dejaba atrás a los de Nínive y de Babilonia y que quizás se haya estremecido hasta su base.

¡Recordemos hoy nuestros agoreros de la política europea, y a aquellos otros que conservan celosamente las proximidades de la ideología, que hace nueve años, cuando por primera vez en Europa anunciáramos estos destinos, revelando la «Gran Alma» de Asia cuya existencia nos ocultaban y su mensaje de la Revolución sin violencia, se encogieron de hombros con cólera y con desdén!... Se ha jugado. Ellos han perdido. ¡Nosotros avanzamos!

En esta confrontación épica de un Imperio de Occidente y de

un viejo débil de la India a quien actualmente mira el mundo con asombro, nuestro público de Occidente con su mentalidad de gallo de combate no ve más que el duelo entre Asia y Europa. Y yo, yo veo el «Sposalizio» de las dos mitades de la humanidad. Se desposan. Los dos grandes ríos de Espíritu se reúnen por fin, y se mezclan.

Ya se han mezclado en Gandhi. No es solamente Asia, es la mejor Europa, la más alta, la que está en él. Ella le ha formado.

Por el Occidente (¿Lo hubiese creído alguien si no lo dice él mismo?) ha tenido conciencia de la grandeza de su patria y de su raza. Dos teósofos ingleses le hicieron conocer, cuando tenía diez y ocho años, «la Gita», que es para él «el libro supremo del conocimiento de la verdad». Madame Blavatsky «le infundió el deseo de estudiar el indianismo, del que hasta entonces se había avergonzado». Un viejo conservador inglés, Federico Pincut le abre el libro, que se hallaba cerrado a su falta de curiosidad, de la historia de la India y su insurrección en el transcurso del siglo. Carlyle le ilumina el Islam y el mundo heroico de Mahoma. Algunos años después en Africa, Tolstoy le sirve de modelo inolvidable «de independencia de pensamiento, de moralidad profunda y de absoluta verdad». Por intermedio suyo es cuando abarca, por primera vez, como desde lo alto de una montaña el panorama de «El Amor Universal». «La luz de Asia». de Arnold de ilumina la sublime sonrisa del Buda. Lee los Upanishads en la traducción de la Sociedad de Teosofía. En, fin un libro de Ruskin que le prestó un amigo inglés, Henry Polak «Unto this Last» (Hasta el fin), obra sobre su espíritu, que aun anda a tientas, una acción eléctrica. «Descubre en él algunas de sus más profundas convicciones». A través de Ruskin, la Europa de los Precursores de la Revolución Social, es la que le da el choque decisivo, en el momento decisivo, la que le revela la gran Ley nueva del Trabajo, rey del mundo—o que debe serlo—que lo será.

Y notémosle, no es como se ha pretendido algunas veces por intermedio del Cristianismo como el Occidente ha obrado más sobre el alma de Gandhi. Es cierto que se ha sentido emocionado por la parte moral del Nuevo Testamento (y principalmente por el Sermón de la Montaña), pues ha hallado allí su propio ideal de abnegación. Pero no ha descubierto allí nada nuevo. Y hasta prefiere Buda a Cristo, pues encuentra a «aquél superior, por el amor a todos los seres vivos... Desde el punto de vista filosófico, los príncipes cristianos no tenían para mí nada de extraordinario. Desde el punto de vista del sacrificio, me ha parecido que los indios dejan atrás con mucho a los cristianos. Me

era imposible considerar al cristianismo como la más alta de todas las religiones». «Pero, añade imparcialmente, tampoco creía que aquella fuese el indianismo».

No, el pensamiento laico de la Europa moderna:—Ruskin, Tolstoy, Carlyle, Arnold, etc.;—es el que ha amasado su pensamiento, que él a su vez ha renovado, ha vuelto a crear en el ardiente horno de su acción razonada.

En esta acción le han ayudado constantemente los europeos más generosos. Han estado envueltos y levantados por su abnegación. Es un orgullo para Europa, ver en su agradecido relato, que las iniquidades que han sufrido él y sus hermanos indios, les han sufrido mucho más magnánimos europeos, rebelados, humillados, abofetaados en su conciencia y que sin su concurso ardiente y fiel, probablemente no hubiese conseguido la victoria.

Uno de ellos—y no de los menores es quien presenta este libro al público de Occidente: C. F. Andrews su firme teniente, desde las primeras campañas del Satyagraha, en el Natal en donde fué, en 1914, el mediador y el testigo del acuerdo de Gandhi con Smuts. No se contentó sólo con secundarle en Africa y en la India. Fué el más intrépido de sus «missi dominici» alrededor del mundo. Hizo penosas experiencias durante diez años, en sus viajes para estudiar la situación y ayudar a los indios diseminados a través del inmenso Imperio británico: en Ceylán, en las islas Fridji, en Australian, en Malasian, en Nueva Zelandia, en Hong-Kong y de nuevo en Africa austral y oriental. Para conocer mejor las condiciones de la vida de los emigrantes, la comparte con ellos; fué paria entre los parias.

Vigiló y denunció a las Indias los contratos criminales de la pobre gente a quien se hacía firmar, con los ojos cerrados, compromisos de esclavos. Ocupóse particularmente de la cuestión del opio y escribió el prefacio a la relación del Congreso para la información sobre el tráfico de los estupefacientes en Assam, en Septiembre de 1928. La edad no ha amortiguado su vigor ni su pasión por la justicia.

Añadamos que la antigua amistad entre Tagore y Gandhi le permitió ser un precioso mediador entre los dos jefes espirituales de la India y por su admirable franqueza en el hablar, siempre perfumada de afecto y de bondad ha sabido más de una vez disipar los equívocos, inevitables entre estos dos polos del «orbis terrarum» indio.

C. F. Andrews es el ejemplo más perfecto de estos apóstoles puros de la causa india—y allende la causa humana—que ha hecho florecer, en derredor suyo, en nuestro Occidente, el soplo

del Cristo indio. Este es nuestro orgullo, que nuestra Europa haya dado al «Mahatma» esta guardia de honor; Andrews, Pearson, Mirabhen (Magdalena Slade), nuestros queridos amigos, y otros tantos de sus «grandes servidores» en estos campos del «Satyagraha» en el Sur de Africa y en las Indias. Estos son los que forman la vanguardia heroica de esta «Eurasie» del espíritu que nos hemos propuesto fundar.

Y en la proa del navío que hunde su espolón en las espumosas olas de la milenaria iniquidad social y en la noche de los prejuicios—prejuicios de razas, prejuicios de clases, y de nación y de religiones se sostiene de pie nuestra diosa de los nuevos tiempos: la Revolución, que abre el camino al Trabajo universal—libre, asociado y soberano.—ROMAIN ROLLAND.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LA NUEVA EDUCACION RUSA

AHONDEMOS más en el análisis de la nueva educación soviética y del espíritu que la anima. Su finalidad esencial, según hemos visto, es contribuir a la formación de la nueva sociedad. Más aun, forjar a los hombres nuevos en el ideal y en el espíritu socialistas. «Su aspiración, dice Pinkevich (1), es, por decirlo así, adoctrinar a la juventud en la filosofía proletaria». Ello supone principios y métodos educacionales de todo punto diversos a los de la época burguesa.

Oigamos a Pinkevich: «En primer lugar, bajo un régimen socialista, esto es, en condiciones de perfecta igualdad económica, todos tendrán ocasión de recibir una educación integral que aun hoy, en plena dictadura proletaria, se halla limitada a unos cuantos; en un régimen socialista el único factor decisivo será la capacidad individual. Además de esto, la educación misma será de todo punto diferente. Ciertas materias que ahora parecen esenciales quedarán suprimidas. Así, por ejemplo, la economía política en su forma actual, resultará entonces tan superflua como las antiguas «ciencias sociales» lo son ahora en las clases inferiores o ciertas secciones de la jurisprudencia en las escuelas superiores, en el actual Estado soviético. Las ciencias naturales y las cuestiones técnicas adquirirán, por otra parte, una importancia mucho mayor, ya que todo o casi todo el mun-

(1) Alberto Pinkevich, profesor de la Segunda Universidad Oficial de Moscú: *La nueva educación en la Rusia Soviética*.

do participará en el proceso productivo y, por consiguiente, necesitará poseer, cuando menos, un conocimiento técnico elemental. También el papel del trabajo físico, que en la sociedad futura estará distribuída equitativamente, será muy grande en la escuela que prepara para la vida. En este respecto todas las instituciones educacionales serán instituciones de trabajo. Y ni que decir tiene que en toda escuela ocupará lugar preeminente la preparación para la vida socialista, y que todo cuanto capacite para una moral verdaderamente socialista merecerá primordial atención. La integración de dos grandes ideas del período pre-socialista de evolución social, la idea de la evolución, de la personalidad humana y la idea de servicio individual a la sociedad, se harán posibles de ese modo. En el nuevo régimen desaparecerá la antigua antinomia, viniendo a reemplazarla una síntesis natural».

En la realización rusa la escuela tiene carácter esencial de transición al socialismo y es, o procura ser—según definición oficial— «seglar, esto es libre de toda suerte de enseñanza religiosa; educacional; que realice su enseñanza en la lengua natal de los alumnos; que haga resaltar la íntima relación que existe entre la educación y el trabajo socialmente productivo, y que de este modo prepare miembros perfectos de la sociedad comunista». Ello se exterioriza en la idea de constituir la actividad laboriosa y el trabajo práctico en centro educacional básico.

Pinkevich resume las características principales de la escuela comunista en el período de transición al socialismo: «estudio de la actividad laboriosa y su organización, interpretación del trabajo desde un punto de vista del constructor de un régimen social comunista en la época de la dictadura del proletariado y análisis de la vida contemporánea, hecho con arreglo a un criterio proletario». Características que se completan en la creación de verdadero ambiente de trabajo en la escuela y en establecer, tanto en la teoría como en la práctica, relaciones íntimas con la producción y las clases trabajadoras.

Trátase, en consecuencia, de una escuela activa que busca el estudio y la interpretación del universo de acuerdo con planos y principios que permitan reconstruirlo según las normas económicas de Marx, proyectadas a través de las realizaciones leninianas. En el terreno educacional ello supone íntimo engranaje de los programas escolares con la vida práctica, lo cual requiere participación activa de educandos y educadores en la política y en la vida misma, esto es, íntimo contacto con las masas productoras.

Esta tarea hace necesario dividir la instrucción en dos obje-

tivos: fijar en el niño conocimientos, hábitos y capacidades e inculcarle un criterio determinado acerca del mundo. Vale decir encauzarle espiritual y materialmente en el sentido de la nueva vida.

Veamos, por ejemplo, la finalidad que se persigue, según el ya mencionado profesor Pinkevich, al implantar en la escuela rusa algún cuerpo de conocimiento: «Al estudiar el mundo en sus aspectos todos, ya en el terreno de la naturaleza, ya en el de la sociedad, debe llegar el individuo a una comprensión de la dialéctica de los fenómenos naturales y sociales, sin imponerles a éstos su propio capricho; debe aprender a observar con precisión lo que verdaderamente existe, compenetrándose así con las leyes fundamentales que rigen la sucesión de los fenómenos en el mundo de la realidad exterior. La instrucción científica debe, por lo tanto, dotar al estudiante de una información exacta de carácter fundamental respecto al ambiente circundante, inculcándole al mismo tiempo el concepto del imperio universal de la ley en el mundo exterior. Debe acostumbrarlo también a ver la vida, la naturaleza y la sociedad en su desarrollo, en sus relaciones y contradicciones y en su obediencia a la ley.» (1).

Otra característica importante de la escuela soviética es su unidad. Y esta forma una suerte de médula espinal, de compacta cadena que lleva al alumno desde el kindergarten o aun desde la casa-cuna hasta la universidad, constituyendo una escala educacional no interrumpida. Ello permite, también, sustituir la educación individual y en cierto modo la familia por la educación social. Zinovief dijo: «¡Cueste lo que cueste, hay que apoderarse del alma del niño!»

Mas no bastan el espíritu ni los métodos. El valor hombre, el valor maestro tiene importancia trascendental. En la U. R. S. S. el educador, el maestro debe ser ante todo un organizador social que sepa armonizar el proceso educativo mismo con las necesidades y exigencias del régimen socialista. Debe estar dotado de sólida cultura mínima y tener a la vez que tacto político amor vocacional a su misión y amplia capacidad de trabajo, pues su labor no se concretará a la escuela sino también a la vida extra-escolar. Esa misión será aún más compleja y de-

(1) En materia de educación sexual la escuela soviética ha encontrado la justa medida. Se enseña a los educandos por modo indirecto y gradual, a través de todo el período educativo medio, aprovechando las ciencias naturales, la observación misma de la naturaleza, etc. Los niños van, poco a poco, conociendo el factor sexual y acaban dominándolo. De este modo la vida y sus misterios no perturban por manera brusca su desenvolvimiento fisiológico y espiritual.

licada en las aldeas y pueblos pequeños, en los cuales el sentido político y social se acentuará más. El maestro deberá tener conocimiento experimental de las distintas actividades laboriosas del hombre y familiarizarse con ellas. En materia política se le exigirá trato familiar con la filosofía marxista (materialismo dialéctico) y con la sociología marxista (materialismo histórico). La pedología le será igualmente indispensable. Otro requisito fundamental para el maestro es el estudio del alma del niño y de sus necesidades afectivas, y ello le será tanto más indispensable cuanto una de sus funciones primordiales consiste en levantar la autoridad moral de la escuela, que representa a la colectividad (socialismo), por sobre la autoridad de la familia (individualismo, burguesía). Este aspecto es sin duda desde el punto de vista humano, el más delicado y el más interesante.

Como puede advertirse, la importancia que tiene el valor *maestro* es extraordinaria, fundamental en la construcción de la nueva sociedad. Creo que ahí reside el punto débil en la formación educacional de la burguesía y, rastreando más aun, podría inducirse de ahí mismo uno de los factores de la crisis ideológica y moral porque ha atravesado aquella en sus últimas etapas.

Indudablemente aún en la misma Rusia no se ha dado al valor maestro su exacta importancia. De acuerdo con las investigaciones de la ciencia educacional corresponderá al maestro un rol preponderante y trascendentalísimo en la formación de hombres, en el desarrollo de personalidades y en la armonización que, de acuerdo con las necesidades y leyes colectivistas del régimen de socialismo, deberá establecerse entre aquellas y éstas. En razón de ello habrá que buscar, para llenar los cuadros educacionales en todos los grados, a los hombres mejores, a los más inteligentes, mejor dotados y de más alta capacidad en cada región o centro de vida. Llegará día en que la función del maestro marque el más alto nivel de responsabilidad e importancia en la vida de los pueblos.

Son interesantes las objeciones que con propósito de desvirtuarlas y no sin criterio inteligente formulan algunos de los principales educadores soviéticos, hombres de primer orden cuyo aporte a la educación de la nueva época no puede aún ser debidamente valorado. Entre ellos Krupskaia, la ilustre compañera de Lenin, cuya labor la destaca entre las más grandes mujeres que hayan producido los siglos últimos, Pistrak, Chatzky, Epstein, Chulguin, Pinkevich... Algunas de esas objeciones envuelven el temor secreto de que la práctica, dogmatizándose (y

burocratizándose), lleven por manera insensible a un «almacenamiento educacional». Mas se alza contra eso, en vela infatigable, el espíritu de auto control albergado en la conciencia de los grandes maestros. Por hendiduras apenas perceptibles podrían deslizarse los peores enemigos de lo futuro que, en aras de lo actual transitorio y acaso sin saberlo, dañarían la formación de un verdadero espíritu socialista: fanatismo, intransigencia, espíritu dogmático cerrado. La principal defensa está, a mi juicio, en la flexibilidad de la nueva educación, que busca adecuados caminos y está dispuesta a modificar, a renovar, a experimentar... La educación rusa es verdaderamente, en sus grandes aspectos, una educación revolucionaria y dinámica.

En cuanto a los métodos de enseñanza cabe reconocer innovación en el espíritu y en la forma. A los anticuados métodos de la escuela vieja—recitaciones, revistas, exámenes, tareas—suceden otros más razonables, en los cuales pasa a primer término el desenvolvimiento de la capacidad personal del alumno. La vieja pedagogía—escribe Pinkevich—«colocaba la adquisición de conocimientos muy lejos y muy por encima de la formación de la mentalidad y el carácter del niño. La nueva escuela atiende no tanto a la adquisición de un cuerpo de saber como el desarrollo de la capacidad para adquirirlo; en otras palabras: la nueva escuela saca a primer término el dominio de los métodos para comprender el mundo. Un hombre atiborrado de hechos puede ser comparado con un diccionario o una biblioteca; pero el hombre que nosotros aspiramos a producir es un organismo activo y no una fuente pasiva de referencias ni una enciclopedia ambulante. A los niños se les debe habituar a los métodos de dominar las materias y no simplemente a perseguir la cantidad».

Es la justificación del método experimental de laboratorios, practicado en la Rusia Soviética, en el que cabe al niño desenvolver una doble actividad personal y colectiva. Personal por cuanto se ve forzado a discurrir con cierta independencia. Colectiva, pues sus trabajos se desarrollan en grupos y suponen colaboración (1).

Las prácticas rusas han abolido los exámenes y la antigua toma de lecciones por el profesor, sustituyéndoles con el auto control. Ello permite al maestro dar cierta autonomía al alumno y crea en éste estímulos sanos a la vez que le hace posi-

(1) El método experimental todavía no ha logrado desplazar sino parcialmente a los demás métodos en la U. R. S. S., en razón de la limitación de equipos y de carencia de maestros idóneos en la proporción necesaria.

ble trabajar en condiciones de normalidad cerebral, sin verse obligados a esos esfuerzos anti-higiénicos, anti-naturales y anti-pedagógicos que suponía el antiguo sistema de exámenes. Puede el alumno desarrollar un trabajo metódico y armonioso durante el año escolar, trabajo que por el doble carácter personal y colectivo que inviste despertará en él activa conciencia estudiantil y un sentido real de la fraternidad y de las ventajas del espíritu de asociación.

Otro aspecto educacional reviste también grande importancia: la autonomía estudiantil. Este principio no supone libertad ideológica, pues no dice relación sino con la organización interna del alumnado, con la agrupación de éste en círculos y sociedades políticas o económicas, con las relaciones inter y extra escolares y las que se crean entre maestros y alumnos. En cada colegio y en todos los grados constituyen estos soviets de clase, de facultad, de universidad y encomiendan a sus miembros el derecho de sancionar, el de exclusión en casos determinados, la organización de fiestas, excursiones y trabajos. La autonomía permite controlar en cierto modo a los maestros y hasta imponerles formas de estudio y de trabajo. Vigoriza el activismo en la vida y en la enseñanza, pero coarta la libertad individual favoreciendo cierto espíritu gregario del cual sólo pueden liberarse o aprovecharse los más fuertes y los más inteligentes. Sin embargo, contribuye por manera notable a la formación de disciplina social política. Para que pueda dar frutos valiosos creo que es menester limitarla, concediendo al maestro derecho de intervenir en los acuerdos y discusiones estudiantiles, ocasionalmente por lo menos, los cuales en cuanto digan relación particular con cada alumno deberían estar sujetos a revisión por los consejos de profesores y en cuanto a la enseñanza controlados por los inspectores educacionales.

En todo caso la autonomía estudiantil debe suponer la existencia de maestros altamente calificados.

¿En qué medida la educación soviética realiza hoy sus programas y funciones? Confiesan las principales autoridades que sólo «una fracción de la población de edad adecuada» puede gozar de ella actualmente. La campaña contra el analfabetismo grandiosa en sus proporciones— no ha podido aún completar su objetivo y la pobreza del erario no permite, por otra parte, generalizar debidamente la educación primaria ni desenvolver armoniosa y racionalmente la media y superior o técnica. Pero de lo que no hay duda es de que no caben establecerse comparaciones entre el pasado y el presente, entre la Rusia zarista y

la Rusia bolchevique. Median un abismo y el nacimiento de un mundo.

Sin insistir demasiado en las cualidades y deficiencias de la educación soviética—en la cual, desde el punto de vista técnico, se ha aprovechado la experiencia de los mejores educadores modernos—podemos reconocer que su principal defecto reside en el marco ideológico rígido en que encuadra sus actividades, concediendo excesivo predominio a la propaganda política e ideológica del comunismo. Sin embargo, este aspecto es susceptible de modificarse y la experiencia, secundada por el tiempo, irá suavizando asperezas. En el método muy flexible caben graduaciones, libertad; se observa simpatía hacia el autonomismo, hacia el reconocimiento del derecho de cada estudiante a influir en su propia educación. Pero la práctica y la intervención política coartan esas tendencias en nombre de las necesidades fundamentales de la Revolución. Cabe esperar que ese rudo antagonismo del espíritu y de la realidad, de las tendencias emanadas por la técnica y de la práctica se resolverá algún día, en armonioso proceso de colaboracionismo que permita a los hombres, nacidos en el seno de una nueva sociedad, desenvolver su educación sin restricciones espirituales. Podrán así, auténticos señores de la vida, pasear su mirada, sin miedo, por el panorama de todas las culturas y de todas las épocas, ciertos de que la comparación habrá de favorecer rotundamente a la educación y a la cultura de la Sociedad Socialista.

Queda, entretanto, mucho camino para andar.

La actual educación rusa contiene en potencia todos los factores de un espléndido desenvolvimiento que lleve a alumbrar una sociedad mejor, pero también posee, en potencia, elementos retardatarios. Las normas y la técnica alcanzan al más alto nivel que haya encontrado la humanidad hasta hoy, pues envuelven la posibilidad de constituir una cultura media universal. Todos los obstáculos y deficiencias podrán salvarse ampliando el espíritu de flexibilidad educacional y procurando formar maestros altamente calificados. En esto, precisamente reside el *quid* del problema.

El Soviet ha encontrado, en relación con la nueva sociedad, una fórmula admirable: Llevar la vida a la escuela y hacer una escuela de la vida. Se aprende, se estudia y se trabaja desde el primer tramo hasta el último de la escala. Todo en la vida misma, en las ciudades y en los campos aparece subordinado a este propósito. Se forma a los hombres para el ambiente en que han de vivir, ambiente que éstos modificarán y superarán en la

medida de su cultura y de su desenvolvimiento socialista. No hay contradicciones como en la sociedad burguesa que prepara a los hombres, cuando los prepara, para actuar en un medio hostil, en un medio en el cual se sentirán desarmados, en un medio que reserva la carta del triunfo a los más audaces y a los más fuertes.

Y este programa, que habla a los hombres un lenguaje que nunca antes habían escuchado, lo está ensayando en Rusia un partido dominante que afirma su imperiosa voluntad de forjar un mundo nuevo.—EUGENIO ORREGO VICUÑA.

EL PELIGRO DE NUESTRO TIEMPO

El sentido profético de estas páginas de Walter Rathenau, el canciller judío-alemán que fué asesinado en Berlín en 1922, se refuerza con el conocimiento de que su autor fué un gran idealista tanto como un hombre de empresa, es decir el estadista supremo en los tiempos de crisis que encaramos. La media docena de libros que dejó Rathenau son la obra de un filósofo de la política y de la economía de nuestro tiempo. Walter Rathenau es considerado como el único crítico de las condiciones económicas que es a la vez fiel a los hechos y al mismo tiempo creador. El ensayo que damos a continuación ha sido especialmente traducido para *Atenea*.

LA propagación del movimiento mundial característico de nuestro tiempo, proviene de dos factores básicos cuya conexión es muy estrecha. Una concentración jamás vista de población ocurrió en aquellas regiones que eran más apropiadas para el florecimiento de la civilización. Su expansión creciente rompió al fin la delgada corteza que daba hasta entonces su forma a las naciones europeas y servía de valla a su rivalidad. Este enorme exceso de población vino a hacer indispensable una revisión de los principios económicos y métodos de vida a fin de asegurar el bienestar y la vida misma de nuestra raza.

Del amontonamiento de los pueblos resultó la liberación de fuerzas en sus capas inferiores, y esto dió vida a una mentalidad que respondía a las necesidades de la obra por hacer. El espíritu de transformación de la humanidad tenía un largo camino por recorrer. Antes que el nuevo orden de cosas alcanzara su realización era menester, desarrollar el pensamiento abstracto

y las ciencias exactas, mejorar los métodos técnicos, dirigir y organizar; era necesario modificar las aspiraciones humanas, las ideas y fines del hombre; en una palabra, era necesario establecer nuevos modos de vida.

Para caracterizar su universalidad e indicar el determinismo mecánico de este nuevo orden de cosas, lo he llamado «mecanización». Pues, si miramos el conjunto del fenómeno, percibiremos que su naturaleza esencial reside en esto que el género humano se ha ido entrelazando mitad a sabiendas y mitad subconscientemente hasta formar como a la fuerza una sola organización, y entre rudos conflictos, pero siempre con creciente solidaridad, ha llegado a juntar sus esfuerzos en la obra de atender a la vida y su porvenir...

La mecanización no tuvo su origen en un propósito libre y deliberado, bajo la influencia de la voluntad bien inspirada del hombre; fué generada impremeditadamente, y hasta inadvertidamente, bajo el influjo del aumento de población. Pese a su estructura tan intensamente racional y lógica, ello es un proceso automático natural.

Los hombres de épocas pasadas ponían toda su energía y amor en su obra. El hombre vivía para su trabajo. Sus semejantes quedaban fuera del círculo de su interés inmediato; y cuando se acordaba de ellos de tarde en tarde, era únicamente para cambiar productos, protegerse mutuamente o por ayuda. Dentro del estrecho círculo de su vida quedaban todos sus camaradas, su propia familia; algo más lejos quedaban sus cofrades a quienes debía lealtad; y a distancia mucho mayor quedaban sus enemigos, con los que luchaba de tarde en tarde.

El hombre de hoy no vive consagrado enteramente a nada. Su esfuerzo tiende a la posesión de ciertos objetos, la satisfacción indiferente de poseerlos, por la intangible noción de una cierta vaga esfera de influencia. No está realmente preocupado de cómo llenar su vida, pues esto pasa a ser apenas el medio de alcanzar un fin, el cual es la consecución de una carrera. El hombre moderno debe labrarse su carrera a través del muro que le oponen sus semejantes. Dondequiera que mire, dondequiera que intente poner el pie, allí hay ya otro individuo, y éste es su enemigo.

Con el fin de abrirse un camino, recurre a su camarada, emplea a sus allegados. Así como él no los guía por un sentimiento de afecto, ellos tampoco le siguen por amor, sino por interés. Cada hombre sólo es un medio usado para cierto fin, y que ha de ser echado a un lado cuando no sea ya útil. Para el industrial, su vecino es un competidor, o sea un enemigo; el consumidor es

un instrumento; el hombre que lo provee de materia prima es un enemigo; su socio es otro instrumento, un medio. El trata de sacarle algo a cada persona con quien entra en relaciones, y éstas a su vez procuran alcanzar algo de él; uno y otros están a la defensiva, y su actitud recíproca es de hostilidad y desconfianza.

En consecuencia, todos consideran peligroso suscitar la personalidad humana en un desconocido, teniendo esto al mismo tiempo como una falta de educación. Lo tradicionalmente correcto es tratar al forastero como si no existiese, hasta tanto la acostumbrada fórmula de una presentación no garantice la salvaguardia de un meticuloso respeto. El entusiasta filántropo que se atreve a romper con estos convencionalismos, es recibido con helada repulsión, a menos que no tenga algo que ofrecer; pero siempre que tenga algo digno de codicia, pronto se le hará sentir como pago de su franca cordialidad, que se le ha hecho descender a la posición de un instrumento... Es por esto que los hombres se hallan siempre dispuestos a quejarse de los demás, a prevenirse unos contra otros porque se jactan de sus experiencias desgraciadas, y porque se declaran pesimistas y se condenan a sí mismo. Pues la enemistad y la bajeza no son condiciones inherentes de la naturaleza humana; el corazón del hombre, como su epidermis, es sensible al dolor e inclinado al afecto. Si el corazón se endurece, es debido al temor, al peligro de convertirse en uno de esos esclavos modernos cuya queja dice hambre, corrupción, injusticia, sufrimiento y muerte. En realidad, estas advertencias no son en sí terribles, sino medios de salvación. Con todo, esto puede solamente aplicarse a uno que tenga fe. La mecanización ha tenido suficiente perspicacia para adueñarse de la fe del hombre, dándole en compensación una miseria de conocimiento y minucias de la ciencia del prodigio.

La enemistad entre hombre y hombre se convierte en enemistad entre grupo y grupo, tribu y tribu, nación y nación. El hombre se ha convertido en parte interesada. Cierta lamentable teoría o cualquier cosa le ha prometido el alivio de todas sus preocupaciones. En torno a esto se unieron en lo que comúnmente se llama un partido o una representación de sus intereses. Revistiendo sus decepciones con el ropaje de un ideal, se indignan al ver que otros grupos, procedentes de un punto opuesto, no se acercan al mismo ideal doctrinario. En esta época tan dada a la variedad, no hay nada tan difícil de encontrar como un hombre cuyos ideales no estén bien metidos dentro de sus intereses...

Aun en el caso de que la mecanización alcanzara a vislumbrar estas cosas, se parecerá en esto al pobre Satanás, al sentirse impotente en su grandeza. Su compromiso fué de nutrir, divertir y enriquecer a la raza humana, aun cuando ésta aumentara en un millar de veces su número. Sus medios de acción son raros e ingeniosos, y, sin embargo, ordinarios, pues que la mecanización nació de la ordinaria necesidad.

Ella rebaja a los hombres de más noble fibra a fin de poder exaltar a los vulgares, hasta su propio nivel, y no más. Simpatiza solamente con lo que tiene similitud con ella; ha destruído la fe y tiene muy poca confianza en la simpatía humana; sus fines los alcanza por medio de la ansiedad y el sufrimiento. Como la emulación generosa no basta, la competencia entra a obligar, y a falta de un sentimiento nacional de camaradería, la estratificación de las clases sociales nos fuerza a obrar. Inexorablemente también, la aplicación de estos métodos está dominada por los atavismos primitivos que se llaman envidia, odio, inquietud y avaricia, bajo cuya influencia tuvo su origen la mecanización...

Miremos sin prevención la esfera de las manifestaciones mecánicas. En su aspecto técnico, la mecanización puede realizar muy bien su tarea, que es alimentar y mantener la populosa raza humana. Háse establecido una notable conexión con las fuerzas de la naturaleza, con el dominio de la experiencia de los sentidos. Tanto en el dominio de las ideas prácticas, en la captación y distribución de energía física, en la movilidad de las masas y de los espíritus, se ha alcanzado sucesos antes no soñados. Lo funesto de la mecanización arranca del punto en que esas fuerzas indomables, sin alma, se apoderan de la vida interior del hombre, convirtiéndolo en su esclavo cuando debía ser el amo de su propia obra. Aquí está el origen de la esclavitud, el insensato afán, la enemistad, la miseria y la muerte del espíritu.

Sin embargo, está al alcance de las facultades humanas elevarse a una esfera superior de pensamiento, iluminando la confusión con la luz que irradia la visión supra-sensual del espíritu. El hombre no abandonará la mecanización en el orden material, por lo menos mientras un conocimiento más vasto y su propia intuición le hayan enseñado a dominar las fuerzas de la naturaleza por medios que no sean la simple investigación y el trabajo organizado. Pero ha de declararse al fin enemigo de la mecanización como el amo de su existencia espiritual...

Desde el punto de vista económico, todo el mundo civilizado vive hoy día bajo el dominio de una formidable plutocracia. Sería injusto desconocer los servicios que la plutocracia ha pres-

tado como una fuerza de la civilización. La plutocracia ha llevado el movimiento de la mecanización a su término, enriqueciendo incomparablemente, en el curso de pocas generaciones, al mundo civilizado.

El feudalismo europeo estaba basado en el concepto ideal de la lealtad de los vasallos, en conjunción con la responsabilidad del señor hacia sus súbditos dentro de sus dominios. Por su parte, la plutocracia no usó su influencia según la fórmula de un ideal, sino por medio del interés común. Los miembros de la plutocracia no alcanzaron el poder como conquistadores o como seguidores de una fe común. Aparecieron ellos aisladamente, cada uno surgiendo de entre las clases bajas de cada nación, al impulso de la selección motivada por un talento excepcional, por un juego de casualidades, o debido a la afortunada aceptación de un riesgo.

Todo lo que anhela la plutocracia es seguirse manteniendo en el poder y aumentar sus riquezas; carece de comunidad de fines con cualquier otro grupo y no reconoce obligaciones con ningún otro: su fuerza reside en el oportunismo. Su poder crece por medio de la herencia de las fortunas, y siempre que sea necesario, por el despojo; la parcialidad del padre se atempera al influjo de la prudencia del socio...

En tanto que la imperfección de la naturaleza humana acentúe la gradación de capacidades, de temperamento y de fuerza espiritual, hasta llegar a los más grandes contrastes de valer en el hombre, en la misma forma la sociedad presentará igualmente contrastes equivalentes en la concreción de sus responsabilidades, necesidades y aspiraciones. Sea como fuere que estas diferencias se manifiesten, ya sea en forma o relativa posición, siempre existirá la apariencia de una estructura oligárquica.

Según sea el punto de vista espiritual que se adopte en el futuro, tal orden será buscado voluntariamente o meramente tolerado. De esa posición espiritual dependerá si tal contraste seguirá ensanchándose ya sea por que se prohíba el acceso hasta esa casta privilegiada, aumentado y extendiendo sus prerrogativas, y consolidando la oligarquía por medio de los derechos de herencia, o si se dará impulso a un movimiento tendiente a la limitación de esos privilegios, a fin de dar una oportunidad para mejorar a cada individuo. Así la evolución se acercará a ese territorio neutral en que el concepto de aristocracia queda a la vez cumplido y anulado. Entonces las naturalezas más nobles y más fuertes, no importa de dónde provengan, compartirán la responsabilidad por sus hermanos. Entonces la capa más alta de la sociedad, aun cuando permanezca restringida en sus

componentes, ha de mostrar modificaciones incesantes respecto a su sustancia. Habrá llegado entonces el momento en que «el dominio de los mejores» se habrá justificado, y la concepción de la aristocracia como el dominio de una casta habrá tocado a su fin.

¿Será, entonces, una vana presunción sostener que estos factores primarios del movimiento mecanístico mundial, la pasión por el poder y por poseer, son cosas perecederas, y aún más, que a pesar del vigor de su florecimiento actual, están en realidad muriendo? ¿Es presuntuoso desear su muerte?

Respondamos. Hemos visto algo más grande que eso. Hemos experimentado en el curso de la historia muchos vaivenes del mal al bien; hemos visto la era de los sacrificios humanos, del asesinato de los ancianos de la tribu, del abandono de las criaturas, del incesto, la idolatría, la *vendetta* y las prácticas contra natura. En todo tiempo, las pasiones más desenfrenadas, todos los pecados, todas las locuras, estuvieron latentes en el hombre; todas pueden ser despertadas y todas ellas pueden ser dominadas. El individuo llega a dominarlas, cuando es débil de espíritu, por medio del temor, cuando es noble, por medio del espíritu, y la comunidad triunfa de ellas por medio de la conciencia moral. De aquí proviene que cada época vuelva a exclamar que «a los tiempos les falta un guía moral», y nuestro peor mal consiste en que del fondo de las edades surge una conciencia que carece de convicción.

Se siente la falta de una nueva filosofía que tenga la capacidad de coordinar las fuerzas nuevas. La conciencia de la comunidad, que por hoy sólo desprecia la falsedad y la cobardía, concluirá por condenar el ansia de poder, la avaricia, el afán de goces y la vanidad, la envidia y la bajeza. La liberación del individuo de tales influencias no ha de ser tan pronta, y, sin embargo, su poder está ya roto. Lo que hoy se yergue todavía orgulloso, tendrá mañana una existencia sobresaltada...

Toda la ciencia económica y social no es otra cosa que moral aplicada; el estado, el sistema económico y la sociedad merecen ser aniquilados si no quieren expresar otra cosa que un equilibrio de intereses, de asociaciones agresivas o pasivas de productores y consumidores. Solamente el contenido espiritual de la vida merece persistir: el alma se crea ropajes y formas para sí de cosas e instituciones que se convierten en cadáveres una vez que su contenido espiritual las abandona.—WALTER RATHENAU. (Traducido para *Atenea* por E. M.).

ACERCA DE LA FECUNDIDAD LITERARIA

EN general, el escritor hispanoamericano no es fecundo. Damos al término la acepción de abundancia, de profusión, de multiplicidad. Balzac, por ejemplo, era la profusión, la abundancia. Flaubert, la fecundidad interior, limitada; fecundidad en el sentido de perfección. Era un trabajador prodigioso, pero al mismo tiempo, lento. *La tentación de San Antonio*, la más perfecta quizás de sus obras, tardó diez años. En cambio, Balzac, trabajador febril, tumultuoso, torrencial, escribía novelas en una noche. Su correspondencia con Madame Hanska, sobre ser un documento vivo del hombre, muestra al escritor que lucha desesperadamente con el demonio absorbente de la creación. «He escrito—le decía—para Satche, en tres días las cincuenta primeras páginas de *Ilusiones Perdidas* (Balzac escribía por el anverso y reverso de la hoja). En el momento en que os escribo, tengo delante de mi las pruebas acumuladas de cuatro obras diferentes que deben aparecer en Octubre (su carta está fechada en ese mismo mes) y es necesario dar cumplimiento a todo. He prometido a Werdet publicar en este mismo mes la tercera entrega de *Estudios Filosóficos* y, además, la tercera decena de *Cuentos Droláticos* y de entregar, terminada, para el 15 de Noviembre, *Ilusiones Perdidas*».

Balzac no tenía reposo y, como se sabe, estaba cercado por los acreedores que rondaban su casa. Cuando el trabajo febril de días y de noches, exigía a su naturaleza física un instante de distracción, Balzac, calculando que sus terribles perseguidores ya se habían marchado, salía a las tres o cuatro de la madrugada a pasearse, en bata, por la acera... Pero en fin, eran escritores entregados a la exclusiva tarea de producir.

El mundo nuestro es diverso. Un Balzac sería imposible. Un Balzac de la cantidad. Una opinión vulgar afirma que sólo los escritores que producen mucho son escritores de genio. Unen la multiplicidad a la genialidad. Pero esos afirmadores olvidan el ambiente americano. Olvidan que el escritor está obligado a dispersar sus fuerzas en las duras exigencias de la lucha diaria. En Europa la labor de escribir puede acarrearle al escritor beneficios económicos. De ordinario, le permite vivir de su pluma. En América no. En cierto modo el ambiente americano está contra el escritor. Cuando no lo olvida, lo desprecia. La lucha se convierte en una tragedia interior, primeramente porque no hay correspondencia entre el artista y el ambiente y

luego porque las obras literarias carecen de mercado. En Chile, el problema es más duro, por la falta de estímulo. En otros países americanos hay establecidos premios oficiales permanentes para las mejores obras literarias. En nuestro país los concursos literarios son espaciados, intermitentes. En seguida hay en el ambiente una indiferencia glacial para con los productores literarios, los cuales deben buscar otras actividades para hacer frente a las contingencias económicas.

La obra de creación se resiente por la influencia de las circunstancias adversas. O son obras escritas con precipitación o se advierte en ellas la diferencia de períodos en que sus páginas fueron trabajadas. Un mismo libro suele mostrar los altos y bajos del trabajador discontinuo. Para las obras literarias que deben honrar al país, hace falta el reposo, el estímulo. El trabajador fecundo, aun en el sentido de Flaubert, requiere un ambiente propicio, la seguridad normal de una vida económica sin trágicas urgencias. Y es curioso el fenómeno. Cuando el escritor, en virtud de circunstancias tiránicas deja de producir, es rápidamente olvidado. El turbión pasa, le abandona o le sumerge en la obscuridad. Y cuando un día intenta recobrar su puesto o es tarde o el esfuerzo sobrehumano contra un ambiente impropicio, le vence. Contradicción en apariencia inverosímil, pero exacta.

El caso pasmoso en Chile, que asombra por su fecundidad es el de Vicuña Mackenna. Fué una especie de Balzac, sin las angustias del creador de *Père Goriot*. Su obra contemplada hoy, espanta por la abundancia, por la multiplicidad de documentos que debió revisar, por las materias infinitas que trató en sus libros vibrantes y pletóricos. Desempeñaba puestos públicos de gran laboriosidad y, sin embargo, tenía tiempo para producir incansablemente. Es verdad que el caso de Vicuña Mackenna es único. Los escritores posteriores han producido poco. Recórranse las listas de su obras y se verá que en muy contados casos hay una decena de obras en una vida entera...

Hace medio siglo escribía el agudo Blanco Cuartín, una página penetrante que nos revela que muy poco han cambiado los tiempos desde entonces. Decía: «¿Cómo se acoge un libro entre nosotros? ¿Cómo se recibe a un autor que rompe nuestra modorra indolente con una publicación cualquiera; al que nos regala con el provecho de sus estudios, enalteciendo la postración literaria en que nos hallamos? Con la indiferencia, con la mofa, con el desprecio de que no se atravesarían por supuesto a hacer alarde por nosotros mismos la patria de Guizot y de Lamartine». Y agregaba más adelante: «¿Diego Barros Arana no

ha escrito su historia para sus amigos, sabiendo que si no regalaba sus libros de nadie sería leído? ¿Ha costeado siquiera los gastos de impresión de la obra que por tantos motivos debiéramos haber pagado caro y enzalsado como lo merecía? ¿Blest Gana, Torres y hasta los mismos Lastarria y Sanfuentes han ganado un solo real con sus obras, con su talento literario, con su laboriosidad?

¿Y entre todas esas reputaciones forenses con que se nos asusta no hay ninguna, por no contar muchas, tan atestadas de envidia y malquerencia para con los talentos literarios, como lo podría ser el que pasa su vida entre el polvo fangoso de las escribanías?»

Se comprende que en los países hispanoamericanos el escritor no aspire a esa fecundidad literaria que, como quieren los observadores superficiales, es el signo de la genialidad.—JULIÁN SOREL.

LOS LIBROS

ENSAYOS

L'ESPRIT DE L'AMÉRIQUE ESPAGNOLE, por *Francisco Contreras*.

Don Francisco Contreras, poeta, novelista y crítico literario, permanece en Europa hace muchos años. Su firma se ve, de cuando en cuando, en la sección *Revue de la quinzaine* del *Mercure de France*, donde mantiene el apartado de *Letras hispano-americanas*. Pues bien, pocos meses a la fecha el señor Contreras ha cumplido veinte años al frente de tan útil sección. Para celebrar este aniversario ha escrito un interesante artículo que, traducido al castellano, dió a conocer la prensa santiaguina. También obedece, sin duda, a esa conmemoración el libro cuyo título hemos transcrito (1).

L'Esprit de l'Amérique Espagnole es un volumen de doscientas cincuenta páginas, redactado, según declaración del propio autor, «sobre la base de las crónicas del *Mercure de France*». El procedimiento seguido por el autor es el de retratos individuales de los más destacados escritores americanos de los últimos años,

(1) Edición de *La Nouvelle Revue Critique*, Paris 1931.

comenzando por Rubén Darío y terminando por algunos escritores contemporáneos, de treinta años, o poco más, de edad. Si atendemos a la división geográfica, este libro no ofrece ninguna figura literaria de los siguientes países: Colombia, Paraguay y Ecuador, y del continente centroamericano, con la excepción de Nicaragua (representada, naturalmente, por Rubén Darío). La cuota correspondiente a cada uno de los restantes países americanos es, como se comprenderá, muy dispar. Así vemos igualados con cinco escritores cada uno a Uruguay, Chile y México; mientras la Argentina aparece representada con nueve escritores.

El libro se inicia con una introducción que informa sobre las líneas generales de la historia literaria americana antes del movimiento modernista. Conviene reparar aquí algunos leves deslices de pluma que disfrazan la verdad, tal vez involuntariamente. En la página 15 el autor escribe:

...et, s'assimilant quelques procédés des romantiques et des parnasiens, ils (los escritores modernistas) réussirent jusqu'à un certain point à renouveler, à moderniser

l'élocution caduque et vainement pompeuse régnant encore.

Si esto se ha dicho, como seguramente ha sido la intención del señor Contreras, respecto del estado de la literatura hacia 1888 (año de iniciación del modernismo), es falso. La literatura de ese tiempo, a influjos de lo que ocurría en España, no era pomposa sino doméstica, vulgar. Campoamor, que influyó más poderosamente que Núñez de Arce desde luego, puso de moda una serie de formas métricas rastreras; en materia de estilo, abandonó toda pompa y desnudó la frase de adornos. ¿Y qué decir en lo que se refiere a las ideas? Sus *Humoradas*, sus *Pequeños poemas*, sus *Doloras*, son la apoteosis de la vulgaridad. Por algún tiempo este poeta pasó por poeta filosófico. ¡Triste es el estado de una literatura en que tales escritos pueden pasar por filosofía! Su prole espiritual fué bien abundante, y en España lo mismo que en América muchos poetas pagaron tributo a su ejemplo. Los nombres de Bartrina y de Rubén Darío no nos dejarán mentir. Porque el lector no debe olvidar que antes de escribir Darío su *Azul* había publicado, también en Chile, *Abrojos*, en que la influencia de Campoamor es tiránica y superior por cierto a la de otros poetas que también allí se refleja.

En la página 17 tropezamos con otro error:

...Rubén Darío, qui vint à Madrid en 1889, fut reçu par la nouvelle génération espagnole comme un initiateur et un maître.

El viaje de Rubén Darío a Espa-

ña no se efectuó en el año que indica el señor Contreras sino en 1892, como el propio poeta recuerda en su *Autobiografía*. Por lo demás, en esa ocasión Darío llevó la representación de Nicaragua ante las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América, que se efectuaron en 1892 y no en 1889, como se comprenderá (1).

Que Darío fuese «recibido por la nueva generación española como un iniciador y un maestro» es un poquito aventurado. En ese tiempo Darío se relacionó en Madrid con escritores de más años que él, como Valera, que había aplaudido su *Azul*, Menéndez y Pelayo, Ortega y Munilla, Campoamor, la Condesa de Pardo Bazán, etc. Esa generación no recibió influencia alguna del modernismo, ni podía recibirla porque no estaba en edad para ello. La generación modernista, propiamente tal, de España, es la encabezada por Salvador Rueda, Juan Ramón Jiménez, Ramón del Valle Inclán, Antonio Machado, Enrique Díez Canedo, etc. Y bien: la mayoría de los nombrados no había iniciado su vida literaria en 1892. Sobre ellos comenzó a influir poderosamente Rubén Darío más tarde, cuando desde Buenos Aires y París lanzaba sus libros fundamentales: *Prosas profanas*, *Cantos de vida y esperanza*, etc.

A continuación de este trabajo siguen en el libro del señor Contreras las figuras en que a su juicio se condensa el movimiento literario con-

(1) El mismo señor Contreras se contradice en la pág. 26 donde, al tratar de Rubén Darío, da la fecha exacta del viaje a Madrid: 1892.

temporáneo de América. De los escritores tratados, la mayoría vive actualmente; han muerto Rubén Darío, José Enrique Rodó, M. Magallanes Moure, Federico Gana y Ricardo Güiraldes.

Ahora bien, ¿por qué hay algunos destacados escritores americanos, bastante representativos del movimiento literario de nuestros días, que no aparecen en este libro? Desde luego cualquiera echa de menos allí a José Carlos Mariátegui, original polemista peruano y crítico de ideas; a Gabriela Mistral, cuya exclusión es todavía más difícil de justificar si se tiene presente que en cambio ocupan páginas de este libro otros escritores de muchísima menor importancia como Núñez y Domínguez, Alberto Hidalgo, P. L. Ipuche, Luisa Luisi, etc. (1); a Rufino Blanco Fombona, uno de los escritores más curiosos de América; a Enrique José Varona, maestro de la juventud cubana; a Alberto Zum Felde, espléndido crítico literario uruguayo; a Arturo Capdevila, polifacético autor argentino; a José Eustasio Rivera, el malogrado autor de *La vorágine*; a Carlos Reyles, a quien apenas se menciona en unas diez líneas, en la página 231, al hablar de otro escritor; a Francisco García Calderón, denso escritor de ideas, ya que no a su hermano Ventura, cronista frívolo, pero también espléndido cuentista, a Ricardo Rojas, autor de una copiosa *Historia de la Literatura Argentina* y de muchos libros literarios en prosa y verso; a

(1) La única mención de Gabriela Mistral que se hace en este libro corre en la pág. 233, a propósito de Suárez Calimano, y se reduce a cuatro líneas de texto. ¡Es poco!

Genaro Estrada, buen poeta mexicano; a Horacio Quiroga, novelista y cuentista platense de gran fuerza, etc., etc.

Por lo demás, refiriéndonos ya estrictamente a algunos de los autores tratados por el señor Contreras, parece seguro que Manuel Ugarte, que aparece, no es más representativo de la literatura argentina que Ricardo Rojas y Capdevila, que no aparecen. Federico Gana, por su parte, tampoco es más representativo del espíritu chileno que otros novelistas y cuentistas como Baldomero Lillo, Luis Orrego Luco o Rafael Maluenda, que no aparecen. ¿Y es acaso escritor más interesante Edmundo Montagne que sus colegas y hasta cierto punto compatriotas Horacio Quiroga y Benito Lynch, que no se mencionan en estas páginas? Otro tanto cabe decir de Vicente Salaverry, que aparece, y de Carlos Reyles, a quien, como he dicho más arriba, se cita de paso.

Ahora un reparo de carácter diplomático—si se me permite la expresión—: la representación de la literatura peruana es particularmente pobre en este libro. Fuera de Alberto Hidalgo no se da cuenta de ningún otro escritor de esa nacionalidad. Sin embargo, José Santos Chocano ha ocupado tradicionalmente un puesto al lado de Rubén Darío, de quien es estrictamente contemporáneo. Durante mucho tiempo, además, se le llamó «poeta de América,» título tan vano como ambicionado, que muchos críticos, amparándose en Rodó, negaron a Darío. Hemos mencionado, además, a los hermanos García Calderón, y

podríamos agregar a José Carlos Mariátegui, César Falcón, A. Valdelomar, Alberto Guillén, Luis Alberto Sánchez, Angélica Palma, Jorge Basadre, López Albújar, etc., etc. Todos escritores peruanos distinguidos, cuyo nombre en la mayoría de los casos ha sobrepasado las fronteras y cuya obra revela una creciente originalidad. Es particularmente grave que estas omisiones se hayan producido en una obra escrita por un chileno. Durante muchos años han vivido los dos países separados por hondo antagonismo, y aun cuando en la exclusión de los escritores peruanos hayan figurado sólo móviles literarios, el hecho puede ofrecer interpretaciones de otro género.

Los capítulos que forman este libro son revelaciones de una manera crítica que es fructuosa y que particularmente lo ha sido en manos del señor Contreras. El autor narra con sencillez, en un francés violentamente construido como el español, los hechos literarios culminantes en la carrera de cada autor estudiado. Sabe extraer de cada obra su filosofía; representa con agudeza los caracteres del estilo de cada escritor; está informado sobre muchas particularidades. De allí que cada una de sus figuras sea una especie de retrato literario breve, pero compendioso, de algunos de los principales escritores americanos de hoy. Se nota a veces que estos capítulos han nacido de la superposición de crónicas sucesivas, y hay también repeticiones innecesarias que no desaparecieron en la versión destinada al libro: defectos inherentes a ese tipo de libros hechos con artículos

periodísticos, pero defectos insuficientes para producir mala impresión en el lector.

Se ha dicho que este libro viene, en cierto modo y medida, a sustituir la impresión de descompaginación, de desorganización que ha dejado el *Panorama* de Max Daireaux. Yo no sé si esa haya sido la intención de su autor, pero sea o no verdad la imputación que recojo, es notorio que el libro del señor Contreras ni tiene tono polémico alguno ni basta para deshacer las mil confusiones dejadas por el de Daireaux. Con lo primero se prueba que posiblemente el señor Contreras no haya querido dar a su trabajo el carácter indicado. Con lo segundo se toca la más dolorosa limitación de este trabajo. Porque lo más grave de todo es que después de haberse publicado el libro que comentamos los amigos de la verdad seguiremos esperando que alguien escriba el *anti-Panorama* que aviente la estúpida garrulería de Daireaux, que tanta sombra ha echado sobre la vida literaria de América.—Raúl Silva Castro.

LA MENDICIDAD EN MÉXICO, editado por la Beneficencia Pública del Distrito Federal (México).

La mendicidad, fenómeno económico y psicológico, es ya un viejo tema humano. Hay partidarios y enemigos de ella. Quién está en la razón, nadie lo sabe... Pero, aparte de las razones sentimentales con que se defiende o se ataca el hecho de la mendicidad, hay otras, menos subjetivas, pero indudablemente más útiles, que encaran el problema des-

de un punto de vista fundamental y a las cuales corresponde, en realidad, el estudio y la solución de él.

A ello está dedicado este libro. Para el autor o director de este trabajo, el Licenciado Ramón Beteta, la mendicidad, como fenómeno social, tiene orígenes múltiples. En algunos casos es un hecho económico; en otros, psicológico; en otros, familiar; en otros, de educación; en otros, nada más que asunto de asistencia social. Pero, ¿cómo solucionarlo? ¿Cómo hacerlo desaparecer?

La solución está más allá de la buena voluntad y este libro lo demuestra claramente. Como hecho económico, su existencia está determinada por los factores que rigen la situación de la clase baja. En el capítulo segundo de este libro se analiza el nivel de los salarios y el standard de vida en México. El cuadro es aterrador. En el Distrito Federal, por ejemplo, un operario semi-experto gana, como máximo, \$ 3,25, y el costo diario de la vida, para una familia de cinco personas, que es, aproximadamente, el número de componentes de una familia obrera, es de \$ 3,36, sin contar los gastos de atención de la salud, diversiones, ahorro, educación, muebles, etc. Es decir, que entre el salario ganado y lo que esa familia debe gastar para subsistir nada más, para no morirse, hay un desequilibrio o diferencia de \$ 0,11.

Se comprende, examinando los cuadros que acompañan al segundo capítulo, que la mendicidad, es en cierto sector de la población, un hecho que no tiene nada de extraordi-

nario. ¿Cómo solucionar esto? Hemos dicho que no basta la buena voluntad. Es necesario, en ese sentido, transformar la organización de la sociedad, cosa que no parece tan fácil hacer de buenas a primera.

Económicamente, pues, la mendicidad es un fenómeno fatal en la actual organización del estado, no sólo del Estado mejicano, sino que del mundial.

Psicológicamente, el hecho tiene raíces igualmente profundas, imposible de extirpar repentinamente, ya que ellas están íntimamente relacionadas no sólo con el factor económico y la falta de preparación educativa, sino que, además, cuentan para su más poderoso desarrollo con la falta de una asistencia social adecuada.

En suma, el libro del Licenciado Beteta, que examina a fondo la cuestión y sus diversas fases, es un libro útil en todo sentido y honra a los que en él trabajaron para reunir los antecedentes y los documentos científicos, económicos y humanos, especialmente humanos, que dicen relación con el fenómeno de la mendicidad en México.

Es también este libro, primorosamente impreso e ilustrado, una muestra de la labor que una institución como la Beneficencia Pública, que en muchos países no sirve sino para atender a los enfermos, descuidando el sentido social que debería desarrollar en su obra, puede realizar si cuenta con hombres como los que trabajan en la Beneficencia Pública del Distrito Federal de México.—*M. R.*

ANTOLOGIA

LA POESÍA CHILENA MODERNA. Antología, por Rubén Azócar.

Es esta la primera vez (1) que se intenta reunir en un conjunto antológico las producciones de los más jóvenes poetas chilenos. Salvo algunos escritores nacidos en las postrimerías del siglo pasado, a los cuales el autor ha concedido con benevolencia que a él seguramente debe parecerle excesiva la entrada al santuario, la mayoría de los que aquí figuran han nacido en el siglo XX o eran niños de pocos años cuando este comenzó. Claro está que el autor de una *Antología* es dueño de poner en ella a quien se le ocurre, siempre que los autores escogidos cumplan por lo menos un requisito: haber publicado en libros sus producciones. Este requisito no lo llenan todos los poetas que forman el vasto volumen que comentamos.

Todo esto estaría bien, si el autor no hubiera cedido a un capricho que todavía no terminamos de explicarnos, al abrir su obra con un *Prólogo* en que hay mucho que observar. Para mayor comodidad del lector, dividiré mis observaciones en dos grupos. En el primero copiaré y comentaré los errores de hecho y las deficiencias de información; en el segundo haré caudal de la materia opinable, convencido de antemano de que el autor no le parecerá mal que alguien se atreva a opinar en forma distinta sobre problemas lite-

(1) Ediciones *Pacífico del Sur*, Santiago, 1931.

rarios candentes o, por lo menos, actuales.

Errores de hecho y deficiencias de información.—En la página 8 el autor escribe, refiriéndose a la literatura colonial, que niega para Chile:

En la prosa, apenas si pueden señalarse algunas páginas del Padre Rosales, del Abate Molina, del Padre Alonso Ovalle o del Padre Lacunza....

Esto, aunque parezca materia opinable, no lo es porque la literatura colonial ha sido lo suficientemente estudiada entre nosotros como para que se pueda afirmar de modo categórico que la calidad literaria de las obras de los autores citados está fuera de toda duda. Ninguna persona de buen gusto puede negar que la *Histórica Relación* del Padre Ovalle, por ejemplo, es un espléndido libro, que honra no sólo al autor sino a la época en que éste vivió. Naturalmente, como en todo libro, hay allí páginas mejores que otras; mas el conjunto es de una calidad sobresaliente, y negarla no prueba sino o mal gusto o insuficiente información. Preferimos pensar en la segunda. Lo mismo cabe decir de Rosales, de Molina, de Lacunza que en sus obras respectivas pusieron dosis crecidas de información y de bello estilo. Consúltense los libros que ha motivado la literatura chilena (Medina, Barros Arana, Amunátegui, Amunátegui Solar, Vicuña Mackenna, Lillo, etc.) y se encontrará a cada paso la comprobación de lo que decimos.

En nota, en la misma página, el autor dice:

Ni Lastarria, ni Barros Arana, ni Toribio Medina le concedieron a la historia literaria chilena la importancia que se merece.

Otro error garrafal, más serio todavía que el ya mencionado. Vamos por partes.

Don José Victorino Lastarria no fué historiador de la literatura, de modo que nada habría que reprocharle. Sin embargo, ante los *Recuerdos Literarios* debemos sacarnos el sombrero. Se trata de un libro espléndido, lleno de informaciones preciosas, escrito con animación, con entusiasmo y sobre todo con grande amor a la literatura nacional. El propio señor Azócar prueba prácticamente poco más adelante (pág. 10) cuán poderoso es el encanto de este libro al acoger, sin crítica alguna, las afirmaciones de Lastarria a propósito del papel de éste en el movimiento del año 1842. Investigaciones más hondas muestran, en efecto, que Lastarria exageró al exponer su personal participación en ese movimiento literario.

Don Diego Barros Arana tampoco fué historiador literario, de modo que no hay motivo alguno para decir que haya dado a la historia de la literatura chilena poca importancia. La verdad es, sin embargo, enteramente distinta. El señor Barros Arana en múltiples estudios particulares y en varios capítulos en su *Historia General de Chile* trató de las letras chilenas, con extraordinaria competencia y con frecuente buen gusto. Recorra el señor Azócar los tomos de estudios biográficos y bibliográficos que editó la Universidad de Chile y verá cuán frecuente era en el se-

ñor Barros Arana la preocupación por el esclarecimiento de cuestiones bibliográficas así como el conocimiento crítico de las particularidades de la literatura chilena.

Finalmente, tenemos a don José Toribio Medina.... Resulta casi grotesco tener que defender al señor Medina de una imputación tan gratuita, tan caprichosa, tan desorbitada. El señor Medina no tenía sino veintiséis años cuando la Universidad de Chile le premió su *Historia de la Literatura Colonial*; a los sesenta y seis, es decir, cuarenta años más tarde, se ocupaba de *Las mujeres en la Araucana*. En el intervalo había publicado bibliografías, biografías, estudios críticos, libros inéditos curiosos y mil y una notas interesantes sobre la historia literaria de Chile. Entre esos estudios los hay tan eruditos como la edición monumental de *La Araucana* de Ercilla, tan útiles como la *Literatura femenina en Chile*, tan reveladores para un estudio comparado de la literatura chilena como la *Biblioteca Chilena de Traductores* (1). Inverosímil parece que en Chile se desconozcan tan supinamente o se desprecien los trabajos de quien infatigablemente estudió y comentó la historia chilena, y en ella particularmente la provincia literaria. Más inverosímil todavía que el autor de tales opiniones sea un profesor de castellano egresado del Instituto Pedagógico.

(1) Entre los trabajos inéditos que el señor Medina dejó a su muerte figuran, entre otros estudios, un sexto volumen de la edición monumental de *La Araucana* y un *Compendio de la historia de la literatura chilena*, hasta 1852 (año del nacimiento del autor).

En la página 9 el autor dice:

Por los años de 1828 a 1842 aparecieron en Chile los primeros intentos literarios salidos de la enseñanza que repartían Andrés Bello, José J. de Mora, Gorbea y otros maestros.

Bello y Mora eran escritores y su enseñanza (la enseñanza se imparte, no se reparte) tenía un carácter literario notable. Además educaban en el gusto literario con el ejemplo, ya que las publicaciones periódicas de esos tiempos acogen sus producciones, que luego se han de reunir en volúmenes. Pero Gorbea nada tiene que ver con la enseñanza literaria ni mucho menos con el ejemplo a que aludimos. Gorbea, para que lo sepa el autor de esta Antología, era profesor de Matemáticas, y en ese terreno es donde hay que buscarle.

En la página 12 el autor afirma:

La aristocracia chilena vivió los años de la guerra de la Independencia sin mayor ideal de libertad política; sólo el pueblo sintió sus héroes y vivió febriles días de esperanza.

Sólo enunciar esta proposición puede dar idea del estado de confusión mental en que ha sido escrito el desdichado prólogo que comentamos. No hay historiador alguno que haya podido dar pie para semejante afirmación, ya que no hay ningún hecho en la historia de Chile que la justifique. La revolución de la Independencia fué hecha en Chile, como en toda América, por elementos de la aristocracia, ya que éstos eran los únicos—debido a la

desigual repartición de la cultura que existía entonces—que conocían las nuevas teorías de derecho público, por sus lecturas, y el estado de algunos países democráticos, por sus viajes. Tanto los precursores de la Independencia como los autores directos de ésta como los continuadores inmediatos, tres generaciones perfectamente diferenciadas, salieron de la aristocracia santiaguina y pencona. Las excepciones son bien escasas y no podrían, en modo alguno, explicar el extraño juicio del señor Azócar.

En la misma página (el señor Azócar no nos deja respiro) hallamos otra perla:

Andrés Bello, un poco Sarmiento, Victorino Lastarria, Barros Arana, Bilbao—fugaz, sin consistencia, pregonero de ideales—toman sucesivamente el puesto directivo de la juventud.

1.º El primer error está en considerar a Sarmiento como jefe de la juventud. Sarmiento, defensor de Bulnes y de Montt, amigo de los gobiernos fuertes, insultado unánimemente por todos los exaltados liberales chilenos de sus días, no podía ser proclamado jefe espiritual de una juventud que como todas las juventudes atendía más a derribar que a construir y que no entendía el conservadorismo (!) de Bulnes y de Montt, violentamente impopular entonces. La polémica entre Bello y Sarmiento señala bien claramente los campos literarios en que se dividía entonces la opinión. En el político, tanto Sarmiento como Bello, ayudaban a gobernar.

2.º Si el autor dice que Barros Arana y Bilbao «toman sucesivamente el puesto directivo de la juventud», arguye una falta de conocimiento de la realidad verdaderamente peregrina. Bilbao brilla hacia 1844 y después de una carrera tan estruendosa como breve, abandonó Chile para no volver a él, sino por breve tiempo, hacia 1850, después de lo cual no regresó más. Barros Arana comenzó su segura y duradera trayectoria hacia 1860, cuando se le nombró Rector del Instituto Nacional. Si se tiene presente que Bilbao moría en 1865 y en tierra extranjera, mientras que el señor Barros Arana prolongaba su fructífera existencia hasta 1907, se verá más claro el absurdo de colocar a Bilbao después de éste para agregar a renglón seguido que uno y otro fueron «sucesivamente» maestros, o lo que sea, de la juventud.

En una nota de la página 14 leemos:

Zorobabel Rodríguez, Ramón Pacheco, Liborio Brieba—casi anónimos—tuvieron una curiosa visión...

No sé qué quiera decir el autor al escribir «casi anónimos». Desde luego, no puede hablarse de anónimos ante escritores popularísimos en su tiempo, leídos con apasionamiento, combatidos, criticados y estudiados, si no con imparcialidad con muchísima atención, por sus contemporáneos y por las generaciones siguientes. Menos puede hablarse de anónimos si se recuerda que todos esos escritores escribieron libros firmados con sus propios nombres de pila, y los seudónimos que

usaban eran conocidos tanto como aquellos.

Al tratar, en la página 21, de Los escritores de los años 1888 a 1905 el autor dice:

La historia culmina con la publicación de las obras de Barros Arana, de Errázuriz, de Vicuña M., de Sotomayor.

Sospechamos que se trata de don Benjamín Vicuña Mackenna, y entonces cabe hacer un reparo fundamental. El señor Vicuña Mackenna murió en 1886 y no dejó ninguna obra importante inédita. Mal podía hacer culminar la historia con sus libros de 1888 a 1905....

En la página 26, al tratar del teatro, proclama:

Algunos novelistas le han concedido al teatro una pasajera atención: Víctor D. Silva..., Daniel de la Vega.

No es acertado llamar novelista a Daniel de la Vega, que sólo con *La luna enemiga* ha hecho un tímido intento de incursión en la novela que nunca ha repetido más tarde. Por lo demás, esa misma obra le parece al señor Azócar de mediocre valor, poco más adelante (pág. 131).

Materia opinable.—Lo que se puede reparar en este libro desde este punto de vista es mucho, y seguramente recoger todas las observaciones que han atravesado mi espíritu mientras lo leía, daría tema para un estudio mucho más detenido y extenso que lo que soportan estas páginas. Me reduciré, por tanto, a unas cuantas proposiciones en que el señor Azócar, a mi juicio, yerra

más monstruosamente que en las demás.

En la página 7, la primera del *Prólogo*, y en las primeras líneas de éste, el autor dice:

El afán de destruir los juicios rutinarios y falsos que giran en torno de la Literatura de este país, me ha movido a reunir en una Antología la producción poética, que es, hasta ahora, el más interesante aspecto de la obra literaria chilena.

Expuesto tal como se ha leído, en términos absolutos, este juicio no puede pasar. La producción poética chilena no puede ser considerada por ningún criterio sano como «el más interesante aspecto» de nuestra literatura. En el siglo XIX los escritores chilenos destacaron por el cultivo de la historia, disciplina entre literaria y científica, pero que tiene de literatura lo suficiente como para que no se pueda prescindir de ella en la historia literaria. A fines del mismo siglo y en lo que va corrido del siglo actual, Chile ha ofrecido novelistas y cuentistas de grandes condiciones. Los poetas chilenos no han conseguido salir de cierto nivel mediano. No tuvimos un gran poeta en el movimiento modernista, a pesar de que Rubén Darío vivió en Chile antes que en la Argentina, y en Valparaíso publicó *Azul*. Tampoco lo tuvimos más tarde, en lo que se ha llamado la *segunda generación modernista*, ya que el triunfo de Gabriela Mistral se hace extranacional sólo hacia 1920, cuando el modernismo estaba totalmente periclitado. La tesis del señor Azócar vendría, entonces, a tener confirma-

ción con la obra de poetas más jóvenes que Gabriela Mistral, entre los cuales los más conocidos serían Pablo Neruda y algunos de sus directos discípulos. Bien sabe el señor Azócar que género de admiración siento por la obra de Pablo Neruda, que como él juzgo excelente. Pero me parecería un necio prurito de nacionalismo o una adulación indigna al poeta amigo proclamar por eso que la poesía de Neruda valga por la de los mejores poetas de otros países americanos, ni menos que la lírica chilena sea «el más interesante aspecto de la obra literaria» de este país.

En la página 9 se lee:

Así, para la Literatura Chilena el año 1810 no tiene más que una significación simbólica y relativa.

Con esto el autor cree confirmar una teoría peregrina que ha expuesto poco más atrás y que formula así:

Considero que son los hechos literarios de gran carácter, los que trascendentalmente limitan las épocas de una literatura, y no los hechos políticos o económicos, que bien pueden ser antecedentes de importancia en relación con aquéllos.

Es lógico que sean los hechos literarios de gran carácter—para hablar como el autor—los que limiten épocas en una historia literaria, pero ¿cómo podría prescindirse de los hechos económicos y políticos que modifican el ambiente espiritual y fuerzan a los hombres de letras a ocuparse de materias literarias distintas o nuevas o a dar diferente forma a sus escritos? La literatura

no es un hecho autónomo en la vida de una sociedad, sino que marcha a compás de muchos otros factores. Lo interesante en una historia literaria precisamente es escudriñar esa relación, no siempre clara, para hacer coherentes las diversas manifestaciones espirituales de un país en una época determinada. Desde ese punto de vista, y dejando de lado el valor literario de las obras escritas por la que podríamos llamar «generación de la Independencia», ¿cómo se podría negar que el suceso de 1810 tuvo importancia literaria?

Para el señor Azócar (pág. 9) no hay en la historia literaria chilena sino dos períodos. Uno de formación —así lo llama el autor—, que comienza en 1842 y termina en 1888 (año de la publicación de *Azul*); con un cálculo aritmético arbitrario el autor dice que este período abarca cincuenta años.... El otro, moderno, comprende la producción posterior a 1888. La división es demasiado simple y por eso mismo resulta caprichosa. Después de 1888 pueden introducirse divisiones tan importantes como la que el autor ha emplazado en esa fecha, que fraccionan la etapa comprendida entre 1888 y 1930 en sectores perfectamente discernibles. No hay la misma sensibilidad en las obras de Ernesto A. Guzmán, de Pedro Prado, de Magallanes Moure que en las obras de Pablo Neruda, de Salvador Reyes, de Vicente Huidobro. Ni siquiera la forma métrica ha permanecido, y el concepto del ritmo poético se ha trastornado totalmente.

Al tratar de un período comprendido entre 1905 (¿por qué esta fe-

cha?; ¿qué acontecimiento literario grande puede, conforme la teoría del autor (pág. 9), dar esa fecha como lindera de dos etapas?) y 1920, el señor Azócar dice que «Augusto d'Halmar es, sin duda, el novelista de mayor importancia» (pág. 23). Estamos en plena materia opinable. Para el señor Azócar la novelas escritas por d'Halmar parecen valer más que las de Eduardo Barrios, Luis Orrego Luco, Fernando Santiván, Mariano Latorre, etc., etc. Es curioso y hartó nuevo. Nadie se había atrevido a sostenerlo hasta ahora. Pero es una lástima que el señor Azócar no se detuviera a fundamentar su opinión. Sería interesante ver por qué suma de aspectos las novelas de d'Halmar son superiores a las de cualquiera de los escritores citados.

Pero lo desorbitado de las opiniones del señor Azócar no se sacia allí: va más lejos, e inmediatamente después agrega:

Con Azuela, Guiraldes, Rivera, Arguedas, Reyies, Barrios, señala (d'Halmar) el florecimiento de este género literario en América.

Si exagerado parecía el pensamiento anterior, éste ya es simplemente delirante. A ninguno de los fervorosos amigos de Augusto d'Halmar se le había ocurrido hasta hoy asentar semejante parecer. El señor Azócar, más papista que el papa, no ha vacilado en dar el paso que separa la admiración del tropicalismo.

Conclusiones.—Paso por alto gran número de errores de otro género, que inhabilitan definitivamente el

libro del señor Azócar para la enseñanza, que era uno de los propósitos confesados por el autor en su *Prólogo* (pág. 7). Sin embargo, creo que sería interesante estudiar la sintaxis de este profesor de castellano que no vacila ante el galimatías y que empiedra su estilo de todo género de dislates (págs. 26, líneas 5 y 6; 53, líneas 10 y siguientes, etc.). Pero lo que de ningún modo es tolerable es la transcripción infiel de los versos reproducidos en esta *Antología*. Hay en ellos toda clase de erratas, desde la simple infracción a las normas de la puntuación hasta trastornos de títulos, alteraciones de voces y supresiones de versos enteros.

En suma, un vasto derrotero de destrozos literarios que el autor no podrá reparar con hojas anexas en que brillen las erratas, puesto que las erratas, con ser muchas, no son lo culminante en esta *Antología*. Más grave, más importante es el caudal de errores nacidos de la pluma misma del autor.—*Raúl Silva Castro.*

GEOGRAFIA

KARL SAPPER, ALLGEMEINE WIRTSCHAFTS-UND VERKEHRSGEOGRAPHIE. (B. G. Teubner, Leipzig y Berlín, 1930).

Esta Geografía Económica General de Karl Sapper, el conocido catedrático de la Universidad de Würzburg, es un verdadero manual que sintetiza admirablemente los problemas generales de la materia. Sapper se caracteriza por un estilo descriptivo sumamente pintoresco.

Cuenta entre los privilegiados que han llegado a conocer personalmente una buena parte de nuestro globo; así le es posible ilustrar las leyes generales que expone, con observaciones de detalle personales. Estas observaciones se refieren en gran parte a nuestro continente y especialmente a los países iberoamericanos. Citaremos como ejemplo una observación que se relaciona con un problema muy discutido entre nosotros: el objeto de las piedras horadadas de los indígenas. Sapper dice al respecto que los galla y somalíes, tribus africanas, utilizan un palo para cavar, al que se le da mayor vuelo mediante un anillo de piedras, afirmado en la parte de arriba y que se utiliza también para desmenuzar los trozos de la tierra. En una nota agrega que la misma herramienta se utiliza en los países andinos como él pudo comprobarlo personalmente en Tiahuanaco en 1927. Tales observaciones, meros accidentes de detalle que como ya dije, tienen por objeto ilustrar las leyes generales, le dan a esta obra su valor especial. La manera visual de tratar los problemas es subrayada por 66 cartogramas referentes a todas las materias importantes y que en gran parte representan ideas originales. En siete grandes capítulos, Sapper trata la materia. Sus títulos son los siguientes: Influencias de la naturaleza sobre la economía humana; el hombre como ser económico; síntesis de la producción; el comercio; el consumo; las comunicaciones, y la influencia de la colonización, economía y comunicaciones sobre el paisaje.

Se acompaña un índice alfabético de las unidades económicas de la tierra (con breve descripción de sus características) y una extensa bibliografía.

Como texto de enseñanza superior y manual de geografía económica, la obra de Sapper debe ser incluida entre lo mejor que existe sobre la materia. Pero su lectura será de gran interés también para el simple estudioso, que encontrará en ella una fuente inagotable de reflexiones sobre los fenómenos de la geografía económica.— *Carlos Keller R.*

HANS STEFFEN, GRENZPROBLEME UND FORSCHUNGSREISEN IN PATAGONIEN. (Strecker und Schröder Verlag, Stuttgart, 1929).

El doctor Steffen es sin duda la primera autoridad geográfica en lo que se refiere a la Patagonia Occidental. Como explorador a las órdenes del perito chileno durante la cuestión limítrofe con Argentina, tuvo oportunidad de llegar a conocer personalmente gran parte de aquella región. Su libro sobre la Patagonia Occidental es una obra fundamental sobre la geografía chilena. Ahora nos obsequia un nuevo libro sobre sus exploraciones patagónicas: *Problemas limítrofes y exploraciones en la Patagonia*. Como lo indica el título, es una obra de carácter mucho más personal. Se refiere directamente a lo que él hizo—refutando, después de tantos años, mucha injusticia que se le ha cometido—y a su actuación dentro de la corte de arbitraje y durante los viajes de la comisión inglesa,

Transcurridos los años, se han calmado las pasiones y nadie piensa en reivindicaciones y correcciones de la frontera con Argentina. El investigador científico, esencialmente hombre de la verdad, desvinculado de todo interés personal, puede emitir su fallo. Nadie más caracterizado para hacerlo como Steffen, por su conocimiento personal e intervención que tuvo en el asunto y por tratarse de un alemán que vive dedicado exclusivamente a la ciencia en un pequeño pueblo de Suiza.

Su fallo es enteramente favorable a la tesis sostenida por nuestro país. La crítica que le hace al laudo inglés es funesta para la comisión nombrada por el rey de Inglaterra. Le falta a éste toda lógica, pues no se basa en ningún principio geográfico, y sobre todo, se señaló un límite sin conocimiento del terreno. El ejemplo más interesante al respecto se refiere al hito que debía colocarse al frente del río Encuentro, en el sistema del Palena-Carrenleufu. Nadie sabía cual era el río Encuentro. Primero el ayudante inglés del coronel Holdich creyó reconocerlo en un pequeño arroyo, lo que le parecía raro, pero «me dijeron, dice en su informe oficial, que los chilotes, que le dieron el nombre, llamaban río a todos los arroyos». Los delegados chilenos y argentinos aceptan el presunto Encuentro como punto de referencia. Al día siguiente, al ayudante recibe algunos mapas y llega a la conclusión que el río Encuentro debe encontrarse más hacia el oeste; se encuentra un río más grande; lo acepta como verdadero río Encuentro el delegado

chileno, pero el argentino manifiesta que el verdadero y real río Encuentro debe encontrarse mucho más al oeste. Finalmente, se coloca el hito en el segundo río.

Steffen comenta este incidente en la siguiente forma: «Ni el comisario de la corte de arbitraje, ni el jefe de la comisión argentina y ni siquiera el delegado de la comisión chilena conocían la topografía y la nomenclatura de la región en que debían colocar hitos de la mayor importancia para señalar el límite entre los dos países. Una mirada al mapa limítrofe presentado por la parte chilena al tribunal... habría sido suficiente para indicar a la comisión la desembocadura del río Encuentro, y en mi *Memoria General* sobre la expedición chilena al Palena-Carrenleufu se encuentran suficientes indicaciones sobre el carácter del río... No me es posible decir si el lugar en que se ubicó el segundo hito por el capitán Dickson es el verdadero río Encuentro, es decir, el río que yo he llamado así». (El río recibió su nombre por Steffen, por haberse efectuado en este punto el encuentro de las dos partes de su expedición al Palena).

Esta pequeña muestra basta para subrayar la importancia de la nueva obra del doctor Steffen.

Naturalmente, además del interés que nos merece por su valor para apreciar la cuestión limítrofe, contiene el libro un sinnúmero de datos geográficos de gran interés y constituye a este respecto una fuente de información de primer orden. El carácter personal que tiene el li-

bro le imprime una nota muy amena y agradable.

Sería de desear que se hiciera pronto una traducción al castellano.—*Carlos Keller R.*

NOVELA

EL VOLGA DESEMBOCA EN EL MAR CASPIO, de Boris Pilniak.

A pesar del trastorno fundamental de toda la nacionalidad rusa, en que el régimen capitalista se sustituye por el comunismo, al precio de millones de vidas y de costosas experiencias, la nativa inclinación de la raza eslava por el arte narrativo no perece ni cambia sus características esenciales.

Son quince años de prueba, sangrientos y dolorosos. Lenín ensaya y ensaya, según su expresión, hasta encontrar el molde que le convenga. La literatura anterior a la guerra se desvanece en una perspectiva lejana y los nuevos escritores, con frecuencia soldados o propagandistas del soviét, atesoran vida y experiencia para sus nuevas creaciones. No existió durante ese tiempo, verdadera literatura rusa sino fuera de Rusia. En Francia se refugiaron numerosos escritores. Kouprin y Bou-nine, entre ellos.

La libertad de la prensa fué suprimida en el estado soviético y los libros que aparecían eran cuidadosamente controlados por la censura revolucionaria.

Tal sistema de control fué instaurado por el soviét para hacer de la literatura un instrumento de propaganda y no consiguió siempre lle-

nar los fines que se propuso. Por más que se atormente la verdad y se la haga esclava de una tesis, ésta asoma a través de la obra del verdadero artista. Y la mayoría de los novelistas de la nueva generación, Pilniak, Babel, Ivanov, Panferow, Gladkow, alejábanse entonces de toda intención doctrinaria, limitándose a reconstituir observaciones personales, sensaciones vividas.

Esto ha salvado el valor artístico de las novelas post-revolucionarias, aunque en la técnica se apartasen por completo de la tradición clásica de Gogol, Tolstoy y aun del propio Gorki.

Se repite, en forma verdaderamente curiosa, un fenómeno idéntico al de la época de los zares. Si las persecuciones de la tiranía zarista desarrollaron extraordinariamente el arte de novelar, que sintetizó en sus ficciones la historia, la poesía, el ensayo y aún la prensa misma, la censura de la República Soviética ha hecho de los novelistas no emigrados el mejor documento de los defectos y cualidades del régimen marxista, puesto en práctica en un país de tipo agrícola y aún no industrializado.

Si antes eran símbolos, de carácter humanitarista como en Tolstoy y Gorki, hoy es un monólogo entrecortado, balbuciente, en que las ideas del escritor van surgiendo, reprimidas a ratos, llenas de exuberancia en otras ocasiones, pero sangrantes de realidad, de dolorosa experiencia.

Salvo excepciones. los novelistas de la nueva Rusia no tienen gran cultura artística. Han aprendido el oficio escribiendo. El material lo

ha dado la vida misma. Se han adaptado, sin retórica, al público de proletarios que los va a leer y aunque esto los diferencie de los novelistas anteriores a la guerra, subsiste el fondo específicamente eslavo de su filosofía.

Se considera a Boris Pilniak como el más representativo de los escritores de la nueva generación. Su obra no es abundante: dos novelas. Algunos cuentos. No ha escrito sino cuando la vida acumulada desbordaba en él y necesariamente debía contar sus luchas y expresar sus ideas, frente a los acontecimientos.

Ingeniero de profesión, se alistó como soldado en la guerra civil contra los blancos, recorrió el país ejerciendo variados oficios (la profesión de escritor no daba para vivir) y más adelante, en plena transformación social, fué jefe de trabajos en numerosas empresas industriales en Moscú y en las llanuras amarillas del Caspio.

Pertenece al grupo de los escritores de la gran tormenta, según la frase de L. Bernstein, y ellos llevan en sí mismos otra tormenta, ya espiritual o técnica, la inquietud de lo nuevo, la inclinación decidida a todas las audacias. Son productos de la circunstancias y están habituados a las sorpresas de la nueva situación. De ahí el desorden de su procedimiento, que reflejan las fluctuaciones de la tragedia de Octubre. Sin quererlo, historiadores del misterioso desquiciamiento de la armazón europea de la Rusia, en el fondo oriental y fiel a su vieja raíz escita.

En 1920 se publicó su *Año des.*

nudo. Fué el período más terrible de la revolución de Octubre. Ese año aparece desnudo, según Pilniak, en la ciega implacabilidad de la hecatombe, particularmente en el alucinante rodar, a través de la estepa desolada, de esos trenes de aprovisionamiento que llevaban, hacinados y casi agónicos, hacia las fértiles tierras del sur, a los hambreados habitantes de las ciudades del centro.

Para las autoridades soviéticas *El Año Desnudo* fué un libro excesivamente franco. Mostraba con cruda realidad la desolación y el desorden, al ser humano convertido en una bestia famélica, sin Dios ni ley, a la familia disuelta, a la civilización retrogradada la época del hombre primitivo. A pesar de sus arraigadas ideas comunistas, Pilniak se hizo sospechoso a los comisarios del pueblo.

Pero ese oscuro período de gestación empieza a tomar forma y a iluminarse en los últimos tiempos. Los lazos con el pasado burgués están rotos. Es una nueva civilización y una nueva moral las que están en camino.

Panait Istrati preguntaba al propio Pilniak sobre el problema del individuo en Rusia y éste respondía: Antes era el hombre frente al mundo. Ahora somos nosotros y el mundo. Y agrega: el escritor debe estar en contacto, no sólo con la vida corriente sino con la producción industrial y con la reconstrucción socialista.

Y esta doctrina de solidaridad, este soplo de colectivización, es el que anima su última novela: *El Volga desemboca en el mar Caspio* (1).

(1) Ediciones «Hoy», Madrid. 1931. ¶

Algo del espíritu mesiánico que formó el humanitarismo de Emilio Zola hay en las novelas últimas de los escritores comunistas. Brusski, de F. Panferow, *El Cemento* de F. Gladkow y la novela de Pilniak recuerdan *Fecundidad y Trabajo*.

El protagonista es un ingeniero, Pimene Sergueievitch. Aunque se ha educado en las antiguas universidades burguesas, es un comunista. Ha sabido desprenderse del egoísmo agresivo de la vieja civilización para sustituirlo por un altruísmo solidario que es la característica del nuevo régimen. La desgracia, siendo aún muy joven, lo ha perseguido. Su hogar se deshizo al comenzar la lucha por la vida. Mujer e hijos lo abandonaron; pero su moral no se desplomó por eso. Siguió solo su camino. Como un redentor, lleva una estrella en la frente. Su hogar es, ahora, la colectividad. Y sobre la colectividad, el género humano. Su talento se consagra a salvar setenta millones de hombres. Es un mundo el que va a conquistar el bienestar, mediante su esfuerzo constructivo. El desierto es el enemigo del género humano. La Arabia, la Mesopotamia, la hundida Atlántida, fueron aniquilados por las arenas, que llevaban los vientos áridos y las sequías. El desierto es más espantable que las guerras. Pimene Sergueievitch ha elaborado un proyecto para detener el avance mortífero de las arenas.

Este proyecto consiste en cortar el curso del Volga y arrojarlo en las arenas cercanas al Caspio. En este desierto se formarán nuevos lagos y nuevos ríos. Sólo una parte del Vol-

ga correrá al mar y el resto de las aguas dará vida a las tierras áridas, donde crecerán el algodón y el arroz. El nuevo río cambiará el clima y hará del desierto una tierra de promisión.

No es preciso ahondar mucho para comprender la intención simbólica que, como una agua subterránea, corre a través del libro de Pilniak. El esfuerzo humano, domando las fuerzas naturales, está creando otra civilización, fundada en el trabajo colectivo, donde técnicos y obreros son iguales, liberando, por fin, a la humanidad, mediante la fuerza de una moral emancipada.

La gran obra hidráulica que dirige P. Sergueievitch, con ser el elemento épico de la novela, no es toda la novela.

Frente al héroe, como una vuelta a las epopeyas primitivas que cantaron el nacimiento de los pueblos, está el antagonista, el ingeniero Poltorak que lleva en su sangre el egoísmo sin piedad de la burguesía capitalista. Junto a la castidad varonil de la comunista Pimenovna, la mujer de un solo hombre, Nadiejda Antonovna, la mujer de muchos hombres, que formula cínicamente los cánones de su moral:

—Las naciones mueren, dice, pero yo daré a luz un hijo, engendrado por una época. Estoy contenta de no saber quien es su padre.

Y Fiodor Yvanovitch, María Fiodorovna, Viera Grigorievna, Ivan Ojzoff y todos los personajes que aparecen y mueren a lo largo de la novela, movidos por los resortes de una técnica arbitraria, pero viva, sin división de capítulos, lírica a ratos, épica y descriptiva en sus líneas

generales, dan la sensación de un mundo virgen, en adolescencia, como lo soñó en épocas pretéritas algún vidente, indignado por las injusticias que él observaba en torno suyo y no podía remediar.—*Mariano Latorre.*

HISTORIA

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, LA BASTILLA, por *Thomas Carlyle.*

Espíritu ácido y corrosivo el de Carlyle, desmenuzador de las aparentes buenas intenciones, pesimista de la generosidad y del heroísmo, para quien ningún pensamiento ajeno quedó oculto, historiador amargo, traza en estas páginas, soberbias páginas, un grabado en acero de la primera época de la Revolución Francesa. Perfectamente documentado, minuciosamente documentado en memorias y papeles, no se deja arrastrar por la simpatía que a éste o a aquél inspiraron los héroes de la jornada. El tiene su lente, él tiene su lupa, lente y lupa con que mira a través de los cuerpos y de las almas, descubriendo hasta la más pequeña estría.

¿Qué personaje hay simpático, para Carlyle, entre todos los que figuran en este primer ciclo? Uno solo escapa a su juicio terrible: el ugiere Maillard, el simple y valiente Maillard, en cuyas actividades revolucionarias solo ve, hasta el momento en que termina esta primera etapa de la revolución, un entusiasmo revolucionario puro. Los demás, empezando por Luis XV, encuentran

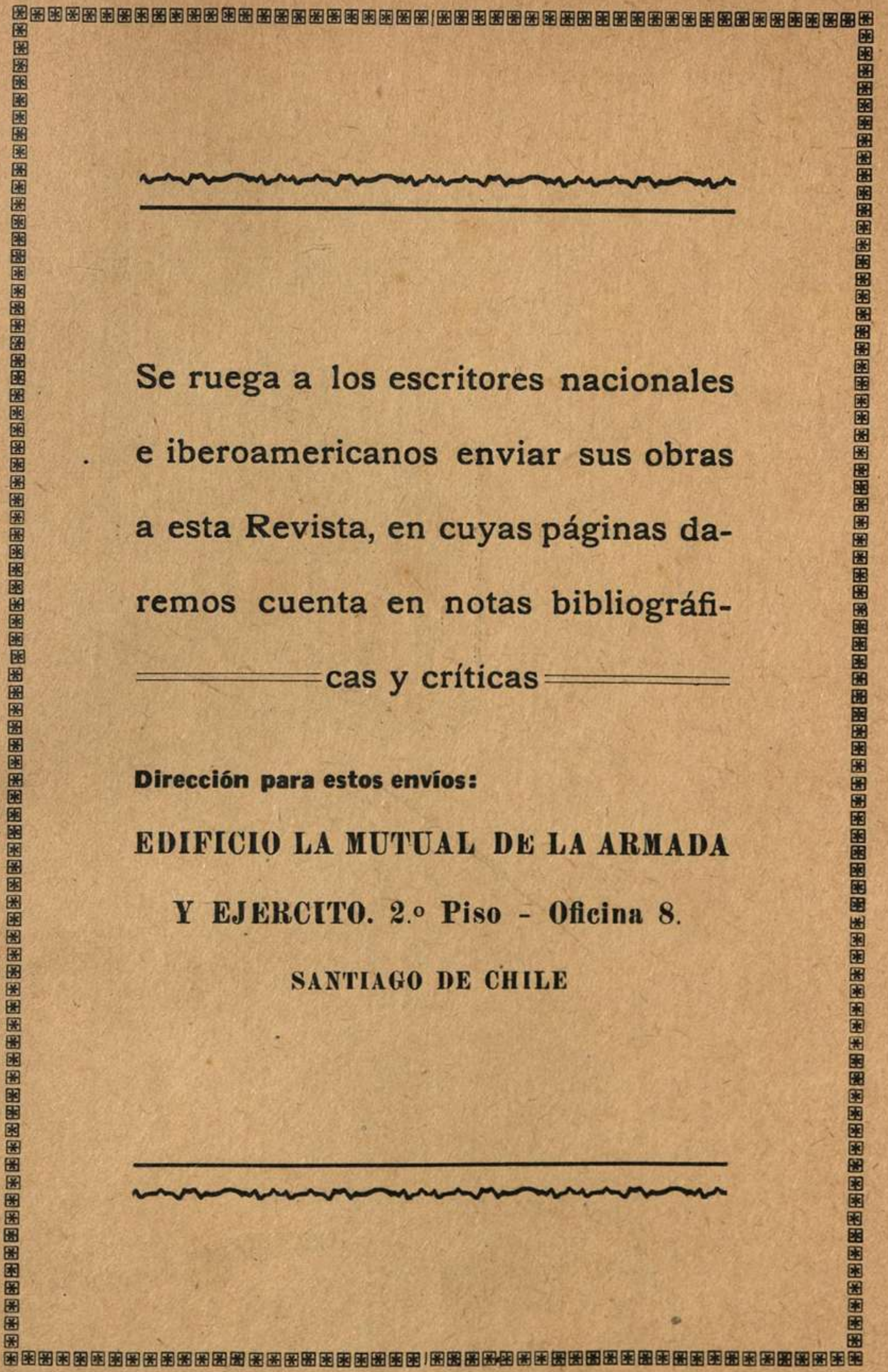
en Carlyle las palabras más descarnadas. Luis XV va a morir:

El tiempo ha acabado y todo el andamiaje del tiempo se derrumba con estrépito sobre tu alma. Se abren los pálidos reinos y vas a entrar en ellos. desnudo y sin realeza, para esperar lo que te esté reservado. ¡Pobre desgraciado! ¡Qué pensamientos serán los tuyos cuando en una oscura agonía te retuerces en tu lecho de miseria! El purgatorio y el infierno, ahora muy posibles, están en perspectiva ante ti, y detrás de ti, en el pasado, ¡ay!, qué de cosas has hecho que más valdría no haber hecho. ¿A qué mortal has socorrido generosamente? ¿Qué dolor has compadecido? ¡Ahora están reunidos a tu alrededor los quinientos mil fantasmas caídos vergonzosamente en los campos de batalla, desde Rossbach hasta Quebec, para que tu prostituída fuera vengada de un epigrama! ¿Y tu vergonzoso harém: las maldiciones de las madres, las lágrimas y la infamia de las hijas? ¡Miserable! Has hecho todo el mal que has podido. Tu existencia entera parece un feo aborto y un error de la naturaleza. Todavía no se conoce tu utilidad ni tu razón de ser. ¿Eras un buitre fabuloso, devorando las obras de los hombres y arrastrando a tu caverna vírgenes, día tras día, revestido también de escamas que nada puede atravesar, no siendo la lanza de la muerte? ¡Buitre, pero no fabuloso, sino real! ¡Terribles momentos para ti, Luis! No queremos ahondar más en los horrores del lecho de muerte de un pecador.

Todas las figuras de la revolución pierden, en este libro (1), la arrogancia y la actitud heroica y no son sino seres ambiciosos, turbios, zurdos. El gran Danton, Marat, Robespierre, Mirabeau, Lafayette, aparecen, en esqueleto, como vistos a través de los rayos X, despojados de todo el relieve que la historia les ha prestado. La terrible mirada de Carlyle y su palabra sin curvas, afiada, inmisericorde, los raspa hasta llegar al hueso, a la médula, en una autopsia casi sádica.

Ignoro si el gran solitario inglés tenía algún oculto u ostensible motivo para odiar a los franceses o si su actitud es sólo el fruto de su extraño temperamento y de su más extraña mentalidad. De cualquier modo que sea, y aun creyendo que se debe más a su punto de vista filosófico, la Revolución Francesa, en este primer libro, se nos aparece como una grotesca escena de marionetes, en medio de la cual resalta, con su valor de hambriento, el pueblo francés, la masa, a quien Carlyle, implacable con sus caudillos, parece respetar y aun estimar.—*Manuel Rojas.*

(1) Joaquín Gil, editor. Barcelona, 1931,



Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA

Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.

SANTIAGO DE CHILE



DISTRIBUIDORES

Libreria
Barcelona-Santiago

SALVAT

BI

MCD 2018